

Teoría de una novela sin título o cómo escribir una novela sobre escribir una novela

José Darío Benítez Becerra



Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Facultad de Ciencias de la Educación

Maestría en literatura

Tunja

2018

Teoría de una novela sin título

José Darío Benítez Becerra

Trabajo presentado como requisito para optar el título de Magíster en literatura

Directora: Mg. Juliana Borrero Echeverri



Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Facultad de Ciencias de la Educación

Maestría en literatura

Tunja

2018

Nota de aceptación

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

Tunja, Día _____ Mes _____ Año _____

AGRADECIMIENTO Y DEDICATORIA

A la escritura, protagonista inalcanzable de este viaje que, ojalá, jamás termine y cuyo cuerpo
está hecho de palabras.

A la profesora Juliana Borrero, que tiene el don de la duda, a los demás profesores de la Maestría
en literatura que han abierto esa puerta a lo insondable.

A don Jairo y doña Blanca, mis padres, que a pesar de no saberlo, le han dado motivos a estas
páginas.

A Diana, por ser protagonista en la novela de mi vida.

A Richard Sánchez, otro que camina lejos, pero al lado mío.

A Giovanni Quesada y Santiago González por compartir la pasión por la literatura y por la vida.

Y a todos aquellos que, dando voz de aliento o lanzando piedras, ayudaron a construir esta casa
de palabras.

Contenido

INTRODUCCIÓN.....	7
CAPÍTULO I	13
DE LA AUTOBIOGRAFÍA A LA AUTOFICCIÓN	13
CAPÍTULO II	30
METAFICCIÓN Y AUTOCONCIENCIA	30
CAPÍTULO III	42
METODOLOGÍA	42
CONCLUSIONES.....	49
Referencias.....	51

INTRODUCCIÓN

Cuando era niño me maravillaba la idea de tener una oveja de Liliput en mi bolsillo y pasé muchos ratos imaginando aquel lugar de personajes diminutos, queriendo ser el compañero de aventuras de Gulliver. Y allí, en ese espacio mío, en la relatividad de mi verdad todo aquello se confundía con el mundo de lo real al que los niños van siendo sustraídos paulatinamente, amaestrados porque la realidad exige tener los pies sobre la tierra. Pero no me importaba por aquellos días el asunto de las tensiones entre la realidad y la ficción, de tal suerte que disfrutaba sin preocupación la vida en un mundo movedizo, hecho a la medida de la imaginación. Las historias que alguna vez encontré en los libros que mis hermanos tiraban al olvido, me cautivaron, sembraron en mí un gusto por leer más historias y, a su vez el deseo comenzar a escribir las mías. En palabras de Barthes (2005):

Toda obra bella, o aún toda obra que impresiona, funciona como una obra deseada pero incompleta y como perdida, *porque no la he hecho yo mismo* y hay que reencontrarla rehaciéndola; escribir es querer reescribir: quiero agregarme activamente a lo que es bello y, sin embargo, me falta, me hace falta (p. 191).

La relación con la escritura me fue presentando la idea de mundos posibles a través de la literatura, lo cual me condujo a la reflexión frente a las nociones de realidad y ficción en la construcción de la subjetividad. Tales nociones se constituyeron en un punto de cuestionamiento constante, en tanto develaron ante mí la comprensión del yo como construcción hecha de lenguaje y que inevitablemente necesita de él para moverse en el mundo. Al respecto de mundos posibles, Restrepo Galeano aclara que “los mundos alternativos pueden, en determinadas

ocasiones, llegar igualmente a ser reales, a tener su propia autonomía, quiero decir la propiedad de ser verosímiles; otros, en el caso de mundos posibles, se pueden mantener en situación de existencia mental” (2009, p. 18).

Me doy cuenta de que en la literatura entonces es posible hablar de mundo en este sentido independientemente de su referencialidad a objetos del mundo físico, de tal manera que, el texto en sí mismo encierra un mundo alternativo, pero que por ningún motivo carecería de verosimilitud, en tanto se tenga clara la tensión realidad-ficción como artificios del lenguaje y nos valgamos de ello para, de manera crítica, dar sentido a la existencia propia. Cabe señalar la complejidad de lo anterior si se piensa en “las contradicciones a que conduce aceptar la institución lingüística como medio para transmitir una crítica a lo institucional” (Rodríguez 1995, p.63). No obstante, gracias a la escritura me hallé cada vez más enfrentado a la búsqueda como eje vital, tanto que por eso decidí construir mi casa en la literatura.

¿Por qué escribo? ¿A quién se le ocurre escribir una novela? ¿De qué escribir? ¿Por qué y para qué escribirla? ¿Cómo escribirla? ¿Para quién escribirla? ¿Es la novela el problema, o acaso el mismo acto de escribir, independiente de la forma que se elija para ello? Estas son algunas de las preguntas fundamentales que atraviesan mi relación con la escritura y que generan implicaciones dentro de mi proceso de configuración como escritor y como individuo. En este sentido, la presente tesis tiene como objetivo explorar los elementos que posibilitan el acto de pensarme como escritor en proceso, mediante dos componentes: uno conceptual-crítico y uno creativo. El primero propone un análisis alrededor de algunas perspectivas críticas conceptuales que permiten un acercamiento al término de autoficción al igual que a la escritura metaficcional, así como la reflexión crítica alrededor de un corpus literario a modo de casos en los que se

ejemplifican los conceptos en cuestión. El segundo componente o instancia creativa, presenta una novela sobre la escritura de una novela, el proceso que ello implica para el escritor, sus devenires, complejidades y limitaciones. Se presenta en capítulos breves o lo que he llamado variaciones. Cada una de las variaciones intentará presentar momentos y metáforas de la escritura. Aparecen notas en el texto y al pie, además de comentarios a manera de paratexto, pero que también hacen parte de la construcción del discurso narrativo de la novela. Dicha parte creativa se presenta directamente relacionada con la parte conceptual crítica, en tanto que es el laboratorio de experimentación de los presupuestos teórico-críticos que allí convergen, puesto que esta es una novela que expone su propia crítica y su propia metodología de composición.

Así pues, percibo la escritura como una búsqueda detectivesca en la que todos los detalles, por mínimos o insignificantes que parezcan, son importantes para resolver el caso; esa búsqueda entendida como la pregunta por una autoconciencia que me permita alcanzar un papel crítico frente a mi relación con el hecho de escribir y su papel en la deconstrucción y reconstrucción de mi visión de mundo, la cual proviene del sincretismo de una variedad de discursos sociales, culturales, académicos, filosóficos, éticos y estéticos. Experimento la escritura como un viaje cuyo trayecto y destino soy yo mismo, la comprensión de los filamentos que configuran mi identidad. El viaje no implica únicamente desplazamientos físicos, pues “(...) el viaje o el desplazamiento pueden incluir fuerzas que atraviesan espacios: la televisión, la radio, los turistas, la mercancía, los ejércitos” (Clifford, 1997, p. 42), reconociendo así, por supuesto, la hibridación que me atraviesa. Es aquí donde la escritura es el puente por el cual se da el viaje de exploración a los intersticios que se nos escapan a la superficialidad de los discursos, que al ser puestos al análisis crítico que brinda la autoconciencia aportan a la construcción, no solo del individuo, sino de su narrativa, en el caso del escritor.

Así, deconstruirse en la escritura, mediante la autoficción y la metaficción ofrece derroteros para pensar la hibridación que configura una identidad (no pocas veces atravesada por la alienación del lenguaje de los centros de poder) entendida no como unidad completa e invariable, sino como una representación o una figuración compleja de cruces dinámicos y renovadores que la reconstruyen constantemente. Asimismo, la posibilidad de volverse sobre el propio proceso creativo permite explorar y poner en cuestión, ante todo, los presupuestos que uno mismo había asumido como referentes o verdades fundamentales, como la escritura como algo terminado y no como proceso o la literatura como escape de la conciencia en vez de un regreso a ella. Me interesa la conjunción de estos dos elementos estéticos auto y metaficcionales en el sentido en que me permiten una exploración más consciente de los procesos de configuración de la subjetividad como ser humano que escribe y cuya subjetividad es entendida aquí como noción que se construye con el lenguaje y está ligada a variables específicas que circundan al sujeto. La vinculación de estos elementos en la escritura de la novela permite la generación del espacio propicio para la reflexión alrededor de la pregunta por el yo y su relación con la escritura en y a través del artificio del lenguaje.

Lo anterior, pues, remite a pensar la noción del yo, la cual se aborda en el primer capítulo de este trabajo desde los asideros de la *autoficción*, entendida aquí como una de las tendencias dentro de las llamadas *escrituras del yo* y que persigue indicios hacia la exploración de nuevas formas de cuestionar construir el sujeto. Se aborda dentro de este apartado las complejidades de hablar de la subjetividad, que se hace mediante los tropos del lenguaje porque “quien dice figuración evoca un fracaso de la representación: una figura es, necesariamente un sustituto, una segunda opción, la admisión de una derrota lingüística y expresiva” (Jameson, citado por Restrepo Galeano, 2009, p. 35). Esto no implica que dicha figuración sea falaz, sino que permite

ver las convenciones alienantes de la estructura lingüística. Se hace entonces un recorrido por diversos críticos del tema como Diana Diaconu, Manuel Alberca, Julia Musitano, entre otros, para desligar la autoficción de la mera identidad nominal entre narrador-autor-protagonista, así como los deslindes entre ésta y la autobiografía y de esta manera dimensionar con mayor perspectiva los alcances y limitaciones del término.

Asimismo, a lo largo del segundo capítulo se profundiza al respecto de la escritura metaficcional, entendida aquí como asidero y método de trabajo para el ejercicio creativo, desde los presupuestos teóricos de la escuela anglosajona, principalmente con los planteamientos de Patricia Waugh. Se hace así mismo un contraste teórico entre algunos autores como Jaime Alejandro Rodríguez, Clemencia Ardila, Laura Vizcaíno, entre otros, para dimensionar las implicaciones del término, enmarcándolo principalmente dentro de la posmodernidad, aunque no sea una noción que estrictamente se limite a dicha época, puesto que “the term is new but the practice is as old (if not older) than the novel” (Waugh, 2001, p. 5). La idea aquí es reflexionar sobre la manera en que la escritura metaficcional brinda la posibilidad de pensar el escritor en proceso, con lo cual se logra un acercamiento autoconsciente a los procesos que se dan detrás del acto creativo de la escritura, para explorar la propia pregunta por la escritura.

Tanto en el primer capítulo como en el segundo, como se anotó al inicio, se aborda un corpus textual, a modo de casos en los que se pone de manifiesto la autoficción y la metaficción y cuyo vaso comunicante es la reflexión sobre el escritor y su identidad como tal. Para elucidar con pertinencia el funcionamiento de la autoficción se toma las novelas *El desbarrancadero*, de Fernando Vallejo y *Cómo me hice monja*, de César Aira. Asimismo, para efectos de ilustrar la noción de metaficción y su fenómeno subyacente, la autoconciencia, se aborda las novelas

Basura, de Héctor Abad Faciolince y *El buen Salvaje*, de Eduardo Caballero Calderón. La selección de tales obras es arbitraria y solamente obedece al hecho de que en ellas se conjugan elementos propios de la autoficción y de la escritura metaficcional, además de que se problematizan la identidad y la relación entre realidad y ficción al igual que el acto mismo de escribir.

Después se aborda la metodología en el que se indica el método del componente creativo, la novela, para contextualizar las estrategias auto y metaficcionales dentro de su devenir, así como de sus procesos, problemáticas, alcances y posibilidades dentro de la pregunta de investigación. Finalmente se da cierre con la presentación de *Teoría de una novela sin título*, ejercicio escritural que incluye su propia metodología al ser la respuesta a las preguntas auto y metaficcionales propuestas en el marco de la presente tesis.

CAPÍTULO I

DE LA AUTOBIOGRAFÍA A LA AUTOFICCIÓN

«La vida no es lo que uno vivió, sino la que uno
recuerda y cómo la recuerda para contarla».

Gabriel García Márquez

En este primer apartado hago una aproximación a la noción de autoficción empezando por evidenciar algunas causas que han derivado en cierta complejidad para definir sus alcances y sus limitaciones. Se establece así una parte del marco conceptual, para efectos de la escritura de la novela que constituye el objetivo central de este trabajo. Se expone la escritura autoficcional para evidenciar las zonas de deslinde entre ésta y la teoría autobiográfica. Lo anterior obedece a la necesidad de caracterizar los principios y los procedimientos de estos dos términos, puesto que han dado lugar al debate teórico por tener en común el hecho de ser maneras de representación del yo. Sin embargo se centra la atención en la autoficción a pesar de su estrecha relación con la autografía, pues se presenta como un espacio de exploración de la subjetividad más libre del principio de veracidad que suele implicar el discurso autobiográfico. Finalmente, hago la articulación entre la teoría-crítica con su puesta en escena dentro de un análisis somero de la manera en que estos elementos son empleados en las novelas *Cómo me hice monja* y el *Desbarrancadero*.

Al mirar en retrospectiva se encuentra que, si bien a lo largo de la historia la preocupación por el sujeto está presente en la literatura, “hacia finales del siglo XIX se rinde en algún grado cierto culto un tanto narcisista al yo y es evidente el afán de reivindicar el valor subjetivo del individuo como valor supremo debido a la rebeldía desatada por el nuevo sistema capitalista que trajo consigo la modernidad” (Montserrat Escartín, 2010, p. 1). Durante el siglo XX se pensará en la escritura del yo más allá de dicha reivindicación, para pasar a una instancia de autoconfiguración del sujeto a través de la creación artística y la exploración de la subjetividad desde los propósitos creativos. Dicha exploración deviene en los denominados «géneros del yo» como diarios, confesiones, memorias, novelas autobiográficas o biografías noveladas y autoficciones, que si bien existen desde siglos anteriores, en el siglo XX recibirán renovado empuje estético, en las que se muestran como propósito fundamental explorar su mundo interior con el propósito de conocerse a sí mismo en su gama de complejidades. Con esto queda claro que la importante presencia de la exploración del yo como tema central de la literatura es el rasgo distintivo en el siglo XX, con lo que la autoficción amplía las posibilidades reflexivas y creativas.

Para el contraste con la autoficción se asume la autobiografía como un “relato introspectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (Lejeune, 1994, p.11). Como se evidencia, en el discurso autobiográfico existe la preocupación por lo “real”, lo que implica la veracidad o referencialidad del discurso autobiográfico. Pero dicha preocupación es problemática pues intentar una definición de lo real es complejo en tanto sabemos que la realidad no es otra cosa que una construcción social mediada por el lenguaje. De allí que en la introducción de *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Paul Eakin (1994) anote que

(...) la principal limitación de su definición, es decir, de su incapacidad para trazar una clara línea de demarcación entre la autobiografía y la novela autobiográfica. Como el mismo reconoció, no hay manera alguna de distinguir entre las dos basándose en la evidencia textual interna. La solución de Lejeune al espinoso problema de los modos discursivos ficticios y factuales fue su concepto del pacto autobiográfico. (p.12)

Aunque tanto autobiografía como autoficción son caminos para el acercamiento a la subjetividad, se asume aquí la autoficción como el espacio más propicio y flexible en la exploración del yo gracias a las cualidades del pacto ambiguo de lectura, un híbrido entre el pacto autobiográfico y el pacto novelesco, que permite poner al yo en una posición creativa más prolija. Así esta ha reevaluado la verticalidad y la preocupación por la verdad de la teoría autobiográfica, puesto que sus procedimientos escriturales y estéticos la han llevado a la transgresión de las fronteras entre realidad y ficción, en la medida en que ha explorado en algún modo aquellas fisuras que la autobiografía no alcanza a explicar. Al transgredir el principio de veracidad, la estrategia autoficcional permite ir más allá de la representación de la existencia hacia el territorio de la búsqueda.

Aunque el término autoficción hace su aparición en la segunda mitad de la década del 70, introducido a la teoría literaria por Serge Doubrovsky, no quiere decir que no hubiera textos asimilables a ésta, más cuando

Doubrovsky mismo, en un artículo de 2003, declara aún que la autoficción es “una variante posmoderna de la autobiografía”, afirmación que Philippe Gasparini retoma casi al pie de la letra en *Autofiction. Une aventure du langage* (2008) cuando considera que se trata de una forma contemporánea de la autobiografía.

Tales afirmaciones develan que hay una relación entre las dos, pero que también hay divergencias de tipo esencial que las llevan por diferentes caminos de acercamiento a la subjetividad. La profunda preocupación por la configuración del *yo* como noción compleja y susceptible de ser pensada y repensada desde el arte literario es un motivo fundamental en el trabajo autoficcional.

El surgimiento de la autoficción se explica mejor si se tiene en cuenta, por un lado, esta atmósfera de tensión de la autobiografía —o como apunta José María Pozuelo Yvancos, de la “deconstrucción del yo autobiográfico”— y la ampliación de las dimensiones autobiográficas de la novela; y por el otro, la “crisis del personaje como entidad narrativa postulada por los escritores del Nouveau Roman. (Pozuelo Yvancos citado por Negrete Sandoval, 2015, p. 229)

Tal crisis es puesta en las dificultades que se presentan en el espacio autobiográfico para la representación del yo, la compleja relación que allí se da entre el referente y lo real, la presencia del autor y las maneras como ésta se puede destacar o identificar dentro en el texto, el desmoronamiento de la identidad del personaje, la paradójica relación entre éste y la noción. Esta serie de elementos, entre otros, encuentran posibilidades amplias en el campo de la autoficción que se erige en estrategia que permite pensar una identidad que definitivamente es multifacética. La autoficción voltea su mirada hacia las tensiones del sujeto y de su relación con la problemática contemporánea realidad-ficción, que es también tema de cuestionamiento en el ámbito metaficcional, con lo que se establece aquí una de las razones para vincular lo auto y metaficcional en el proceso escritural del presente trabajo.

Por tal razón cabe agregar, parafraseando a Diana Diaconu (2016, p.37), que se ha escrito y dicho mucho sobre el término autoficción, tanto así que se han esfumado las pocas certezas que

hubo en un comienzo sobre el género. Ha sido prolífica la crítica alrededor de aquellos textos que parecieran acomodarse por la razón o por la fuerza a lo autoficcional, lo cual conllevó a, de alguna manera, encasillar afanosamente obras a cualidades viciadas o descontextualizadas de lo netamente autoficcional, difuminando así una perspectiva sólida al respecto. “El afán de ampliar la validez de unas propuestas nacidas en unas circunstancias concretas, convirtiéndolas en verdades universales, hace que dichas propuestas pierdan nitidez, queden desdibujadas” (Diaconu, 2016, p. 37). Por esta razón y para efectos de la presente tesis, se hace necesario dar claridad a lo que aquí hemos de entender por el término en cuestión para precisar un concepto claramente delimitado que pueda apoyar la construcción de la novela resultado de este proceso.

Puntualicemos que la escritura autoficcional es una forma de representación, expresión y exploración del yo más flexible que la autobiografía, que permite configurar de algún modo la subjetividad en la medida en que brinda al individuo la posibilidad de recrear su existencia en un proceso de des-estructuración desde y en la escritura, con lo cual llega a un grado importante de conciencia y autoconocimiento de sí mismo, de los múltiples yo-es que cohabitan bajo ese pronombre que no basta para definir una existencia tan compleja como la del ser humano. Cabe aclarar que al referirme a autoconciencia y autoconocimiento de sí mismo no pretendo hablar de una realidad unívoca o verdadera, sino de una visión relativa y sensible del sujeto, en tanto este se encuentra en constante cambio y reconstrucción como efecto de la diversidad de discursos socioculturales, éticos, estéticos, morales, académicos, que lo atraviesan y lo redefinen constantemente.

Así pues entendamos que, en el ánimo del deslinde conceptual y “siguiendo a Lejeune en cuanto a la importancia otorgada al pacto de lectura, Lecarme enuncia en 1994 una verdad de

reducido alcance, pero firme: —La autoficción es, en el fondo, un dispositivo muy sencillo: un relato cuyo autor, narrador y protagonista comparten la misma identidad nominal y cuya clasificación genérica indica que se trata de una novela” (Diaconu, 2016, p.38). También cabe aclarar que, si bien la identidad nominal es clave al hablar de la autoficción como forma, ésta puede encontrar diversas formas de aparición más allá del nombre o del apellido estrictamente dicho, para presentarse más bien como “un tipo de relación autor – guiño autoficcional – lector cuyos efectos apuntan a la ambigüedad, al debilitamiento de la verdad y a la incertidumbre como efectos estéticos de sentido” (Escobar, 2017, p.71), pero que enmarca una invitación que orienta al lector hacia un pacto de lectura determinado.

En este orden de ideas, a lo que se entiende por autoficción hay que adicionarle el carácter paradójico de su funcionamiento, pues aunque se dé una identidad nominal, como ocurre en la autobiografía, no existe en ella un hilo que garantice veracidad, por lo que ésta termina por moverse entre la factualidad y la ficción sin ningún compromiso, puesto que “la incertidumbre y la inestabilidad son los efectos que mejor recogen el sentido de las búsquedas de las literaturas del pacto ambiguo” (Escobar, 2017, p.24). En contraste con la teoría de la autobiografía, la autoficción no propone al lector ningún compromiso referencial o de verdad ni un marco de referencia, con lo que potencia el acto de pensar maneras posibles en que el yo se hace autoconciente a través del texto autoficcional. Es así que el pacto ambiguo se levanta como “un campo de posibilidades formales que produce horizontes de expectativas lectoras diferenciables de los que implican, de un lado, en los géneros de no ficción y, de otro, en los géneros ficcionales” (Escobar, 2017, p. 72). Así pues, estaríamos frente a un juego de libre exploración, trascendiendo el peso de las dicotomías realidad-ficción y verdad-falsedad. Considérese así que:

Para Vincent Colonna, una autoficción es una obra literaria en la que el autor se inventa una personalidad y una existencia, conservando su identidad personal, bajo su verdadero nombre. Al ficcionalizar la identidad y la experiencia vivida o imaginada, el autor se adhiere de manera descomprometida a un personaje de ficción que responde a su mismo nombre. (Citado por Alberca, 2005a, p.8)

Esto indica que el lector ha de estar dispuesto a moverse en la ambigüedad propuesta por un autor que puede estar vinculando o no sus experiencias personales al personaje con quien comparte una identidad nominal.

Al vincular sus experiencias vividas, el escritor vuelve sobre acontecimientos de su pasado, el cual es una fuente prolífica de motivos, además de la imaginación, en donde encuentra temas, problemas, recuerdos o acontecimientos, que por algún motivo han marcado su experiencia vital y ahora se convierten en material que nutre el hecho creativo en el que se convierte la reconstrucción de lo vivido desde el proceso consciente de la escritura. Así pues, una autoficción, aunque es una novela, parece una autobiografía y bien podría ser que lo fuera de verdad, pero también podría ser su simulación, es decir, una pseudo-autobiografía o unas memorias ficticias en las que el autor es también personaje (Alberca, 2005b, p.85). Gran parte de ese material del pasado procede de las memorias de la infancia, sin tener gran cuidado de la referencialidad de los recuerdos, puesto que en el proceso de reconstrucción lo que interesa no es la *verdad*, sino más bien el deseo de evidenciar unas problemáticas como el cuestionamiento de la verdad, la subjetividad, la identidad cambiante del sujeto y el cuestionamiento del género mismo de la novela, mediante esa construcción metafórica, conflictiva y no menos paradójica.

Es necesario anotar que, si bien aquellas experiencias de las cuales se vale el escritor para su creación estética pueden ser realmente vividas por éste, eso dentro de la autoficción, no es determinante, puesto que

la autoficción se presenta con plena conciencia del carácter ficcional del yo y, por tanto, aunque allí se hable de la existencia del autor, no tiene sentido, al menos no es prioritario, comprobar la veracidad autobiográfica, ya que el texto propone ésta simultáneamente como ficticia y real (Alberca 2005a, p.10).

Por ello hay que precisar que la autoficción obedece a un pacto específico de lectura que no se puede confundir con el pacto requerido por la autobiografía. Lejeune presenta la noción de pacto de lectura como aquello que orienta la actitud del lector. De esta propuesta de lectura simultánea de lo ficticio y lo real en un mismo espacio nace lo que Manuel Alberca llamaría “*el pacto ambiguo*”, que no es más que el sincretismo o la hibridación entre el pacto autobiográfico, en el cual hay una triple identidad autor-narrador-protagonista y el pacto novelesco, en el cual se suspende la exigencia de veracidad en lo que se cuenta. Al respecto agreguemos que:

(...) entre el pacto autobiográfico y el novelesco se perfila el «pacto ambiguo», concepto certeramente manejado por Alberca para designar el acuerdo establecido entre el lector y el autor de una autoficción mediante el cual ambos han de moverse en una ambigüedad calculada entre lo real y lo inventado, porque ese protagonista y narrador en primera persona cuyo nombre coincide con el del autor «es y no es el autor», de modo que el lector ha de sortear múltiples dificultades interpretativas ante un texto donde lo autobiográfico se presenta como «un simulacro novelesco sin apenas camuflaje», con las inevitables incomodidades y vacilaciones debidas a tener que moverse entre lo inventado y lo real (Basanta, 2009, p.2).

Queda claro de esta manera que la autoficción presenta unas condiciones definidas y un pacto de lectura determinado que establece sus modos de recepción, por lo tanto no cualquier texto puede considerarse autoficcional, puesto que como hasta ahora se ha delimitado, la identidad nominal entre-autor narrador-protagonista es fundamental, al igual que lo es la presencia del pacto ambiguo como orientador de su lectura.

En cuanto a las motivaciones históricas que dan sentido a la autoficción como organismo que, desde su ser y hacer, intenta dar respuesta a una necesidad específica, se tiene el postulado de Diaconu (2016) que afirma que:

En el caso de la autoficción, la necesidad expresiva mayor a la que responde, y que marca toda nuestra época, es el rechazo del género de la novela como modelo narrativo caduco: de manera obvia esto trae consigo la exploración de nuevos caminos para expresar el sujeto contemporáneo, con los retos y problemas que le imponen la crisis del mundo moderno y el mundo posmoderno. (p. 38)

En la búsqueda personal de esos caminos de exploración percibo en el sujeto de nuestro época una dificultad, que raya el punto de imposibilidad, para encontrar las particularidades y sensibilidades que configuran su subjetividad, su voz y su historia, quizá como efecto de la sociedad masificadora e impulsadora una estética de la prótesis, que señala el deber ser del sujeto y lo hunde cada vez más en las dinámicas alienantes de lo efímero, el consumo y el utilitarismo. O quizás por la inestabilidad de un mundo en el que ha superado las certezas y las verdades objetivas y universales y no queda otra cosa que un terreno inestable donde surge la pregunta por el sentido. Desde este punto de vista la escritura autoficcional se presenta entonces con una cualidad regeneradora que rebate y cuestiona los marcos de una narrativa establecida por no corto tiempo, con lo cual reafirma su carácter autónomo y reaccionario, no sólo frente a las

convenciones de la novela del realismo, sino también sus propios marcos. Con esto auto-cuestionamiento se despoja del juicio como unidad de medida y acoge una postura de comprensión de las diversas problemáticas, intensidades y posibilidades del ser y del mundo que éste habita, mostrando así “otro efecto de sentido cuya importancia en la obra es crucial: la identidad cambiante del sujeto contemporáneo” (Diaconu 2016, p. 39).

En este sentido, en la medida en que el escritor de autoficción ficcionaliza su vida, realiza un ejercicio de deconstrucción y reconstrucción de los marcos de su existencia a partir de materiales que mezclan sustratos de sus vivencias con aportes de carácter ficticio, lo cual le permite lograr acceso a la oscilación de los yo-es en la imposibilidad de la verdad. Esto cuestiona la idea cartesiana del *pienso luego existo*, pues transmuta la idea limitante del sujeto sólo como ser pensante, en la concepción de una ser también corpóreo, cuyo modo de acercamiento al conocimiento de sí mismo y del mundo no radica únicamente en las ideas, sino también en la experiencia sensible.

Todas las novelas de todos los tiempos se orientan hacia el enigma del yo. En cuanto se crea un ser imaginario, se enfrenta automáticamente la pregunta siguiente: ¿Qué es el yo? ¿Mediante que puede aprehenderse el yo? Esta es una de las cuestiones fundamentales en las que se basa la novela. (Kundera, 2004, p. 33)

Aunque este aporte de Milan Kundera se centra en la novela del siglo XX como tal y no en la autoficción, luego tendrá sus ecos en el surgimiento de ésta, pues da cuenta del carácter autoconsciente (conciencia del carácter artificioso del lenguaje) y autorreferencial¹ (problematización de la relación ficción-realidad) que tiene la escritura autoficcional, porque más

¹ Tanto autoconciencia y autorreferencialidad son conceptos que se profundizan en el siguiente capítulo, en dialogo con los teóricos que los proponen.

que centrar su atención en un pacto novelesco, autobiográfico o ambiguo, la centra en la exploración de las posibilidades del ser y su existencia, que por su carácter fragmentario y dinámico no encuentra ni encontrará un estado acabado o completo, pues “la búsqueda del yo siempre ha terminado y siempre terminará en una paradójica insaciabilidad” (Kundera, 2004, p. 35). Con esto se infiere que la autoficción no persigue dar cuenta de un individuo como tal, sino más bien de las oscilaciones y la multiplicidad de partículas que configuran la existencia del ser humano.

Finalmente, el aporte de la autoficción al ejercicio de pensarse en la escritura es fundamental, puesto que conlleva un grado sumo de volcamiento sobre las posibilidades del yo desde una perspectiva más profunda en el sentido que se indaga las verdades preestablecidas del individuo, atendiendo a lo paradójico, lo efímero, voluble, escindido, vano, trascendental y cuanto a calificativo se le pueda atribuir a su condición, por demás inacabada, lo cual invita a la constante exploración tras la búsqueda de nuevas alternativas de comprensión del individuo y cuestionamiento de dichas verdades. Asimismo, del ánimo de contravenir los marcos establecidos la autoficción brinda nuevos caminos para pensar el yo que se considera escritor porque escribiendo aprendió a pensar; es decir, aprendió que hay otras maneras de ver el mundo más allá de lo que dictan las normas de la cultura de masas, otras maneras de reconstruirse bajo las propias posibilidades y sus propios riesgos, aún a sabiendas de que, como afirmaba el ya citado Kundera, la búsqueda del yo siempre termine en una paradójica insaciabilidad.

A continuación presento una breve reseña de las novelas *Como me hice monja*, del escritor argentino César Aira y *El desbarrancadero*, del colombiano Fernando Vallejo,

para ilustrar y ahondar en algunas de las estrategias autoficcionales características en la ficcionalización del yo.

Como me hice monja

Se ha establecido ya que la escritura autoficcional es una forma de representación, expresión y exploración del yo más flexible que la autobiografía y que una de sus preocupaciones fundamentales es la comprensión del yo por encima de su mera tematización en y a través de la escritura, con lo cual se deduce que todo lo que interviene con la configuración de lo que entendemos por identidad es susceptible de ser pensado desde la autoficción. En *Como me hice monja* se evidencia una serie de exploraciones alrededor de cuestiones problemáticas del ser como la identidad, la relación del sujeto con la realidad y la imposibilidad de una comunicación efectiva.

Antes de analizar las cuestiones atrás mencionadas, téngase en cuenta que una de las condiciones necesaria para hablar de autoficción es la identidad nominal entre el autor, el narrador y el personaje, retomando los postulados ya citados de Lecarme, la cual se pone de manifiesto en la novela, pues César Aira es el nombre que comparten estas tres categorías, lo cual nos proyecta hacia un pacto de lectura ambiguo que, en apariencia, nos remite al espacio de una narración autobiográfica.

La pregunta por la identidad aparece en tanto se tiene un narrador que desvanece el límite entre lo masculino y lo femenino, pues éste se concibe a sí mismo como una niña, aun cuando sus padres, el médico, la maestra y sus compañeros de escuela lo perciben como un niño. Pareciera que este travestimiento se da en un proceso de simulación que le permite a César manipular su propia subversión e invisibilidad de su presencia ante un mundo problemático e ininteligible, invisibilidad que funcionaría como “una vacuidad germinadora cuya metáfora y simulación es la realidad visible y cuya vivencia y comprensión verdaderas son la liberación” (Sarduy, 1982, p.20).

Pero en ningún momento de la novela se percibe una desacomodación por parte de algún personaje frente al travestimiento de César, lo cual permite deducir que su estrategia se normaliza efectivamente a tal punto que es lo que dice ser: “En ese punto la ficción se confundía con la realidad, mi simulacro se hacía real, teñía todas mis mentiras de verdad” (Aira, 1993, p. 12). Así, la novela desestabiliza la noción de identidad y pone en tela de juicio una supuesta univocidad del ser, poniendo más bien al lector ante el extrañamiento y la posibilidad de cualquier cosa en la complejidad del yo.

La imposibilidad para comunicarse con el mundo circundante es otra de las problemáticas que se plantean y la única manera de sobreponerse a esto es la simulación, la cual actúa como puente entre César y los demás personajes, a través de diferentes manifestaciones, por ejemplo las arcadas, los gestos, el travestimiento, la teatralidad o la mentira. En el siguiente pasaje se evidencia la manera en que, al encontrarse frente al abismo comunicativo Aira sucumbe de manera espontánea a los intentos de vómito en un deseo de salvar la incompreensión de su padre

ante la negativa de comerse el helado de frutilla descompuesto, valiéndose así del simulacro como artificio, que al igual que el lenguaje mismo, le permite expresar sus ideas a los otros:

Una arcada me sacudió el plexo. Fue algo grotesco, de caricatura. Era como si algo en mí quisiera demostrar que tenía enormes reservas de energía, listas a desencadenar en cualquier momento. De inmediato, otra, más exagerada todavía. A los muchos estratos de mi miedo se agregaba éste de ser presa de un mecanismo físico incontrolable. Papá me miró, como si volviera de muy lejos:

—Basta de farsa.

Otra arcada. Otra más. Otra. Eran una serie. Todas secas, sin vómito. Parecían las frenadas de un auto loco. Frenadas ante el abismo, pero repetidas, como si el abismo se multiplicara. (Aira, 1993, p. 5)

Cómo me hice monja es un texto autoficcional que, como se dijo atrás, explora nuevos caminos en la búsqueda de la expresión del **yo**, pues pone de manifiesto las innumerables posibilidades e intersticios que plantea una problemática tan compleja como el sujeto contemporáneo. Rompe con la idea de univocidad y nos pone frente a un ser cambiante que busca pensarse a sí mismo y en relación con el otro a través del artificio del lenguaje y la exploración de sus límites. Eso, en el ámbito de la autoficción “tiene implicaciones muy serias, porque habla de la pérdida de consistencia del sujeto y del escritor en la época postmoderna, de su fragilidad y su soledad, Aira logra transmitir esta idea de una manera juguetona y cómica” (Vanden Berghe, 2012, p.274).

El desbarrancadero

Atendiendo al rasgo formal principal del texto autoficcional, la novela de Fernando Vallejo presenta identidad nominal entre su autor, narrador y personaje, con lo cual se instaura el pacto de lectura ambiguo, retomando los postulados de Manuel Alberca. Pero al igual que en la novela de Aira, las cuestiones fundamentales de la obra trascienden dicha característica, pues en *El Desbarrancadero* es también una apuesta por la exploración del sujeto que transcurre su vida en un país caótico y loco que se desploma al borde del abismo que es la existencia misma. En este sentido, puede afirmarse que:

La autoficción se convierte en un vehículo creativo mediante el cual el autor encauza la crisis subjetual en la que se ve inmerso su narrador. Los libros de Vallejo evidencian el vuelco hacia el individualismo y la autorreflexión en una contingencia histórica y cultural confusa (...). (Villena, citado por Rodríguez Camacho, 2015, p. 47)

Dicha crisis subjetual desemboca en la configuración de una identidad que no se logra, que nunca se confirma, que se busca constantemente con deseo regenerador, aún en una época en la que el sin sentido parece ser una constante del mundo.

— ¿O no Darío? Tenemos que aguantar a ver si acabamos de remontar la cuesta de este siglo que tan difícil se está poniendo. Pasado el 2000 todo va a ser más facial: tomaremos rumbo a la eternidad de bajada. Hay que creer en algo, aunque sea en la fuerza de la gravedad. Sin fe no se puede vivir. (Vallejo, 2001, p. 14)

En la novela el autor, a través de su narrador se remite a una parte de su vida en la que regresa a Colombia desde México tan pronto le avisaron que su hermano, Darío, estaba muriendo. Al

llegar a su casa paterna Fernando no sólo se reencuentra con su hermano Darío, sino que también se reencuentra con todo aquello que se tratará a lo largo de la novela: una familia en crisis, al igual que la sociedad antioqueña y colombiana en general, la carga de la vida, una madre que sólo dar órdenes y parir hijos. “La loca”, como la llama el narrador viene siendo la metáfora de la madre patria que pare hijos para hundirlos en la pobreza, por tanto el no demuestra otra cosa que odio y desprecio hacia ella.

Vallejo presenta desde su autoficción una crítica del momento histórico en que ha vivido y que le ha proporcionado los materiales para, no solamente configurar su identidad, sino para reconfigurarla en sus diversas esferas: política, religiosa, moral, cultural y estética. Vallejo asume una postura crítica frente a la Colombia de la que conoce sus males y que por eso mismo tal vez que le duele, así que por eso escribe de ella. En relación con esto, téngase en cuenta que en la autoficción “sus autores construyen una identidad «loca», subversivamente homosexual, que socava la idea de una identidad unívoca al tiempo que permite observar de manera crítica la realidad del momento” (Casas, 2011, p. 12).

La novela devela la identidad fragmentada del sujeto contemporáneo, escindido por una sociedad violenta y deshumanizada, explotadora de la naturaleza, neurótica, sin sentido, de la cual tal vez el único remedio que funcione sea la muerte, ese desbarrancadero que es la eternidad. Así lo da a entender el narrador hacia el final del relato, no sin admitir su profundo dolor:

El taxi se iba alejando, alejando, alejando, dejándolo atrás todo, un pasado perdido, una vida gastada, un país en pedazos, un mundo loco sin que se pudiera ver adelante nada, ni atrás nada, yendo hacia nada, hacia el sin sentido y sobre el paisaje invisible y sobre lo

que se llama alma, el corazón, llorando: llorando gruesas lágrimas de lluvia. (Vallejo, 2001, p.190)

Este problema con la identidad del sujeto cambiante va más allá, en tanto, el carácter autoficcional de la novela se ratifica de manera reaccionaria, no solo frente a la noción de identidad, las complejidades del ser, sino frente a la narrativa de la novela misma como género. Esto se evidencia cuando el narrador afirma: “Yo no soy novelista de tercera persona y por lo tanto no sé qué piensan mis personajes” (Vallejo, 2001, p. 78). Esto pone de manifiesto los intersticios y las limitaciones no sólo del narrador en primera persona, sino del sujeto autoficcional escindido y en cuestionamiento continuo, que viene a ser la representación del mismo sujeto contemporáneo.

CAPÍTULO II

METAFICCIÓN Y AUTOCONCIENCIA

«Las palabras son todo lo que tenemos».

Samuel Beckett

En este segundo apartado hago una conceptualización de la escritura metaficcional, entendida como asidero conceptual y como método de trabajo, que junto con la teoría autoficcional, que permite reflexionar, sobre los procesos del escritor de una novela en el acto mismo de escribirla. Esto aporta derroteros teóricos y prácticos que se ponen de manifiesto dentro del componente creativo de este trabajo. Aquí se profundizará al respecto de la escritura metaficcional con el fin de redondear las perspectivas teóricas y críticas que sustentan la novela que tiene por objetivo este trabajo, que es ante todo una exploración, puesto que desde el primer momento abre la pregunta por la escritura:

Puse las manos en el teclado, busqué algunas ideas que habían rondado mi cabeza unos minutos antes, mientras fumaba un cigarro en la acera, frente al apartamento. Nada ocurrió, así que opté por recostarme sobre el sofá y hacerme algunas preguntas sueltas, como disparos al aire, alrededor de las motivaciones que me impulsaban a escribir una novela. ¿A quién se le ocurre escribir una novela? ¿Qué escribir en ella? ¿Por qué escribirla? ¿Cómo escribirla? ¿Para qué escribirla? ¿Para quién escribirla? Segundos

después me planteé las mismas preguntas, no respecto de la forma literaria, sino de la escritura en sí misma... Imposible escribir cualquier cosa (Benítez, 2017, p 54).

Este hecho es, por supuesto un rasgo característico de la escritura autoconsciente, aquella que “sería, interpretando a Eco, una lucha consciente contra la convención, entendida como esquema performativo” (Rodríguez, 1995, p. 64), en la medida en que precisamente por dicho carácter ostenta la posibilidad de asumirse a sí misma como su propio objeto de análisis, para analizar críticamente sus dinámicas, su ser, sus problema y posibilidades; es decir, pensarse a sí misma.

La escritura como estructuración de la conciencia sirve como fuente de reconfiguración del individuo. La noción de autoconciencia se da en relación con el lenguaje mismo, en la medida en que como seres sociales nos movemos dentro de sus convenciones para lograr interacción con los otros y con el mundo. Dicha interacción se potencia en el paso de la oralidad a la escritura, puesto que ésta práctica brinda una mayor posibilidad de estructurar el pensamiento. Al respecto téngase en cuenta esta afirmación de Ong:

Al madurar la experiencia de trabajar con un texto como texto, su creador, de hecho ya un autor, adquiere un sentido de expresión y organización notablemente distinto del que tiene un orador que se dirige a un público presente. El autor puede (...) trabajar con apuntes, puede incluso esbozar el relato antes de escribirlo. A pesar de que la inspiración sigue derivándose de fuentes inconscientes, el autor puede someter la inspiración inconsciente a un control consciente mucho mayor (...) tiene acceso a sus palabras para la reconsideración, revisión y demás manipulaciones (...). (Citado por Rodríguez, 1995, p. 23)

Al hablar de autoconciencia no solamente se trata de comprender las convenciones que rigen al texto que representa una determinada realidad. En primer lugar, se trata de entender que el arte es lenguaje y que, en cualquiera de sus expresiones, es una *mimesis*, en términos de Aristóteles, que no es más que una “realidad alternativa con respecto a la naturaleza o a la realidad cotidiana” (Barbero G., 2005-2006, p. 1); esto es, el carácter ficticio que posee el lenguaje y, en consecuencia, el arte. Tal conciencia de la artificiosidad del lenguaje permite entender el lenguaje como objeto maleable, lo que da lugar a una posibilidad de manipulación que se traduce el evento metalingüístico.

Se ha considerado como una de las propiedades básicas del lenguaje su capacidad de poder convertirse en su objeto de reflexión. La lógica moderna distingue dos niveles del lenguaje: el lenguaje-objeto, o sea el instrumento de comunicación..., y el metalenguaje, un lenguaje que tiene por referente el lenguaje mismo. (Jakobson, 1985, p.36)

Si apelamos a la función metalingüística del lenguaje, se diría que la metaficción es un discurso que se centra en la reflexión sobre el discurso ficcional mismo. Este carácter autoconsciente de la escritura metafictional brinda un espectro amplio de posibilidades en la reflexión sobre la escritura, la literatura, el lenguaje en la relación realidad-ficción y el mundo como literatura y la literatura como mundo. Dicho carácter es fundamental en el sustento del presente trabajo, pues dentro de éste se entiende la literatura como

(...) un modo de escritura diferenciado por la búsqueda de su propia identidad: el cuestionamiento de la literatura se convierte así en el marco de lo literario. La novela incluye la parodia de la novela y la teoría de la novela. La esencia de la literatura reside en no tener esencia, en ser potencia indefinible, en abarcar aquello que pudiera situarse fuera de ella. (Ong, 1987, p. 161)

En segundo lugar, se trata de pensar que esa *realidad alternativa* es otra realidad como tal y que puede y debe ser pensada, en tanto que la ficción presenta una nueva dimensión de la realidad así como otra visión de las cosas, lo cual trasciende la noción de verdad única y permite mirar desde diferentes perspectivas, siendo consciente de lo voluble y relativo del mundo que nos circunda.

Entonces es posible afirmar que la autoconciencia es en algún modo una reflexión sobre el carácter ficticio de lo que llamamos realidad, lo cual nos lleva a pensar que es susceptible de tener no solo una versión, sino que pueden existir diversidad de ficciones de lo que se entiende por real. La autoconciencia es básicamente, conciencia de la alienación del lenguaje, de las contradicciones a las que conduce aceptar la institución lingüística como medio para transmitir una crítica a lo institucional (...) (Rodríguez, 1995, p. 64). Dicha alienación plantea cierta aversión o contrariedad frente a la convencionalidad del lenguaje, por lo que este es puesto como eje problemático para ser reconstruido en aras de develar las implicaciones que puede tener el hecho de confiar plenamente en la palabra como reflejo puro de la realidad.

La autoconciencia es, también, la base conceptual de **El arte de la novela**, que Kundera explica como la necesidad paradójica a la que se ve abocado el género al tener que transmitir lo poético con medios prosaicos. La autoconciencia es, en últimas, el arma con que cuenta el escritor metaficcional para no dejarse enredar por las estructuras alienantes del lenguaje, es su piedra de salvación, aunque también sea su riesgo (Rodríguez, 1995, p. 64).

Ampliando el marco de referencia para el fenómeno de la autoconciencia, es preciso comprender el término dentro de la escritura metaficcional, pues “es un recurso literario que posibilita la ruptura de los marcos de la narración en la metaficción posmoderna (...) y contra las

convenciones basadas en el orden y la técnica” (Franco, 2009, p. 189). En este sentido, hablar de metaficción nos lleva a pensar al individuo situado ante la complejidad de la creación literaria. Sumado a esto aparece el problema de la dicotomía realidad-ficción, pero con una enorme pulsión por explorar dicha dicotomía, por interrogar las relaciones, los intereses y las implicaciones que se dan entre estas dos nociones.

Entonces, el término *metaficción* nos pone de manifiesto una clara intención de poner en cuestión los principios mismos de la escritura a través de estrategias o rasgos recurrentes que la ponen como tema y problema del hecho creativo, es decir, que no solamente interesa el discurrir de los acontecimientos que pueden enfrentar los personajes, sino que entra en juego una necesidad de conciencia del funcionamiento de la ficción y de los modos en que se da y opera dicho proceso creativo. Siguiendo los planteamientos de Patricia Waugh, que desde la perspectiva de estudio anglosajona nos da asideros para caracterizar el término, establezcamos una aproximación específica:

Metafiction is a term given to fictional writing which self-consciously and systematically draws attention to its status as an artefact in order to pose questions about the relationship between fiction and reality. In providing a critique of their own methods of construction, such writings not only examine the fundamental structures of narrative fiction, they also explore the possible fictionality of the world outside the literary fictional text. (Waugh, 2001, p.2)²

² Metaficción es un término dado a la escritura ficcional que de manera autoconsciente y sistemática dirige la atención a su estatus de artefacto para postular preguntas acerca de la relación entre ficción y realidad. Al proveer una crítica de sus propios métodos de construcción, tales escrituras no sólo examinan las estructuras fundamentales de la ficción narrativa, ellos también exploran la posible ficcionalidad del mundo fuera del texto ficcional literario (La traducción es mía).

Desde esta perspectiva conceptual queda claro que la tensión problemática entre la realidad y la ficción es una preocupación particular en la escritura metaficcional que a través del fenómeno de la autoconsciencia devela la alienación que el lenguaje, como material mediador, pone sobre lo que entendemos por realidad. Entonces queda al descubierto que tanto realidad como ficción vienen siendo construcciones hechas y mediadas por el lenguaje, con lo cual se ratificaría la autoconsciencia como herramienta para contravenir tal alienación.

De igual manera, Jaime Rodríguez plantea algunos de aquellos rasgos que caracterizan el comportamiento posmoderno de las novelas metaficcionales, entre los que se cuentan, por ejemplo: atención al lenguaje y a la escritura, sustratos teóricos, inclusión del proceso creativo, humor, parodia, juego, inversión de la dualidad realidad y la presencia de líneas de equivalencia entre lenguaje, escritura y realidad (Rodríguez, 1995, p. 29). Pero más determinante que los rasgos anteriores, que ya aparecían en escritores como Miguel de Cervantes, por ejemplo, es la conciencia que deviene de su interacción y que permite cuestionar el lenguaje como entidad reguladora de lo que asumimos arbitrariamente por realidad. Al respecto cabe mencionar que:

Contemporary metafictional writing is both a response and a contribution to an even more thoroughgoing sense that reality or history are provisional: no longer a world of eternal verities but a series of constructions, artifices, impermanent structures. (Waugh, 2001, p. 7)³

Al hacer un intento por examinar la realidad como una diversidad de ficciones, entendiendo el término *ficción* como aquella construcción que pretende re-presentar los hechos o modos de estar en el mundo, aquella mimesis, como se anotó arriba, la metaficción se hace autoconsciente de

³ La escritura metaficcional contemporánea es, a la vez, una respuesta y una contribución a un sentido aún más profundo de que la realidad o la historia provisionales: ya no son un mundo de verdades eternas, sino una serie de construcciones, artificios, estructuras no permanentes. (La traducción es mía).

que la realidad puede ser entendida como un tejido de signos que es relativo, artificio ligado a centros de poder o a ideologías. En este sentido aquel tejido que es el lenguaje se vuelve, no el medio de interacción o comunicación, sino el objeto de análisis en la propuesta metaficcional.

Además de lo anterior, cabe anotar que, si bien (...) podríamos entender el término metaficción como una re-descripción (artística) de ese sector de la realidad que es la ficción misma, esto es, re-flejo del mundo de la ficción, de sus estrategias, condiciones, poderes, maneras y resultados (Rodríguez, 1995, p. 17), no se ha de dejar de lado el hecho de que la escritura metaficcional en dicho proceso de re-descripción trasciende la explicación del artificio y se cristaliza en autoconciencia, entendida no sólo como capacidad de hacer referencias, sino de plantear problemas y aperturas de lo literario (Rodríguez, 1995, p. 137). Así pues, queda esbozada una aproximación a la manera en la que la autoconciencia encuentra un terreno propicio para su accionar en la escritura metaficcional, siendo así una tendencia que, en forma sincrética con el discurrir de la autoficción, direcciona el apartado creativo del presente trabajo.

A continuación se presenta la contextualización de algunos de las estrategias y procedimientos metaficcionales que se emplean en las novelas Colombianas *Basura*, de Héctor Abad Faciolince y *El buen salvaje*, de Eduardo Caballero Calderón, y que aportan en la reflexión del trabajo en cuestión.

Basura

La novela de Héctor Abad Faciolince presenta procedimientos característicos de la narrativa metaficcional. La autoconciencia es evidente en la medida en que tanto el periodista como el escritor manifiestan con frecuencia “(...) una indagación escrita sobre el acto mismo de escribir, indagación que usualmente termina en paradoja: ¿qué es escribir?, ¿qué es ser escritor?, ¿cuáles son las exigencias del oficio, cuáles sus consecuencias, sus dificultades, sus instrumentos? (...)” (Ardila, 2009, p. 49). A lo largo del texto surgen cuestionamientos al respecto del acto de escribir como por ejemplo éste de Davanzati:

Escribo como quien orina, ni por gusto, ni a pesar suyo, sino porque es lo más natural, algo con lo que nació, algo que debe hacer diariamente para no morir y aunque se esté muriendo. ¿Para qué orina ya un moribundo? ¿Para qué escribe ya un agonzante? Y sin embargo orina. Y sin embargo escribo. (Abad Faciolince, 2000, p.27)

Claramente se manifiesta la pregunta por la escritura como problema que trasciende al ámbito mismo de la literatura que queda al desnudo, puesta en tela de juicio, desacralizada, en cuanto se pone bajo la lente autoconsciente del escritor. Bernardo dice: “Lo que trato de saber es dónde queda un lugar para la literatura en el conocimiento del mundo” (2000, p. 49), con lo cual reitera la indagación y la crítica del oficio literario.

El análisis que, a manera de crítico, hace un periodista sobre los escritos que Bernardo Davanzati, un escritor fracasado, arroja frecuentemente por el ducto de la basura es el elemento que da paso a una novela (la del crítico) que analiza otra novela (la del escritor). Esto pone de manifiesto el carácter autoreflexivo de la novela; es decir, la posibilidad de hacer ficción

sobre/dentro de la ficción (Ardila, 2009, p. 40). El proceso creativo también está presente a lo largo de la novela, puesto en tela de juicio, por un lado, desde la perspectiva del creador, pues Davanzati constantemente hace reflexiones sobre su relación con la escritura, sus implicaciones y sus posibilidades.

Hay que decir lo mismo de otra forma, y eso es muy difícil, o hay que decir mentiras, y tanto lo uno como lo otro es la literatura, una inmensa mentira que parece verdad y una amena manera de decir lo mismo. Se me han acabado las mentiras y no pude escribir lo mismo de distinta manera, así que dejo de escribir. A ella, a esa mentira, sacrifiqué mi vida, o no mi vida (...) sino aquello que mi vida podría haber sido: el contacto con alguien, el amor a alguien. Me he pasado treinta años trotando con dos índices sobre las teclas o apretando un palito entre mis dedos cuando debí haber estado tocando la piel de un cuerpo. (Abad Faciolince , 2000, p. 324)

De otro lado, desde la perspectiva del crítico, a través de los comentarios que el periodista hace respecto de la forma o del contenido de los escritos de su vecino: “Era como si Davanzati no siguiera un hilo conductor, más bien parecía que escribiera ideas deshilvanadas, a veces en un tono reflexivo, otras veces de manera más cercana no sé si a las memorias o a la ficción” (Abad Faciolince , 2000, p. 32).

La problematización de la relación entre ficción y realidad se hace presente en la medida en que dentro de la diégesis se desvanece el límite entre escritura y realidad de modo que lo único que persiste es el lenguaje.

Fue así como poco a poco pude ir conversando con cada uno de los personajes mencionados por Davanzati en sus papeles. Este libro estaría más completo si yo hubiera podido hablar también con Rebeca, su exmujer, y con su hija y con las demás personas

mencionadas por él en su literatura más llena de personas que de personajes, pero esto no fue posible. (Abad Faciolince , 2000, p. 327)

Literatura, vida, novela, escritura, texto, todo se funde en el lenguaje y la novela es sencillamente aquella autoconciencia que devela el carácter artificioso de éste mismo y que se erige como una de las características que destacan de manera más prominente el carácter metaficcional de *Basura*.

El buen salvaje

El buen salvaje es un referente fundamental en el presente trabajo, pues entraña las estrategias narrativas propias de la escritura metaficcional. La novela está compuesta por 14 cuadernos, como llama su narrador a cada uno de los intentos fallidos de escribir su obra maestra, la cual se encuentra resuelto a escribir desde el primer momento del relato:

“Resueltos temporalmente mis problemas económicos con los cien francos nuevos –diez mil antiguos es más estimulante– que me prestaron en el Consulado, tengo por lo menos diez días tranquilos para comenzar mi novela. Estoy resuelto a escribirla. He leído tantas novelas malas en los últimos meses...” (Caballero calderon, 1966, p. 8)

La novela que no se hace es el primer rasgo metaficcional, en tanto que evidencia cierta imposibilidad de escribir la novela, así que todo queda en esbozos de situaciones, caracterización de personajes y escenarios, posibilidades de la trama, argumentos fallidos, problemas, limitaciones y catorce capítulos (cuadernos) le dan forma a la novela de la novela que

no se logra escribir. Al aparecer cada cuaderno como un texto que no es para nada definitivo, sino más bien un borrador, se muestra la intención transgresora de las convenciones del género. En este sentido, la novela “coloca en primer plano la escritura del texto como el aspecto problemático fundamental” (Rodríguez, 1995, p. 70).

Es preciso destacar el carácter autoconsciente de la novela que surge a través de la constante reflexión del narrador alrededor de los problemas que le surgen dentro del acto mismo de la escritura, de su postura frente a la producción literaria que lee y que, a su parecer, él puede superar, de sus estrategias compositivas y planes de trabajo, la intertextualidad, la parodia y en general, todo aquella conciencia de la artificiosidad del lenguaje que se presenta en la obra que está escribiendo. Es de tener presente que:

La metaficción es un acto de reflexión, una meditación no solamente sobre el mismo acto creativo sino también sobre la tradición y la intertextualidad (...) La narrativa de metaficción se crea y se critica a sí misma durante el proceso de creación. (von Son, citado por Vizcaíno, 2013, p.88)

No cabe duda que *El buen salvaje* es un antecedente clave en el ámbito metaficcional, pues aunque la obra haya sido publicada poco antes de que el término en cuestión se acuñara en la década del setenta, ésta devela los procedimientos fundamentales de la metaficción posmoderna, en tanto formula su propia teoría y su propia crítica.

La figura del escritor fracasado no sólo por perseguir el éxito literario a través de la gran obra maestra, sino porque sobre todo no logra ni lo uno, ni lo otro, deja claro que el carácter inacabado, cambiante, en crisis y en construcción del escritor posmoderno. Todas las complicaciones no solo escriturales, sino también triviales del narrador parecen desnudarse por sí

solas a medida que se sale de dominio la fachada de hombre de abolengo prestante y de literato consagrado:

Si ella supiera de pronto que pertenezco a una borrosa capa social, que mi padre fue un oscuro empleado abrumado de humillaciones y deudas, que mi talento creador no es sino una imaginación desorbitada, que no soy sino un vagabundo que vegeta en París agarrado al leño de sus expedientes y de sus mentiras (...) (Caballero calderon, 1966, p. 616)

Todo en el protagonista de la novela devela su fracaso, lo cual no le deja otra alternativa que huir de aquel entorno Parisino. Este fracaso encarna la reacción crítica del escritor frente a la legitimidad del discurso novelesco y hacia las convenciones del género, puesto que:

La obra posee más de dos intentos, serios y agudos, por demostrar las veleidades de la *nouvelle vague*, y otros tantos por ridiculizar y parodiar, con extrema sutileza, la presunta inflexibilidad sostenida por un tipo de crítica que pretende dictaminar *ex cathedra* sobre lo que una novela es o debe ser. (Carrillo , 1973, p.197)

De esta manera, Caballero Calderón logra con precisión poner en evidencia la crítica de la novela a través de la novela, en un acto simultáneo de creación “gracias a la comprensión que el propio escritor adquiere en el mismo acto consciente de escribir” (Rodríguez, 1995, p. 72).

CAPÍTULO III

METODOLOGÍA

«Establecer el territorio de una búsqueda es precisamente escribir»

Estanislao Zuleta

Pensar en la manera en que, como seres humanos, habitamos el mundo, de dónde provienen los intereses que nos mueven, los criterios éticos y estéticos con los que nos movemos en la ficción que cada uno tenemos por realidad, los valores morales y los prejuicios que les subyacen, y en general, pensar en cómo somos y por qué somos de esa y no de otra manera, es un ejercicio que, si bien es complejo en medio de un mundo lleno de distractores, configura una conciencia que reconoce la diversidad de discursos que lo atraviesan, de voces que se dejan oír en su voz, de la historia que se hace visible en sus rasgos físicos y culturales de esa voz y del cuerpo que la crea. Es por ello que la investigación creación juega un papel fundamental, en la medida en que:

Centramos el interés en la práctica artística, para desafiar la supremacía de los objetos, los autores y las obras, y dirigirlo hacia qué sé hacer, qué sé pensar, qué sé sentir. Esto no quiere decir que no se produzcan obras, se publiquen libros, y se hagan muestras; sin embargo, la atención a los procesos se enfoca en la generación de una práctica artística, como un espacio continuo de producción y transformación, donde los resultados, hechos

experiencia en cada quien, son simplemente inicios de nuevos procesos. (Márquez, citada por Borrero Echeverri, 2015, p 5)

El presente trabajo se orienta desde la investigación-creación, puesto que la preocupación fundamental es comprender las sensibilidades que convergen en el proceso creativo, que posibilitan acercarse al conocimiento de la subjetividad que soy, de la voz que habita mi cuerpo. De tal suerte que la Investigación creación aparece aquí como “una táctica para entender nuestro lugar en la academia. (...) una metodología de investigación contemporánea -en construcción- que entiende la creación como producción de procesos de conocimiento singulares, marcados por la exploración subjetiva y relacional” (Borrero Echeverri, 2015, p.3). Siguiendo este derrotero considero que dicha metodología desemboca en la comprensión de nuestro lugar como escritores en el mundo y hace posible la reflexión sobre el papel del lenguaje como eje configurador de la subjetividad.

Entiendo la escritura como una oportunidad de descubrimiento, al igual que un viaje, de sí mismo, a través de la reflexión autoconsciente que tal acto le permite a uno como sujeto inmerso en el lenguaje. La novela es el espacio para la pregunta por el yo, se orienta al enigma del yo, en palabras de Kundera; es el campo de batalla en el cual mi arma salvadora es la escritura, pues me permite enfrentarme a el cuestionamiento, a lo desconocido que se gesta en uno, a pesar de uno mismo. Por su parte, Laurel Richardson (1994) afirma: “I write because I want to find something out, I write in order to learn something that I didn’t know before I wrote it⁴” (p. 517). Ese algo que quiero encontrar a través de la escritura no es más que la voz de mi propia historia. Esto valida el presupuesto de que la escritura puede entenderse como

⁴ Escribo porque quiero encontrar algo, escribo para aprender algo que no sabía antes de escribirlo (La traducción es mía).

“a method of inquiry , a way of finding out yourself and your topic. (...) Writing is a also a way of knowing —a method of discovery and analysis. By writing in different ways, we discover new aspects of our topic and our relationship to it⁵. (Richardson, 1994, p. 516)

La autoficción y la metaficción como elementos estéticos posibilitan la problematización de la pregunta por la subjetividad como persona y como escritor. La primera, entendida como el campo de exploración por el cuestionamiento y entendimiento de la subjetividad. La segunda, como la herramienta que posibilita la conciencia del lenguaje como artificio por medio del cual el individuo se contruye. A este respecto Richardson (1994, p.518) afirma: “Language is not the result of one’s individuality; rather, language constructs the individual’s subjectivity in ways that are historically and locally specific⁶”. En este sentido se infiere que la subjetividad, al estar constituida en el lenguaje, es también un artificio, una ficción más. En suma, los procesos auto y metaficcionales son fundamentales en mi escritura en tanto posibilitan la sensibilidad para explorarme y construirme en la literatura.

Según Márquez (2012), la investigación-creación no se basa en un método sino en un método-metáfora. En mi novela, el fracaso es el método-metáfora que me permite el acercamiento a la creación de significado y sentido vital en mi escritura. Para Richardson (1994)

⁵ Un método de investigación, un método de encontrarte a ti mismo y a tus cuestiones. (...) La escritura también es una forma de conocimiento —un método de descubrimiento y análisis. Mediante la escritura en diferentes maneras, descubrimos nuevos aspectos de nuestros cuestionamientos y nuestra relación con éstos (La traducción es mía)

⁶ El lenguaje no es el resultado de la individualidad de uno; más bien, el lenguaje construye la subjetividad del individuo en formas que son histórica y ocalmente específicas (La traducción es mía).

metaphor is the backbone of social science writing. Like the spine, it bears weight, permits movement, is buried beneath the surface, and links parts together into a functional, coherent whole. As this metaphor about metaphor suggest, the essence of metaphor is the experiencing and understanding of one thing in terms of another⁷.

(p.519)

Pero no se trata del fracaso entendido en el sentido convencional del diccionario que lo asocia a un resultado adverso en alguna actividad, sino más bien se trata de un punto de reflexión constante abcausa de un estado de carencia y de búsqueda simultaneamente. El fracaso aparece en mi escritura como la posibilidad de poner en tela de juicio la figura del escritor y sus pretensiones, poner al descubierto lo que se trata de cubrir en el ejercicio de escribir. Este método-metáfora es verdadero, pues acoge el proceso literal de escribir y borrar, escribir fragmentos en servilletas mientras se toma el desayuno, en el bus de regreso a casa, en retomar escritos abandonados por meses, en retomar lo que paercía trivial para ver qué dice ahora; en fin, fracasar en el intento de escribir. Dicho de otra manera, el fracaso viene siendo el detonante mismo de la escritura en la búsqueda de caminos hacia la exploración del yo. Este método-metáfora es funcional únicamente en el marco de este trabajo, pues como señala Eliana Márquez (2012)

en este tipo de Proyectos no puede existir un diseño metodológico fijo que dictamine que primero debe ocurrir esto, después aquello, y al final esto. Si existe algún “modelo de investigación” propio de lo que se haga, éste sólo se arma en el mismo discurrir del

⁷ La metáfora es la columna vertebral de la ciencia social de escribir. Igual que la espina dorsal, ésta soporta el peso, permite el movimiento, está bajo la superficie, y junta las partes en un todo funcional y coherente. Al igual que sugiere esta metáfora de la metáfora, la esencia de la metáfora es la experimentación y el entendimiento de una cosa en términos de otra (La traducción es mía).

proceso; no existe antes, lo que equivale a que no es tampoco modelo metodológico referente más que para sí mismo. (p. 18)

Así que esto no se da de manera preestablecida, sino que ha sido efecto del proceso de escritura y reescritura de la novela. En el espacio de la novela el fracaso se erige como el lenguaje que presenta imágenes en la que el des-hacer, la prueba y el error, lo inesperado, el abismo, la imposibilidad, el abandono, el absurdo o la incongruencia son fenómenos de una vida y una escritura que no se completa porque no es un fin, sino un constante punto de partida, que se da cuenta del fracaso y por eso vive la maravillosa oportunidad de empezar otro camino y otro y otro... al igual que cuando uno escribe y escribe y reescribe.

Teoría de una novela sin título, título que recibe el ejercicio narrativo, es una exploración que desde la convergencia entre la autoficción y la metaficción piensa el escritor en proceso, sus motivaciones, sus limitaciones, sus problemas, posibilidades e imposibilidades, respecto de un ejercicio escritural que se presenta con muchos interrogantes e intersticios, que mantienen en entredicho el sujeto y su identidad atravesada por la escritura como eje mismo de su construcción. Apunta desde el primer momento a la exploración de unos interrogantes fundamentales para su autor respecto de su identidad en y a través de la escritura, lo cual es puesto en escena a través de un personaje que es autor, narrador y protagonista, es decir, comparten la identidad nominal, presentado así el primer indicio autoficcional, para determinar a lo largo del acto creativo las particularidades que se han reconfigurado a lo largo de su existencia, esa existencia que se ha hecho consciente gracias a la escritura y a su carácter autoconsciente. Queda al manifiesta la imbricación de las estrategias auto y metaficcionales en el devenir de la novela, en tanto en su trama se propicia un espacio para la

(...) observación de un sujeto insignificante, en ocasiones megalómano, pero sin tragedia ni grandeza, con una calculada imposibilidad para discernir lo verdadero de lo que no lo es y por la mezcla indisoluble de lo real y lo ficticio. [...] La autoficción mantiene, por un lado, una evidente, pero engañosa, relación con la autobiografía y las memorias, y, por otro, una vecindad cómoda con las novelas [...]. Esta confusa y tensa relación permite considerar este tipo de relatos como el espacio [...] de la manifestación de dos síntomas característicos de nuestra época: el contradictorio afán de desaparición y afirmación del sujeto y la conflictiva relación entre lo real y su representación. (Domínguez, 2017, p. 11)

Con estas inclinaciones por desentrañar la identidad del sujeto escritor a través de la escritura y viceversa es posible inferir que la autoficción también encierra la metaficción, si tenemos en cuenta a Mario Domínguez (2017), cuando cita a Clemencia Ardila:

Para Ardila la autoficción es una modalidad de la metaficción (2014, p. 109). En ella, el autor se proyecta de manera ficcional en el espacio diegético para construir «una ‘referencia ostensiva’ entre el autor empírico y el narrador o el autor implícito» (2014, p. 110) y para señalar cómo él se percibe a sí mismo y considera su oficio como escritor (2014, p. 111). Ambas críticas entienden la autoficción como la construcción textual de un yo narrador que aunque distinto al autor empírico comparte elementos de su biografía. Dicha construcción se hace de cara al lector y con el propósito de cuestionar los límites de la autobiografía (“verdad”) y de la novela (ficción) (p.5).

En Teoría de una novela sin título la tensión entre realidad y ficción se manifiesta y toman una tonalidad peculiar, puesto que en esta novela el límite entre realidad y ficción terminan por

difuminarse a tal punto en que se funden en una sola dimensión en la que los personajes asumen de manera consciente este hecho, reemplazando cualquier estado de perplejidad por uno de autoconciencia de la textualidad del mundo en el que viven.

Terminamos las cervezas, pagamos la cuenta y le regalamos el libro al tipo del bar. “Léelo y cuéntanos el final cuando regresemos”, dijo *D.*, mientras me miraba socarronamente. Afuera, en la acera, encendimos un par de cigarrillos, nos despedimos y cada uno caminó lento, como si cada paso fuera la página de un libro que justo ahora es leído. (Benítez, 2017, p.203)

En síntesis, la novela en cuestión presenta rasgos constitutivos de autoficción como la identidad nominal además de plantearse como una escritura que propone un pacto ambiguo de lectura y la preocupación por la construcción del yo, sin dejar de lado la insistencia en el cuestionamiento de las convenciones establecidas, no sólo en la literatura, sino en mundo mismo. La complejidad, multiplicidad y fragmentación del sujeto también se suman a los puntos críticos de la autoficción respecto de la identidad del sujeto como escritor y como individuo que se ve a sí mismo inmerso en el mundo dinámico de la escritura y que concibe dicho acto creativo como parte fundamental de su ser.

CONCLUSIONES

«Las guerras son guerras, aunque no se dispare una bala.

Es más, se dan hasta dentro de uno mismo y siempre acarrearán una nueva crisis...

otra posible guerra. Y la escritura no es diferente»

José Zetineb

Como se anotó, la concepción que de la escritura se plantea recibe diversos abordajes desde la metáfora como método (fracaso, viaje, búsqueda, exploración o pregunta) que permite dar cuenta de los efectos del proceso de escritura y reescritura de la novela. En el espacio de la novela el fracaso, el viaje, la búsqueda, la exploración, la pregunta se erigen como el lenguaje que presenta imágenes en la que el des-hacer, la prueba y el error, lo inesperado, el abismo, la imposibilidad, el abandono, el absurdo, el trasegar con y a través de la palabra o la incongruencia son fenómenos de una vida y una escritura que no se completa porque no es un fin, sino un constante punto de partida, que se da cuenta del fracaso y por eso vive la maravillosa oportunidad de empezar otro camino y otro y otro... al igual que cuando uno escribe y escribe y reescribe.

La novela se erigió como espacio propicio de indagación, búsqueda y exploración de la hipótesis y las cuestiones problemáticas planteadas, en la medida en que a través de los elementos estéticos auto y metaficcionales, más que llegar a conclusiones definitivas o una fórmula de escritura explícita, me permitió aprovechar de manera creativa el fracaso escritural entendido no en el sentido convencional del diccionario que lo asocia a un resultado adverso en

alguna actividad, sino más bien con un punto de reflexión constante a causa de un estado de carencia y de búsqueda simultáneamente. El fracaso y la imposibilidad aparecieron en mi escritura como la posibilidad de poner en tela de juicio la figura del escritor y sus pretensiones, poner al descubierto lo que se trata de cubrir en el ejercicio de escribir que no es más que el proceso creador en sí mismo.

Finalmente, cabe subrayar que todo el proceso que se ha dado a través de *Teoría de una novela sin título* no concluye con este trabajo; por el contrario, mantiene una oportunidad de exploración continua, un camino al lugar de la incógnita abierta en la búsqueda del sentido de mi experiencia a través de la escritura. Cada momento de este proceso, cada intento, cada renuncia, cada reinicio, cada relectura, cada chorro de babas, cada pregunta, en fin, ese “vivir la escritura” me mostro por delante un gran camino de hojas en blanco.

Referencias

- Abad Faciolince , H. (2000). *Basura*. madrid: Lengua de trapo. Obtenido de www.lenguadetrapo.com: <https://es.scribd.com/doc/37178282/Abad-Faciolince-Hector-Basura>
- Aira, C. (1993). Como me hice monja. *Textos en linea.com*. Recuperado el 21 de Febrero de 2018, de Textos en linea.com: https://www.google.com.co/search?q=como+me+hice+monja+pdf&rlz=1C1GGRV_esC0751CO751&oq=como+me+hice+mon&aqs=chrome..69j0l5.5996j0j9&sourceid=chrome&ie=UTF-8
- Ardila, C. (Julio-Diciembre de 2009). Metaficción. Revisión histórica del concepto en la crítica literaria colombiana. *Estudios de literatura colombiana*(25), 35-59.
- Alberca, M. (2005a). ¿Existe la autoficción hispanoamericana? *Cuadernos de CILHA*, 7(7-8), 115-127.
- Alberca, M. (Noviembre de 2005b). Una lectura transitiva de César Aira. *Cuadernos Hispanoamericanos*(665), 83-94.
- Barbero G., S. (2005-2006). *www.biblioteca.unlpam.edu.ar*. Recuperado el 24 de Octubre de 2015, de www.biblioteca.unlpam.edu.ar: <http://www.biblioteca.unlpam.edu.ar/pubpdf/circe/n10a19cabrero.pdf>
- Barthes, R. (2005). *La preparación de la novela*. México.

- Basanta, A. (01 de Marzo de 2009). *Revista de Libros*. Recuperado el 21 de 10 de 2015, de
Revista de Libros:
http://www.revistadelibros.com/articulo_imprimible_pdf.php?art=4279&t=articulos
- Borrero Echeverri, J. (2015). Hacer investigación/creación en escritura creativa: apuntes para una cartilla utópica. *Ponencia presentada en el I Encuentro de Programas de Escritura Creativa de las Américas*. Biblioteca Luis Angel Arango, marzo 2015. Bogotá.
- Caballero calderon, E. (1966). *El buen salvaje*. Artifex. Recuperado de:
<https://www.freelibros.org/libros/el-buen-salvaje-eduardo-caballero-calderon.html>
- Cárdenas Paéz, A. (2004). *Elementos para una pedagogía de la literatura*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Casas, A. (2011). La autoficción en los estudios hispánicos. *www.iberamericana-vervuert.es*.
Recuperado el 26 de Julio de 2017, de www.iberamericana-vervuert.es:
https://www.iberamericana-vervuert.es/introducciones/introduccion_521841.pdf
- Clifford, J. (1997). *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa.
- Cornejo Polar, A. (Julio-Diciembre de 1996). Una heterogeneidad no dialéctica. *Revista Iberoamericana*, LXII (176-177), 837-844.
- Diaconu, D. (Enero-junio de 2017). La autoficción: simulacro de teoría o desfiguraciones de un género. *La palabra*(30), 35-52.
- Domínguez, M. A. (2017). El espejo en la Rambla paralela (2002) de Fernando Vallejo. *La palabra* (30), 53-68.

- Escobar, H. (2017). Guiño, ambigüedad e incertidumbre: claves de lectura y efectos estéticos del pacto ambiguo. *La palabra* (30), 69-91.
- Franco, Á. N. (Julio-Diciembre de 2009). Metaficción en la narrativa posmoderna de Augusto Monterroso. *Cuadernos de Lingüística Hispánica* (30), 183-196.
- Hernández Peñalosa, A. A. (enero-junio de 2016). El diario de un escritor en Encuentro en Saint-Nazaire de Ricardo Piglia. *La palabra*(28), 75-90.
- Jackobson, R. (1985). *Lingüística y poética*. Madrid: Cátedra.
- García Canclini, N. (1990). *Culturas Híbridas*. México, D.F.: Editorial Grijalbo.
- Kundera, M. (2004). *El arte de la novela*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Lejeune, P. (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: grafoffset.
- Márquez, E. (2012). Investigación - Creación. Laboratorio. En J. Borrero , E. Márquez, D. Hortúa , G. Numpaque, Á. Briceño, C. Bonilla , & A. L. García, *Santa Clara la Real, una Casa para Crear. Memorias del Laboratorio de Investigación – Creación En-tornos* (págs. 14-25). Tunja: Beca del Ministerio de cultura.
- Monserrat Escartín, G. (Abril de 2010). *INSULA Revista de Letras y Ciencias Humanas*. Recuperado el 23 de 05 de 2015, de INSULA Revista de Letras y Ciencias Humanas: http://www.insula.es/Articulos/INSULA_760.html
- Negrete Sandoval, J. É. (enero-junio de 2015). Tradición autobiográfica y autoficción en la literatura hispanoamericana contemporánea. *De Raíz Diversa*, 2(3), 221-242.
- Ong, W. (1987). *Oralidad y escritura*. Méjico: Fondo de Cultura Económica.

- Rama, Á. (2008). *Transculturación narrativa en América latina*. Buenos Aires: El andariego.
- Restrepo Galeano, J. (2009). *Autorreflexividad e investigación en la literatura metaficcional (tesis de maestría)*. Bogotá: Pontificia Univesidad Javeriana.
- Richardson, L. (1994). Writing, a method of inquiry. En N. Denzin, & Y. Lincoln, *Handbook of qualitative research* (págs. 516-529). Thousand oaks: Sage publications.
- Rodríguez Camacho , A. (2015). *El encuentro de dos voces en el desbarrancadero del tiempo en Barba Jacob el mensajero, de Fernando Vallejo* (Tesis de pregrado).Pontificia Universidad Javeriana, Bogota, Colombia.
- Rodríguez, J. A. (1995). *Autoconciencia y Posmodernidad*. Bogotá: Si Editores.
- Sarduy, S. (1982). *La simulación*. Monte Ávila editores. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/36761709/severo-sarduy-la-simulacion>
- Vallejo, F. (2001). *El desbarrancadero*. Bogotá: Alfaguara.
- Vanden Berghe, K. (2012). Retrato del escritor como sujeto posmoderno y escritor autoficcional en como e hice monja de César Aira. *Anales de literatura hispanoamericana*, 41, 265-276.
- Vizcaíno, L. E. (2013). La metaficción en algunas brevedades narrativas en hispanoamérica. *Cuadernos americanos*, 1(143), 87-101.
- Waugh, P. (2001). *Metafiction: The theory and practice of Self-Conscious fiction*. Obtenido de https://docs.google.com/document/d/1Tkhillupmy9Wfw7NLVE0smB46_HpA5dCk5gJvd-WbApc/edit?pli=1

TEORÍA DE UNA NOVELA SIN TÍTULO¹

José Darío Benítez Becerra

¹ Los escritos que hacen parte de esta novela son una recopilación de textos que nacieron en mis habitaciones pasajeras, en la casa de mis padres, en mi espacio entre las palabras, entre portafolios, en libros o cuadernos, mientras leía en la sala, tomaba cerveza en el club de ajedrez, miraba el cielo en la playa del lago, en una clase, en la biblioteca o en el bar La vorágine. En cualquiera de estas circunstancias hay un intento de tocar las particularidades de aquello que converge en este ser que escribe en busca de escribir su propia historia.

Abrí una página en blanco para comenzar mi novela de una vez por todas. De pronto se me ocurrió que un poco de distracción no me sentaría mal para empezar mi trabajo, así que busqué automáticamente en la televisión un canal pornográfico y miré una película durante un par de minutos. Pronto se me antojó estúpido por lo rutinario y litúrgico de su argumento y, como una de las cosas que más desprecio es la rutina, entonces preferí dejar el video y comenzar a escribir (lo cual es rutinario también, pero presenta más variaciones).

Puse las manos en el teclado, busqué algunas ideas que habían rondado mi cabeza unos minutos antes, mientras fumaba un cigarro en la acera, frente al apartamento. Nada ocurrió, así que opté por recostarme sobre el sofá y hacerme algunas preguntas sueltas, como disparos al aire, alrededor de las motivaciones que me impulsaban a escribir una novela. ¿A quién se le ocurre escribir una novela? ¿Qué escribir en ella? ¿Por qué escribirla? ¿Cómo escribirla? ¿Para qué escribirla? ¿Para quién escribirla? Segundos después me planteé las mismas preguntas, no respecto de la forma literaria, sino de la escritura en sí misma... Imposible escribir cualquier cosa.

Escribir una novela de lo imposible de escribir había de ser un acontecimiento literario muy novedoso, tanto como para recibir un Nobel — ¡Imagínense lo que dirían los diarios, o de pronto alguien escribiría mi biografía!— en tanto que no ha aparecido una novela que se escriba a partir del reconocimiento y de la conciencia de su imposibilidad de ser escrita (al menos eso pensaba yo, el gran ingenuo, pasando

por encima de lo escrito por un sinnúmero de escritores difuntos y de memorables epitafios en sus lápidas). En vista de todo lo anterior y todo lo que sigue, decidí que esa noche no empezaría a escribir ninguna novela, ni siquiera el título.

¿A quién se le ocurre escribir una novela en estos tiempos cuando ya todo está más que dicho? Y lo que es más, ¡como trabajo de grado en un programa de literatura! Pues a mí, señores y señoras, muy a sabiendas de todo lo que esto me había de acarrear.

Y en estos primeros golpes de cambio he estado a punto de perder la pelea contra la perra escritura que no se deja alcanzar para cogerla en cuatro patitas, a ver si se deja preñar y de pronto le nace la tan querida novelita que quiero escribir, pero nada de nada señoras y señores... me dan ganas de imprimir estas pocas páginas e incendiarlas, pero antes de esos sacarles fotocopias para incendiarlas dos veces y así dejar de joder con esta cháchara de una jodida vez.

Pero después de unas cuantas maldiciones y un par de minutos mirando el techo, me digo: “ehh, tú, escritor agonizante, ¿te vas a acullillar porque no se te aparece una hadita romántica y vestidita de rosado a soplarle la inspiración de la gran obra del siglo?” Y luego de un largo bostezo y otros dos minuticos mirando ahora una araña que se devora un mosco, justo al lado del bombillo resplandeciente, se enciende un motor de ideas en mi cabeza e imagino que yo soy esa araña y que la mosca es

una novela jugosa, tan jugosa como un poema de Jattin. Inmediatamente la veo volar por la sala, me muevo lenta hacia el bombillo, tratando de no enredarme con mis ocho patas que apenas ahora manejo en el desvarío. Tejo la red y espero paciente a que ese montón de hojas voladoras se enrede en mi telaraña pegajosa de tinta. En su vuelo describe las formas más imprecisas, un sinsentido armonioso y constante. Ahora se acerca de nuevo hacía mi red, viene de frente hacia mí, chocamos muy fuerte, siento que se ha metido en mi interior o quizá yo en el suyo, pierdo el sentido. Despierto. Una araña joven se acerca y me pide una foto selfie, le digo que bueno, me abraza, toma la foto y luego me dice: “gracias Mosca araña”. “¡Guau, soy una heroína de tira cómica!”, y entonces me hecho al vacío, pero antes que pueda remontar veo un matamoscas gigante y...pammm!

Despierto. Miro hacia el techo. Ya no hay araña y tampoco la mosca. Sólo queda la telaraña en el techo y en frente mío sigue una página en blanco. Me viene a la mente entonces la epifanía de que escribir es exactamente como el vuelo de una mosca... un vuelo cuyo rumbo sufre variaciones a cada instante, como Bach y otros tantos hicieran alrededor una misma pieza musical, eso es...alteraciones alrededor de un mismo tema, justo como esto que ahora escribo.

Entonces se me vienen al recuerdo unas líneas que encontré en una vieja libreta de notas:

Luego de recordar esto me imaginaba la variación en la que Gregorio se despierta convertido en su propia madre...pensé en mi padre desnudo y con el pipí tieso, caminando hacia mi madre y decidí dejar el devaneo para después, cuando el impulso edípico desapareciera.

VARIACIÓN PRIMERA

Lunes 5.30 a.m.

La alarma suena y su sonido se hace desesperante, se introduce por mis orejas y llega a mi cerebro, haciéndome sentir como si mil orugas venenosas se comieran mis sesos. Hago el primer intento de levantarme y en ese brevísimo momento siento el peso del litro de aguardiente que aún recorre mis venas. “Maldito Líder”, me digo, y vuelvo a caer en el colchón. Afuera llueve a chorro dormido y de vez en cuando un trueno pone el vidrio de las ventanas como gelatina.

En el segundo intento me pongo de pie y siento que el piso aún serpentea gelatinoso bajo mis pies. La lluvia arrecia y me regala su sonido como un coro de redoblantes sobre el tejado y siento las ganas más inmensas de acostarme de nuevo porque, al igual que el coronel Aureliano Buendía frente al pelotón de fusilamiento había de recordar el día que su papá lo llevó a conocer el hielo que traían los gitanos, yo había de recordar el día en que mi papá me llevó a conocer, no el hielo que traían aquellos andariegos, sino

el trago y la cerveza que vendía don Segundo, en su tienda llena de afiches de modelos semidesnudas que promocionaban una bebida que nada tenía que ver con sus nalgas y sus tetas del tamaño de una ahuyama.

También habría de recordar el olor a sardinas que expelía un orinal blanco que había dentro, en una de las esquinas, justo al lado de una rocola del tamaño de una nevera vieja. Mi padre le metía unas monedas y entonces sonaban unos tangos de Gardel que le revolvían sus nostalgias desde la época de su juventud en la que vivió varios meses en Medellín. “El mundo fue y será una porquería, ya lo sé, en el quinientos seis y en el dos mil también”, repetía con vehemencia mi padre y luego empinaba un trago doble que vaciaba como si esa copa contuviera la cura para sus males, para su existencia misma que en sí ya era un mal que había que curar con el santísimo Líder.

Ese día en el que había de conocer la embriaguez junto a mi padre, mi madre no estaba en la casa. Había viajado a la capital para visitar a mi abuela en algún hospital. La abuela había sufrido un ataque de no sé qué y ninguno de sus otros hijos, que eran cinco y que vivían en la misma ciudad, tenían tiempo de atender a la anciana.

Se abre el paréntesis...

Como quisiera que te murieras más seguido, abuela mía, a ver si nos reunimos con más frecuencia, porque desde tu última muerte han pasado tres años y ahora tengo mucho para contarte. Pero como creo que de allá ya no te devuelves, me va a tocar escribirte unas notas en este papel testigo de mi silencio y con esta tinta destilada de mi

soledad, esa soledad que parece ser la herencia tuya para tu condenada estirpe. Pero no es reproche abuela, yo amo la soledad igual que tu amabas al abuelo, aunque no te quisiera más que para hacer su descendencia y plancharle el uniforme.

Ese día de nuestro último encuentro, ¿lo recuerdas?, cuando te dije: “Por fin, abuela, te libraste de tus hijos y de este mundo de esperpentos”, y que tú me contestaste con el tufo frío del formol: “sí, mijo, por fin...” Yo sé que ese cuerpo ya no era más que puros dolores, dolores en el alma y dolores en el nombre. Pero bueno, te cuento que el abuelo, tu marido, no resucitó, ni al tercer día, ni nunca y ojalá no te atormente por allá igual que lo hizo por aquí. El perro que le compré a mi nueva novia murió apenas a sus cinco meses... olvidé ponerle vacunas, de tanto Líder en mi cabeza. ¡Ay abuela, tú que nunca lo probaste y vieras lo bueno que es para recordar a los amores ya idos y hasta para hablar con los muertos como tú, querida mía!

También te cuento que a tu hija, mi mamá, ya le duele hasta el aire que respira, y todo le vuelve a doler aún más cuando me mira y se mira perdida entre el silencio. Anoche rompimos ese silencio y hubiera sido mejor no hacerlo. Me sentí triste. Era el grado de impotencia tan hondo lo que me aplastaba.

Ella estaba sentada frente a mí: setenta y tantos años mal vividos y repletos de amargura ahora estaban expuestos frente a mí. Antes de que la cuchara con sopa llegara a su boca, el corazón se le encogió dentro del pecho y le manaron lágrimas que salían de lo más hondo de su ser: “estoy aburrida, ya no sé qué hacer, estoy sola, sola, dios

mío, qué pasa"... Hizo unos sollozos y continuó llorando, mientras agregaba: "hoy me caí de camino al hospital y una muchacha me levantó, qué suerte, dios mío".

Yo seguí callado. Las palabras estaban atascadas en mi garganta, al igual que mis lágrimas en la retina. "Ayer no pude levantarme, porque me dolía todo el cuerpo y ya no tenía fuerzas. Entonces llamé a su papá, para que me diera la mano, pero ya no estaba". Quizás nunca estuvo, pensé mientras ella se secaba las lágrimas. Quise abrazarla, pero no pude. Hicimos silencio. Ambos sabíamos que ya era muy tarde. Ella encendió el televisor, se tomó unas pastillas y miró las noticias.

Por eso abuela, procura morirte otra vez, que a mí me gusta hablar con los muertos, porque los vivos cargan un cascarón hecho de dolor que rara vez permite que siquiera el viento les roce piel. Haz el esfuerzo, a ver si te cuento de mis viajes y del vicio de callar.

Se cierra el paréntesis...

Mi papá y yo habíamos ido esa tarde a la tienda del bigotón de don Segundo, un viejo calvo que siempre que yo iba a comprar algo encontraba algún pretexto para tomarme del pelo o echarse un chiste del que sólo él se reía, mientras yo pensaba "viejo marica, apúrese con mis vueltos".

—Don Segundo, deme mis vueltos que no me puedo demorar —le decía yo.

—Espere mijo, que no hay monedas, ¿por qué no se lleva unas mentas? —respondía.

—Que la plata no es mía, es de mi papá —le replicaba yo con cara de enfurecido. Finalmente el viejo me metía las mentas y yo me iba de la tienda de don Segundo sin vueltos, pero con el aliento muy fresco.

Habíamos ido a comprar pan para el desayuno del otro día porque yo entraba a clases a las seis de la mañana. Por aquel entonces yo ya era un estudiante de bachillerato, afamado entre mis coetáneos por tocar con una guitarra a medio afinar las canciones que entonces nos pintaban amores suprahumanos, el sentido de la vida, un mundo mejor y otros tantos desvaríos.

El caso es que encontramos en el camino a don Odilio; otro viejo alcohólico igual a mi papá, al cual mi mamá odiaba porque pensaba que aquel amigote de mi viejo le daba malos consejos en sus borracheras y entonces esa noche había combate seguro entre mis papás. “Que usted me jode mucho”, decía mi papá, “que un día de estos me voy a meter una bala entre los sesos con el treinta y ocho (un revólver de marca Smith & Wesson que él cargaba para que, al igual que a la vagabunda que asesina a Pedro Navajas en la Salsa de Rubén Blades, lo librara de todo mal)”.

Y mi vieja decía que estaba cansada de ese tufo, de esa ronquera, de no dormir bien, de llorar, de sus días sin forma o más bien con forma de cagada. Y yo quedaba en medio, viéndolos como quien mira un juego de tenis, madrazo va, padrazo viene. Por esos días estaba terminando de leer un libro de Julio Verne, *La isla misteriosa*, y entonces mientras miraba la trifulca, deseaba que esa isla explosiva que era mi casa, con mi madre y mi

padre como volcanes a punto de hacer erupción, se hundiera y que nunca apareciera el desocupado del capitán Nemo en su *Nautilus* por ninguna parte, para que nadie se salvara y todos por fin descansáramos en paz.

Definitivamente para poder sobrevivir en este mundo hay que ser muchas cosas; hay que ser un héroe, hay que estar medio bobo, hay que ser poeta, un loco, Donald Trump, Cristo, hay que ser como Gandhi que amaba que le patearan la cara y la libertad, en fin...hay que ser cualquier cosa, pero hay que calmarse. Hay que oír a Cerati, hay que oír a los árboles y orinar en sus troncos para ser amigo de ellos, hay que embriagarse, como decía Baudelaire, o tener fe, como Job, y si no se puede nada de esto, pues resiste, pero no te pongas a llorar por todo, ni a filosofar sobre el vacío o a escribir poemas huecos, ni mucho menos reniegues de la vida porque nadie te prometió nada, no vivas exigiendo porque serás como una alcancía que nunca se llena. Mucho menos amenazas con matarte, pero si en últimas optas por el suicidio, pues bienvenido sea, y entonces como diría el poeta Sábines, “cuando tengas ganas de morirte no alborotes tanto: muérete y ya”. Todo esto me quedaba pensando luego de que se acababa el pequeño Vietnam que se armaba en la sala de aquella casa que fue la mía. Cuando la calma retornaba, yo sacaba un libro, me sentaba a leerlo en una silla mecedora de mimbre que era del abuelo y que yo ponía frente a la casa de cara al lago para sentir su brisa, pero a la mitad de la segunda página me lo ponía sobre la cara y me quedaba dormido.

Don Odilio, como de costumbre, le invitaba una cerveza a mi padre. Él, en su fraterna moral cristiana, se la aceptaba y

ahí quedaba el pan del desayuno. Después de la tercera hora de comer chitos y papas y Pepsi y mojicones azucarados como un nevado y preguntar ¿ya nos vamos papá?, él me preguntaba que por qué no me tomaba una cerveza, que yo ya era un hombrazo y que ¡qué hijuemadres! que mi mamá no estaba...

Yo tenía catorce años y estaba en noveno grado, rodeado de amigos repletos de acné y de niñas que tomaban formas atractivas debajo de sus jardineras de colegiala. Con mis amigos ya habíamos pensado en una primera borrachera, pero pues la muy esquiva se adelantó de la mano de mi padre. Creo que fueron cinco cervezas para salir a la estratósfera, para mirar un baile entre las figuras de las baldosas, un cardumen de guapuchas subiendo por el río en las goticas de cemento pegadas en techo de la tienda. Tal vez en el comienzo de la sexta cerveza, bebí dos tragos de aguardiente y fumé algunas caladas de Mustang rojo y entonces se me revolvió el mojicón, los chitos, la Pepsi, las papas y la cerveza y empecé a sudar frío, porque beber no es tan fácil como parece, necesita práctica, constancia, tiempo.

Así comenzó mi comunión con el alcohol y con mi padre, porque aquella tarde había de quedar oculta a los oídos de mi madre y en adelante don Jairo y yo fuimos los mejores amigos, sin hacérselo saber el uno al otro, porque a pesar de su rostro impassible y de su limitada expresividad yo sentía que él me quería. En su deseo de llevarme a todas partes estaba lo que yo necesitaba para entender lo que con palabras él no era hábil para decir. Por lo demás, el pan del

desayuno se quedó huérfano en el mismo lugar en el que perdí la conciencia.

VARIACIÓN SEGUNDA A

10 para las 6:00 a.m.

Abro la regadera y el chorro de agua me golpea con la fuerza de un ninja cinturón blanco. Qué fría se siente y más cuando te rueda por la espalda hasta llegar al culo. Me hace recordar que aún mi cuerpo está en el mundo de los vivos. Jabón y champú. Y otro chorrillo de agua, otro disparo al centro de mi resaca. Me hago una cresta en el pelo con la espuma del champú, me miro en el espejo y me sonrío, mientras que el espejo se empaña de vapor. Le dibujo un árbol en el que me concentro y entonces me echo a pensar en todos los árboles del mundo. Pienso entonces que el árbol es superior, no por poco al hombre; mientras yo solamente puedo albergar un esqueleto enclenque, próximo convertirse en fertilizante para el pasto, aquel dios aparentemente inmóvil aloja a los pájaros y generoso regala su sombra al que la desee. Yo no daría para tanto: si yo fuera un árbol le daría un chicotazo por el culo emplumado a cada pajarraco que se cagara encima de mis hojas. Menos

aún permitiría que alguien se tendiera en mi tronco; el que quiera sombra que compre una sombrilla.

De repente, la voz de Caliche (mi compañero de habitación durante el cuarto semestre) me saca de mi monomanía existencial: “rápido marica que voy a echar raíces esperándolo”. Por supuesto esas raíces no tenían nada que ver con el fantaseo mi árbol pintado en el espejo.

Ese día empezábamos clase a las ocho con un poeta que dirigía una asignatura llamada *Teoría del poema*. La clase fue soportable: nos leyó con una voz cadenciosa y estilizada, como de maestro de ceremonia de los Oscar, el arte poética de Borges, el de Neruda y el de Huidobro y al final nos pidió que hiciéramos, a manera de ejercicio, nuestro propio arte poética, mientras recitaba en tono solemne (su tono me hacía recordar cuando mis padres viajaban a cumplir promesas a la virgen de Chiquinquirá. A mí me gustaba ir porque comíamos como si fuéramos a hibernar): “Por qué cantáis la rosa ¡Oh poetas! Hacedla florecer en el poema.” Papel y lápiz en mano empecé la empresa y la musa me inspiró, pero tal inspiración no me alcanzó sino para el título porque en ese preciso instante comprobé otra vez que las musas no son más que la cháchara de don Hesíodo. Así que decidí lanzarme al ruedo, y lo que es peor, de espalda:

Arte poética

Tengo una larva

bajo la piel

Se ha incubado por mucho tiempo
y siempre lo he sabido
En ocasiones siento
que succiona mi sangre
que se come mi carne
Evito dormir porque vuela libre
en la sustancia de mis sueños
Vuela con las alas del gorrión rojo
Y siento que un día caeré
dentro de su luminoso pico
He consultado a Freud
y también a un chamán llanero
Y he tomado antibióticos
pero aún la siento
bajo el pecho y entre los sesos
El sacerdote dijo que era brujería
y otro brujo dijo que era tarde ya
porque hasta mi espíritu
ya estaba
corrompido.

Cuando terminé el borrador me pareció digna de ser publicada, cuando menos, por la Penguin Random House, pero cuando la pasé a una hoja en limpio para entregársela al profesor y la releí rápidamente un par de veces, sentí que esas palabras que salían de la boca de mi intelecto olían a cigarrillo barato y pan viejo y me parecieron tan profundas como los pensamientos de un vago que valida el bachillerato. Pero nada que hacer, el tiempo se había agotado y hube de entregar ese poema lleno de mierdas simbolistas.

En la tarde la cosa fue un poco aburrida. Tuvimos una clase sobre pedagogía (yo estudiaba para ser profesor), con un señor que estuvo más pendiente de su teléfono que del desarrollo de su propia clase. Mis sentidos estuvieron atentos, no a las anécdotas sombrías que contaba para entretener a los aprendices, sino a las dinámicas de la escena y entonces concluí que los allí presentes éramos los personajes reciclados del mito de la caverna. Mientras lo miraba me preguntaba qué sentido tiene que unas personas se reúnan, convencidas de sus inteligencias, en un salón a hablar de sociólogos, pedagogos, escritores, antropólogos, sicólogos y cuanto muerto se les atraviesa para justificar su ego o de conseguir un título que los avale para tener un trabajo. El tiempo transcurrió y aprendí en aquella hora no sólo la elemental hipocresía que rige el desarrollo de una clase, al estar sometidos al conductismo causado por el temor de perder una nota, sino también entendí que el juego de las dinámicas educativas convencionales se resume en perder el tiempo (en las clases) y esperar (los diplomas).

En la última clase del día las cosas mejoraron porque, como era inicio de semestre, había compañeros y compañeras nuevas. Entre las nuevas compañeras había una que llamó mi atención y a la que sin duda desplegaría todo mi arsenal de artimañas aprendidas para la conquista en *El arte de amar*, de Ovidio. Si bien yo tenía una novia, me sentía muy joven como para aplicar la monogamia en mi vida, así que en medio de la clase de Narratología, mientras el profesor explicaba la taxonomía de los narradores según su participación en la diégesis, yo me perdí imaginándome que yo era una pulga metida en vestido de Sara (así se llamaba aquella mujer), para saber si los lunares que su ropa escondía serían tan sensuales como el que tenía al lado de su boca. Como venía iluminado y comprometido con mi arte poética de clase de Teoría del poema sentí que tal situación se prestaba para escribir algo. Tomé una página de mi cuaderno y escribí:

Tengo una compañera de clase que tiene un lunar encima de su labio. Dan ganas de comérselo. Se llama X. Da igual que se llamara Y o que se llamara Z. Lo que me estremece no es su nombre, ni su ropa que muy bien le queda, ni sus ojos saltones, ni el toc-toc-toc de sus tacones que suenan como un pájaro carpintero en mi cabeza. No es eso; es ese puntico negro sobre su boca, ese puntico que parece un agujero de gusano de esos que describía Einstein.

*Quisiera caer dentro... ¡Lástima que estemos tan
distantes, a cinco o seis pupitres ¡Qué eternidad!*

Después de terminar, estas líneas se me antojaron cursis y decidí arrugar la hoja, hacer una pelota y lanzarla al cesto de la basura, pero cuando terminó la clase la recogí del cesto, la desarrugué y la guardé en el cuaderno por si algún día se me ocurría escribir una novela.

En la noche decidimos darle la bienvenida al semestre con alcohol y música. Además de Caliche, en la misma casa de inquilinato vivía otro de mis grandes amigos de infancia, quien aún me visita para hacer metaficción con las ficciones de nuestras vidas. Era Sánchez, un estudiante de quinto semestre de Ciencias Sociales. A veces lo llamaba por el apellido porque juntos habíamos ido al ejército y se nos había impregnado ese olor a pólvora en las palabras, esas ganas de hijueputear al otro y esa mística alienante de la milicia. Pero ahora se nos impregnaban otras vainas; a veces Sánchez me echaba discursos sobre el marxismo, sobre el comunismo, sobre el chauvinismo, sobre el fascismo y otro poco de ismos, y yo le hablaba del realismo, del romanticismo, del modernismo, y otros ismos que ya no recuerdo, pero al cabo de un rato breve yo le decía: “déjese ya de tanta cháchara², marxista de mierda y nos echábamos a reír luego de reflexionar sobre el hecho de que toda esa

² Y para definir el término *cháchara* tengamos presente a Philip Roth (uno de los escritores más prolifos de la literatura norteamericana actual), cuando afirma que, separada de la ficción, con frecuencia la sabiduría de un novelista no es más que cháchara.

basura que uno escuchaba de los profesores y que luego, si le quedaba tiempo, comprobaba en libros que habían escrito otros profesores.

Entonces Caliche, Sánchez y yo invitamos a tres estudiantes de psicología que habíamos conocido el semestre anterior en un bar que quedaba frente a la universidad. Como era de esperarse en estudiantes de tan noble disciplina, nos leyeron el pensamiento y llegaron más pronto de lo que pensábamos. ¿Cómo entender tal presteza en aquellas mujeres? No necesitábamos a Freud para concluir que “esos huevos necesitaban sal”. Así comenzó a escribirse una nueva página de nuestra ficción universitaria.

“Me verás caer como un ave de presa, me verás caer en la ciudad de la furia”, un trago, dos tragos, tres tragos, vueltas y vueltas y...efectivamente, me vieron caer, no como un ave de presa, sino como un coco maduro. El alcohol ya había inundado mi cerebro y no resistí más en pie en medio de aquel mar de trago cubierto por nubes de humo. Habíamos empezado a beber desde muy temprano, hablábamos de todo un poco, fingiendo ser doctos, aunque realmente sólo éramos un montón de pretensiosos y pretensiosas jugando a ser intelectuales con poco acervo, y en aquella pretensión hubo un instante en el que caímos en una conversación acerca de un cuento de Germán Espinosa que se llamaba *Noticias de un convento frente al mar*.

Caliche decía que el final del cuento era bastante predecible, puesto que daba demasiadas pistas desde el principio en el sentido en que la hermana Helga enviaba señales dicientes a la novicia protagonista poco tiempo después de su llegada al monasterio de San Simón, con lo

cual, a él le parecía que se develaba fácilmente el enigma de la historia. Por mi parte, yo le interpelaba que no estábamos hablando de un relato policíaco o de una novela negra para que el punto de atención fuera descubrir un enigma o un crimen, sino que se trataba de mirar cómo se construía el personaje y su voz en el relato.

Yo le hice saber que alguna vez yo había leído varias veces ese cuento porque era uno de mis preferidos y que lo que había logrado interpretar en un afán hermenéutico que el discurso de la narradora protagonista iba más allá del hecho de contar una historia; más que eso nos dejaba ver sus emociones y sentimientos íntimos, el nacimiento de su amor hacia otra mujer y todas las pasiones que en ella se despertaban y que la ponían a mojar los calzones cada vez que se acercaba a su amada. También hice saber cómo se nos presentaba la configuración y reconfiguración de su feminidad. Esa configuración se daba en un proceso emocional que, en primera instancia, llevaba a la narradora al éxtasis sensual y pasional por su enamorada Helga, quien la llevó a conocer los abismos de la pasión y a cometer los actos sexuales nunca antes vividos por la novicia; en segunda instancia, decayó en un progresivo estado de tristeza y odio por su amante al darse cuenta de que la había cambiado por otra novicia con la que llevó a cabo los mismos cortejos y, posteriormente los encuentros nocturnos que un día hiciera con ella. Todo concluyó en un colapso emocional que la condujo a terminar desnuda en un campanario con un médico joven que había ido a atender a la anciana hermana Nicolasa. Finalmente, fue expulsada del

convento y terminó volviéndose proxeneta con un buen antro de putas, allá en la cálida costa del mar Caribe.

Sonreí triunfante (yo era un consabido literato y por lo tanto no me sentaba mal un poco de fanfarronería disfrazada de intelectualidad), saqué una menta y la chupé.

Una de las sicólogas, la que estaba con Sánchez, agregó que lo que la novicia del cuento en realidad mostraba era un trastorno bipolar y nada más. La que estaba conmigo dijo: “Qué va, eso es pura y física falta de macho”, bebió un largo sorbo de cerveza y puso su mano derecha sobre mi pierna, muy cerca de la bragueta.

Intenté levantarme para ir al baño, pero tuve que esperar un poco y tomar un par de sorbos de agua, porque el trago y la cerveza habían hecho desastres en mi equilibrio. Alguien sugirió que llamaran un domicilio de arroz chino. Yo estuve de acuerdo y además les conté que a ese chino le gustaba ir a los prostíbulos del norte a tocarle la cuquita a cuanta puta se le atravesaba y luego les metía billetes en la ropa interior y les apretaba las nalgas, que yo daba fe de ello porque un día lo había visto en acción mientras yo negociaba el amor de una magra mujer. Caliche agregó en tono de burla: “*si fuela tú, yo no comelía el lico aloz del chino Yao-Lee*”. Yo le objeté que si un hombre alcanzaba el estado mental para disfrutar su vida de esa manera, había de ser bueno en la cocina.

VARIACIÓN TERCERA A

Variación para todos los sábados

Es sábado otra vez. Hoy, más que cualquiera de los otros días de la semana soy consciente del día en que estoy. Esto, por el hecho de que ahora mismo pudiera continuar disfrutando de mis cobijas acolchadas y de una santa pereza, pero es imposible. Tengo que asistir a un día de trabajo, mientras cientos de seres humanos seguirán durmiendo plácidamente (creo que en estos tiempos no han de ser muchos).

Por un momento siento unas ganas melancólicas de pensar en vainas existenciales pero inmediatamente me reprocho la iniciativa de hacer metalenguaje o pensar en problemas tan trajinados por los estudiantes de filosofía y los nadaístas, cuando lo que necesito es trabajar. Además, yo no es que sea un adepto a las ideas marxistas y no sé gran cosa de economía, ni de sistemas de producción, ni antropología, ni de historia, porque en cuanto terminé el bachillerato en el General Santander, me fui para el ejército, de donde salí con una enfermedad similar a una lepra, adquirida no sé si de revolcarme en el barro o ir a los prostíbulos en las breves licencias que me dejaba el servicio a la GranDiosa patria.

Durante ese lapso olvidé lo poco que había aprendido en el colegio sobre la libertad, el derecho de pensar, la libertad de expresión, la actitud crítica, la filosofía y la literatura. En cambio sí aprendí un discurso muy práctico que salvaba la mente y el cuerpo; aprendí a decir “¡Señor, sí señor!”

Luego de ese episodio, pasé sin rumbo los restantes meses de ese año, tal vez seis o siete, haciendo cualquier cosa que me produjera unos pesos para invertir en cerveza, en ron con naranjas, cigarrillos, prostitutas y pollo a la bróster. Trabajé como pintor de brocha gorda, sembré zanahorias en una finca, fui ayudante de mecánica en un taller de carros, fui guitarrista de un grupo de serenateros, hice trabajos de inglés a la hija de una vecina que era muy bruta, pero tenía senos que parecían lunas llenas y que me producían ganas de aullar como el hombre lobo de Boris Vian. Hice mucho y no hice nada, lo cual tal vez sea la dinámica de mi existencia, pero, por lo menos me quedaron las historias pegadas al cuerpo y a la memoria como sanguijuelas.

Después de la vida militar comencé a estudiar literatura en la universidad, pero como me sobaban los problemas con el dinero, aunque nunca me hacían falta los sueños y las ganas de comer, me vi obligado a abandonar la carrera cuando apenas había cursado la mitad. Sin embargo, al igual que el pobre Job después de perderlo todo, sus rebaños, sus hijos, y recibir una lepra de su bondadoso y sabio dios, no perdí la fe, fe en no sé qué, tal vez en las palabras que escribía en mis noches de universitario de bajo estrato y que me servían como una razón para pensar en cómo haría para buscarle salida a los problemas de dinero y hambre (ya contemplaba la opción de vivir de la literatura, pero hasta que eso pasara tendría que hacer otras cosas) aunque fuera consciente de que esos devaneos no eran más que palabras silenciosas, y aunque al pensar en que no eran más que palabras, eran de todos modos mi realidad: eran todo lo que tenía para la cena de esa noche.

A los pocos días conseguí un trabajo para los sábados, impartiendo unas clases de inglés para los hijos de miembros de una comunidad cristiana. Solamente tenía que enseñar los diez mandamientos, las oraciones principales y la biblia como único texto de lectura, ah, y nada de cuestionar el dogma, era la recomendación principal del director. En mi interior sentí que me vendía, pero luego pensé que todo el mundo lo hace en modos diversos y eso me consoló, pues allí gané lo que necesitaba para continuar, para retomar mi fe en la literatura y graduarme como profesor.

VARIACIÓN TERCERA A

TREN AL SUR

El día que empezaría mi nuevo trabajo como profesor graduado había llegado más rápido de lo que esperaba. Estaba allí, parado en la orilla de la carretera, esperando el autobús que había de llevarme a mi destino. Un morral con ropa vieja, mis blocks tamaño carta con escritos y hojas sueltas, *Así hablaba Zaratustra*, mi guitarra Washburn, una estampa de la virgen de Chiquinquirá que me regaló mi abuela pocos días antes de morir y 150.000 pesos que habían de cubrir el hospedaje y la alimentación del primer mes, eran mis únicas provisiones para el viaje.

Eran casi las cuatro, me sentía ansioso por estar a punto de emprender una nueva etapa de mi vida en un lugar del que escasamente conocía su nombre, “Riogrande”, tres fotos que había encontrado días antes, que quedaba en las estribaciones de la cordillera oriental en los límites de Boyacá con Casanare y que la guerrilla por allí era la ley. Además me sentía un poco triste por dejar la ciudad por quién sabía cuánto tiempo, porque el hombre es un animal de costumbre que se apega a lo que sea, incluso lo que en principio detesta, por efectos de costumbre y rutina.

Recuerdo que tenía los audífonos bien puestos y con bastante volumen, como para disolver el tedio de la tarde que olía como a despedida sin regreso (como finalmente lo fue), como a tarde sin sol. El pavimento apestaba al caucho quemado de las llantas del desfile de camiones que pasaban llenos de arroz para el centro del país. El olor a acpm me calaba hasta la médula, tanto que ya no sentía un par de pulmones en el pecho sino un motor Perkins de ocho pistones en línea. *Tren al sur*, de *Los prisioneros*, era la canción que sonaba en mi reproductor: “*y no me digas pobre, por ir viajando así; no ves que estoy contento, no ves que voy feliz, viajando en este tren al sur*”.

Y mientras el coro de la canción sonaba yo sentía una melancolía honda, larga, dura, y razonaba acerca de la pobreza de espíritu y poca convicción de seres como yo que nos sometemos a dejar todo lo que queremos por perseguir las pendejadas que nos pintaron como fin último de la existencia. Me imagino que tú, lector, te preguntarás qué demonios era lo que yo quería perseguir. Te lo diré: Yo lo que quería ser era escritor. Sí, aunque no tuviera muy claro

lo que ese sustantivo le acarreaba a mi vida, aunque no imaginara las complicaciones de escribir y menos, de publicar. No me importaba eso. Soñaba con codearme algún día con los grandes de las letras, con firmar libros y hablar en ferias del libro y, por supuesto, vender millones de ejemplares, además de conseguir uno que otro premio. Admito que era un tanto ambicioso.

La espera se me antojó larga, quizás por la ansiedad del momento. El autobús apareció y con él unas ganas de dejarlo pasar y que siguiera sin mí, pero no había marcha atrás. Le hice una seña con la mano, se detuvo, subí y busqué una silla al final. Me senté y empecé a mirar por la ventana, viendo como quedaba la ciudad tras de mí. Luego, las montañas cubiertas de pinos. Así caí de nuevo en mi consabida monomanía existencial y empecé a recordar los días no muy lejanos en que luchaba por obtener mi título de profesor con una novela como trabajo de grado y cuyo eje central era la escritura. Recordé los ejercicios tipo ensayo-error, imitando a otros escritores para conseguir ideas, técnicas o métodos para escribir: me emborrachaba y escribía, fumaba marihuana y escribía, me encerraba una semana y escribía, viajaba en bus y escribía, me sentía triste y escribía, veía noticias y escribía, escribía en el día y en la noche, caminaba en las noches por la ciudad y escribía, iba a los campos y escribía, escribía y escribía. Llené un par de blocks y junté más de un centenar de hojas sueltas en puros escritos inconexos, o más bien conectados por un rasgo común: la inconexión. Todos conformaban la imagen del vuelo de una mosca.

Un hueco en la carretera perturbó los pensamientos e hizo que mis cuadernos cayeran al piso. Los recogí y tomé aquel en el que había comenzado mis ejercicios de escritura y empecé a leer...

BLOCK NÚMERO 1

Han transcurrido dos meses desde la última vez que había escrito algunas páginas de la novela. El tiempo transcurre muy rápido y la presión es peor que el cansancio que produce hacer las cosas bajo cronogramas como los de un semestre universitario. Por esta razón ahora esperaba y recibía con gusto las vacaciones, aunque a mí me tocara usarlas para trabajar (qué absurda la dinámica de la vida: esperar el fin de semana, esperar las vacaciones, esperar el bus, esperar la muerte... perder el tiempo y esperar parece ser el eje de la actividad humana).

Es cierto que durante los últimos semestres avancé poco en mi escritura, pero ciertamente avancé en encontrar más recovecos de la complejidad que presenta hacer una metaficción sobre un trabajo de grado. Hasta ahí la cosa, si bien, lenta, se movía positivamente hasta que sucedió algo inesperado, una variable que desencadenaría un sucesión

de eventos no contemplados por mí en el semestre anterior, algo así como un error de sistema, algo que descompensó la ecuación.

El caso es que los avances de mi trabajo se hallaban en un archivo de computadora. El artefacto fue atacado por un virus fatal que borró todos mis documentos. Pero lo interesante aquí no es eso, sino la manera en que el virus llegó a mi aparato. Escuchen: una noche, cerca de las nueve, de regreso a casa luego de una clase de literatura inglesa, mientras caminaba lento porque iba leyendo unos versos de *The waste land* by T.S Eliot, bajo la luz de cada poste, de pronto se detuvo un carro negro al lado mío, se abrió una puerta y un arma se asomó de adentro. Luego una voz: “Sube o explotarás como una crispeta”. Me cagué de susto pero no tuve otra opción, estaban demasiado cerca como para huir. Subí. Se cerró la puerta y el carro se puso en marcha. El conductor encendió las luces internas. Yo no podía creer lo que veía: quien conducía el vehículo era Tommy Lee Jones y a mi izquierda, quien me había raptado, era Will Smith. Lo extraño fue que el primero se presentó como J y el segundo, como K. “Qué locura, ustedes son...”, dije y antes de que terminara mi frase el primero dijo: “Los hombres de negro, y ahora mismo tienes en tu poder un dispositivo que, si cae en las manos equivocadas, puede volver mierda el planeta”. “No sé de qué hablan, esto ha de ser una broma o un reality gringo, ¿no es verdad?” “No, borrego y dame tu computador. Se lo entregué e inmediatamente lo conectó a un dispositivo que yo nunca había visto, tocó varias veces con sus dedos, lo desconectó y me lo devolvió: “Esto nunca pasó, borrego”, dijo y me

empujó fuera del carro. Me pregunté por qué no me borraron el recuerdo del suceso, pero concluí que de todas formas nadie me creería y lo único que podría hacer sería escribirlo, podría funcionar para algún capítulo de mi novela.

Cuando llegué a casa, le conté lo sucedido a Hildardo, un amigo del inquilinato. “¿Otra vez fumando la mata que mata, viejo?”, dijo entre carcajadas. Me retiré a mi habitación preguntándome si había fumado algo antes del suceso con J y K, pero no recordaba. Encendí el computador para dedicarme a la escritura de mi trabajo de grado, que era una novela sobre un estudiante que escribía una novela para graduarse.

Había escrito algunos capítulos y bastantes textos denominado variaciones, por el hecho de que giraban alrededor de mi búsqueda como escritor y mi relación con la escritura. Estaba por transcribir los últimos manuscritos al computador, para entregarle el avance a mi directora de tesis. Me sentía bien con lo que había logrado hasta ahora y todo marchaba bien desde que ella había recibido el anteproyecto y me había dicho que la cosa tenía fundamento y que pintaba prometedora. Mi ego de escritor se henchía y veía allí los cada vez más fuertes pasos hacia mi futuro éxito editorial.

Pero el único éxito que había de ver en los siguientes días era el centro comercial que así se llamaba y a donde yo iba a comprar papel higiénico en promoción. Verán: al buscar los documentos en el computador me llevé la sorpresa de que todo había sido borrado. El negro K lo había hecho, pensé, pero ¿qué era lo que yo tenía en el computador que habría podido volver mierda al planeta si caía en manos

equivocadas? ¡Si el mundo ya está vuelto m...! ¿Habría sido mi novela? No, demasiado pretencioso de mi parte porque, aunque reconozco que tengo el talento para ser un grande de las letras universales, no tenía entre mis archivos algo que hubiera podido ofender a la honorable comunidad alienígena, a no ser que la novela de Bukowski, Pulp, en la que unos extraterrestres se infiltran entre los humanos, para conocerlos y luego dominarlos, hubiera tenido algo que ver en todo esto. Uno nunca sabe lo que escritores y alienígenas pueden llegar a hacer...

Todo en ceros. Sentí deseos de hacer combustión espontánea, pero me recosté y cerré los ojos; al abrirlos pensaría en una solución. Sánchez me sustrajo del sueño: “¡oiga flojo, otra vez durmiéndose; yo no vuelvo a tomar con usted!”

Realmente me causó dolor de cabeza pensar cómo sería reconstruir lo perdido, las palabras ya escritas, las ideas lúcidas o estúpidas que mis personajes concibieron, por lo que concluí que no haría tal intento. Eso sería como reutilizar un condón.

Este nuevo rumbo me llevó a plantearme un plan de trabajo a lo Baudelaire, es decir, 5% de inspiración y 95% de transpiración, muy a pesar de que yo pensaba que cuando escribiera una novela lo haría al ritmo de las cosas, teniendo en cuenta sólo el deseo de escribir, pero me hallaba ante plazos, fechas y la presión de mi mamá que me hacía las

mismas dos preguntas cada mes: “m’hijo, ¿cuándo se va a graduar?” y ¿m’hijo, ¿qué es lo que estudia sumercé?

Tal vez si dejaba de invertir tiempo en pensar en escribir, tendría más tiempo para leer algún libro. De pronto lo que necesitaba era leer más en vez de seguir intentando ser una larva de escritor. Al fin decidí que el plan de trabajo sería una combinación más equilibrada de lectura y escritura así: cuatro horas de trabajo diarias, entre las seis y las diez de la noche. Dos para lectura de cualquier cosa: novela, cuento ensayo, artículos de teoría sobre autoficción, metaficción y escritura. También algo de poesía, unas películas y algunas entrevistas a escritores famosos (nada de porno en internet, por lo menos no en el horario del plan de trabajo). Las dos horas restantes serían para escribir. Sentía que nuevamente todo estaba dado para gestar la novela que me había de llevar a la cima literaria o, por el momento, a mi diploma de profesor.

Nota:

El fin de semana será exclusivamente para montar en mi moto y viajar, mirar árboles, escuchar pájaros, tocar guitarra, ir a un karaoke a cantar *Lobo hombre en París*, ir a una discoteca a bailar merengue (es la única música que puedo bailar sin enredarme) o ir al bar Buenos Aires a escuchar a *Soda Estéreo*, tomar cerveza con Sánchez y hablar sobre el sueño del viajar a Machu Pichu en motocicleta.

FIN DE LA NOCHE 1

1. Ahora estoy sentado en un restaurante de comidas rápidas en la calle 11 de Sogamoso (la tierra del dios sol o Sua, para los indígenas chibchas). Es imposible escribir si se tiene el estómago vacío y pidiendo de comer a gritos. Eso sí es escribir desde el cuerpo. *Embodiment*. Pedí una hamburguesa doble, con papas y gaseosa. Pareciera que mis ideas se hallan sujetas a la carnicería de mi estómago. La comida es mi musa, con el perdón de don Hesíodo.
2. Hoy es la segunda noche de la rutina que me he propuesto para escribir la novela que, como ya dije en algún momento, fue robada por los Hombres de negro, en un sueño, y destruida por un virus cibernético, en la realidad. He ido a pie desde de mi casa al sitio de las hamburguesas. A veces es bueno salirse de las rutinas.
3. Irse de paseo a la playa más concurrida en diciembre, salir a comer helados rojos, verdes o blancos a un centro comercial, ir a un parque de atracciones o ir a la biblioteca no es salir de la rutina. Tampoco lo es salir a comer hamburguesas a la calle 11 de Sogamoso. Salir de la rutina es mandar a la mierda lo que nos causa peso en los hombros, en la conciencia, todo lo que nos ata, como José Arcadio Buendía, invisiblemente, al tronco de los días iguales.
4. Algunos afirman que la conciencia es una voz interior que nos dice que alguien nos está mirando. A mí no me importa quién me mire. Lo que sí creo es que conciencia es un sentimiento amoral y sin un *ethos* que se encuentra ligado a las pulsaciones y a los impulsos mismos del universo y de las cosas que en

él existen, desde el átomo hasta el árbol más alto de la selva. Digamos que está ligado a ese momento de *poiesis* entre el ser y el universo (ya me puse metafísico). Fin de la meditación. La hamburguesa llegó.

5. Es la una de la madrugada. Desperté hace 20 minutos. Una manera especial de despertar: me había recostado luego de llegar del sitio de las comidas rápidas. Estaba cansado. Me quedé dormido profundamente y no escribí nada más que ronquidos en el silencio de la habitación inundada de la luz de la bombilla.
6. Sonó algo así como un “clic” que me despertó al instante. Oscuridad y nada más. En principio pensé en algún fantasma. Recordé que la abuela me contó en cierta ocasión que el abuelo la visitaba después de muerto para pedirle perdón por tantas palizas que le dio. Sentí miedo y me apresuré a buscar el interruptor, palpando e imaginando sin querer, que me encontraría tocándole de repente la ruana a mi abuelo. Lo encontré... “clic”. Se había fundido la bombilla. ¡Por supuesto, el miedo siempre va más allá de las posibilidades!
7. Pensé en que todo se rige por sincronía universal cuando, al encender un cerillo para buscar una bombilla nueva, vi un escorpión muy cerca de mis pies. Lo maté. De no haber sido por el evento eléctrico, se hubiera metido en mi cama y me hubiera picado las pelotas. Eso es sincronía del universo. Unos le llaman casualidad, otros, suerte, y otros, dios. No puede ser ninguna. El bicho no encontró su

muerte por casualidad y menos por suerte. Fue por sincronía universal.

Nota:

¿Quién conoce el rumbo de la escritura? Y para qué quiero rumbo si lo que busco no es un destino; lo que busco tal vez está por el camino. Escribir tal vez sea como el oficio del viajero que construye su viaje mientras lo vive, o como el vuelo de las moscas que sólo ocurre y ya.

FIN DE LA NOCHE 2

Si no hay un cuerpo debajo de las líneas que se escriben, si no hay una visceralidad, si no hay un dolor detrás de las

palabras, algo así como un parto, no serán más que retórica, más que lenguaje literario, pura cháchara, como diría un escritor cuyo nombre no pude recordar, a propósito de la sabiduría del escritor.

Por eso basta de tanta cháchara. Si se suponía que quería escribir mi primera novela, había de buscar algún tipo de historia que contar. Parecía que lo que buscaba escribir era una novela metaficcional, cuyo personaje, autor y narrador coinciden identitariamente, es decir que se daba una autoficción. En esa búsqueda contaba con varios intentos desde que presenté la idea de escribir una novela existencialista y queer a la vez, en el octavo semestre.

La idea me vino a la mente por un cuento que escribí y que obtuvo cierto reconocimiento. En el relato, el personaje era un hombre homosexual que se iba a casar con una mujer, para mantener las apariencias en el círculo social tan conservador en el que había crecido. Sin embargo este personaje se escapaba en las noches al encuentro de su amante y verdadero amor. Un diario que guardaba en su cuarto es hallado por su prometida, quien lo lee y conoce la verdad sobre su futuro engaño. El problema no es la homosexualidad, si no el engaño. Ella se suicida y el mundo literario termina en tragedia, pero las apariencias, a pesar de ser nefastas, siguen siendo guardadas.

La segunda idea me vino en las primeras clases de metodología de la investigación. Allí me pareció que mi idea anterior era imposible porque el cuento ya había dicho lo que tenía que decir en su momento y que tomar su argumento para una novela sería como hacer la segunda

parte de una película, lo cual, por lo general siempre es de menor impacto.

Fue entonces cuando decidí que mi trabajo intentaría valerse de mis experiencias de vida para crear el universo de la novela, en cierto modo algo autobiográfico, y me iría por el tema de la música. Entonces planteé la posibilidad de una autoficción existencialista que vinculara el Rock, en especial el de la década del 90, algo así como una *Qué viva la música* o *Nunca seremos estrellas del Rock*. Pasé días leyendo historia del Rock, un manual escrito por Manolo Bellón y que tiene el tamaño de una biblia.

Yo escuchaba Rock desde que estaba en el bachillerato porque era lo que se escuchaba en el grupo de amigos y por aquella época, entre la mayoría de los muchachos de colegio, mas no porque el trasfondo académico me ligara al género. Tenía que ver más con los ritmos y letras (no todas) que parecían cargadas de versos que nos ponían a pensar en cosas esenciales de nuestra existencia, aunque los papás dijeran que esa era música de locos o, en su defecto, de marihuaneros, aunque cabe anotar que la yerbita no hacía falta por aquel entonces, ni por aquel ahora, pero el caso es que aquella *rochela de mechudos*, como decía el papá de Manolete, no tenía por qué pagar los platos rotos de los que confunden las cosas por ignorancia o por prejuicios de masas, como si la fruta se acabara en la cáscara.

Decidí que no escribiría esa novela porque ya existía. Lo bueno es que entendí más sobre los procesos culturales que rodearon la evolución de un género tan escuchado por tanto mechudo que bate la cabeza al compás de una

batería o cierra los ojos en un solo de una Fender o una Washburn. Por lo demás, retomé el camino hacia lo autoficcional, pero de la manera más elemental: hacia mi cotidianidad y hacia el conjunto de mis recuerdos, escribir la novela de mi vida, volver a mi vida una escritura, una ficción, o a reconocer que era justo eso: una ficción.

FIN DE LA NOCHE 3

Había pensado que tal vez se me activarían la mente y el cuerpo si, sumado a la lectura de libros, hacía lectura de otras fuentes distintas que había tenido disponibles y que no había aprovechado. Fue así que empecé a buscar en las conversaciones espontáneas y lo que encontré había de sorprenderme, pues era nada más y nada menos que las raíces de mi ser.

En cierta ocasión visité a la señora Blanca, mi madre, la de los interminables alegatos con mi padre por culpa del viejo alcohólico de don Odilio (eso cuando vivieron juntos). Fuimos a comprar zapatos para ella y para mí, en el Restrepo, barrio donde ella vivía en casa de mi abuela. Luego de las compras, nos sentamos en un parque, a comer helado y charlar, porque ya casi no lo hacíamos.

—M'hijo, ¿cómo va todo por allá?

—Lo mismo de siempre, madre. Su marido que no deja de tomar porque usted no vuelve, igual que cuando usted estaba y él tomaba porque usted no se iba. Puros pretextos

de viejo vagabundo, pero no se preocupe, madre, usted sabe que siempre ha sido así.

—Pues sí.

—Más bien, ¿cómo ha estado la abuela?

—Muriéndose a poquitos, como siempre, igual que yo.

Se abre paréntesis...

MADRE PENSANDO

Hoy es el Día de la Madre. Me levanté aún con los ojos casi cerrados. Anoche fue imposible dormir más de media hora en calma porque mi madre tuvo un par de problemas con el respirador artificial y casi hubo que llevarla al hospital. El baño matinal y la preparación del desayuno fueron automáticos; me sentí como un robot o un zombi de esos que salían en las películas que veían mis sobrinos y que solamente deseaban comer cerebro; yo sólo deseaba dejar de comer mierda. Hoy es el día de la madre y ajusto dos años cuidando a la mía, cuidándola de la muerte que ya se la quiere llevar con todo y el respirador. Los días pasan por la ventana, todos iguales, tanto que sé que hoy es día de la madre porque mi hijo menor me llamó para decirme que vendría a visitarme, que feliz día y para preguntarme que cuándo regresaría. Le cambié el tema y lloré como lloramos las mujeres de mi tierra: para adentro. Mi regreso siempre estuvo ligado a la muerte. Volvería en cuanto mi madre muriera o me moriría con ella.

Se cierra paréntesis...

—No diga eso, que usted no tiene un respirador artificial en la garganta.

—Pero sí en el alma, m'hijo, que es peor.

Sentí una bola de trapo atravesada en la garganta, la misma que sentí al escribir este recuerdo.

—Madre, ¿usted todavía lo quiere?

—Seis hijos no se tienen por falta de televisor, Darío.

—Pero casi nunca escuché que se dijeran lo mucho que se querían; en cambio los alegatos eran más frecuentes que la comida...

—Con su papá siempre fue difícil todo, hasta quererse.

—No debió ser tanto así, porque como sumercé lo dijo, seis hijos no se tienen por falta de televisor.

—Bueno, sí. Durante años estuvimos bien, a pesar de habernos volado la misma noche del matrimonio, porque como mi papá quería que yo me casara con un sargento, compañero de su cuartel, no le iba a gustar nada que me hubiera casado con el ayudante del bus de mi hermano Abraham.

—Y entonces, ¿qué pasó?

—Para mis adentros, yo creo que el siempre guardó cierto rencor hacia mis papás y por eso se empeñó en casarnos y sacarme del cerco en el que me tenía mi papá, a modo de venganza amorosa. Yo recuerdo que me fastidiaba mucho

cuando me pedía matrimonio delante de mi hermano, así que un día le dije que le juraba que me casaba con él si me presentaba a sus padres. Nunca pensé que lo haría porque ese hombre no los veía desde niño que se fue de la casa y además, vivían lejos, cerca del Cocuy y cuando no había sino caminos de herradura por allá. Imagínese, m'hijo.

Compré otro par de helados, para extender un momento que no había de repetirse en varios años. Ahora pienso que a mamá, a pesar de haber tenido seis hijos y un esposo, nunca tuvo alguien que le escuchara sus palabras sometidas por su marido y por la monotonía de los años en la casa, cocinando, lavando, planchando, barriendo, escribiendo su vida con el palo de una escoba.

—Pero creo que a pesar de que mi papá le hubiera traído al mismísimo Papa, usted no estaba obligada...

—No, pero lo que hizo me hizo ver que iba en serio y, sumado a que tenía su gracia y sus papás me cayeron bien, yo no lo pensé tanto y nos casamos a los pocos días.

— ¡Y dicen qué la gente de ahora está loca! ¿Se arrepiente, madre?

—Me duele, pero nada más. De no haber sido así, no lo tendría a usted...

De nuevo una bola de trapo se atravesó en mi garganta. Le di un abrazo, quizás el último que recuerdo, nos levantamos y nos fuimos, ella a sus oficios y yo a despedirme (sin pensar que sería la última vez) de la abuela.

FIN DE LA NOCHE 4-SEMANA 1

Luego de probar con las conversaciones, intenté un juego de desdoblamiento que consistía en ponerme en el lugar de dos sujetos que me conocían y que hablaban de mí, el escritor:

— ¿Qué crees que hace nuestro escritor en este justo instante?

—No sé. Dímelo tú, que eres quien conoce su historia.

Bueno, creo que prepara café para mojar su boca reseca de tanto comer bocadillos con queso y para mojar sus ideas porque el muy bestia piensa que el café es bebida de intelectuales, puesto que un día en una clase un profesor mencionó que siempre solía ver a Monterroso, tomando café y leyendo periódicos, en un ritual eterno.

También creo que el pobre habrá leído muchos artículos de esas revistas de literatura que sólo leen aquellos que andan haciendo un trabajo de grado, igual que él. Pero eso no me parece un problema. Más me parece una oportunidad para que se deje de echar burbujas al viento y empiece a escribir esa novela que tanto persigue.

— ¿Cómo sabes tanto de su trabajo?

—Porque me lo vive contando a todas horas, me cuenta los ajustes, las nuevas ideas que tiene para sus historias. Algunas veces, que no son pocas, he tenido que transcribir

sus notas al computador. Sabe de mucho, pero a veces no entiendo todo de lo que habla.

— ¿Y de qué habla?

—Verás, su novela es, al mismo tiempo, su trabajo de grado para terminar sus estudios en la universidad. Es la metaficción de un trabajo de grado, esto es, la escritura acerca de la escritura. ¿Entiendes?

—Un poco, el literato eres tú...

—En cierto modo trata de poner en cuestión la búsqueda de sí mismo como escritor; ese es el tema y problema de la ficción, la ficción que es su vida misma. ¿Ahora sí?

—No mucho, explícate como si hablaras con un terrícola...

—Bien, él busca evidenciar la escritura como variaciones de la misma escritura, al igual que cada vida es una variante de la ficción que creemos es la realidad. Pero mejor lee esto que él escribió y saca tu conclusión:

—Oye, y... ¿quién es Kafka?

FIN DE LA NOCHE 1, SEMANA 2

Luego de las conversaciones y los juegos de desdoblamiento, busqué fragmentos al azar en los libros que tenía a la mano, a manera desencadenantes de escritura y escribía:

Desencadenante:

“Yo, con mis candados y mis llaves de aire, yo que escribo con humo. Te ahorro la réplica porque la veo venir: no hay sustancias más letales que esas que se cuelan por cualquier parte, que se respiran sin saberlo en las palabras, en el amor, en la amistad”. (Rayuela p. 207, cap. 31).

Desencadenante:

En cierta ocasión estuve pensando en *Ítaca*, el poema de Kavafis, mientras caminaba hacia una librería a comprar *Diarios de motocicleta*. Pensaba en aquel poema porque soñaba con hacer muchos viajes y además, en motocicleta; por eso aquella noche iba en busca del libro del Che. Compré el libro y esa misma noche leí el prólogo, la introducción y unas veinte páginas de las notas, lo cual fue suficiente para zarpar cual pirata pero en las dos ruedas de mi Honda 125 recién comprada (el trabajo de los sábados en el colegio cristiano seguía dando frutos ¡Alabado era el señor!) por cuotas, con rumbo a tocar la nieve en la sierra nevada del Cocuy.

Un día decidí buscar una biblioteca porque pensé que aquel sería el espacio más propicio para forjar el portento de escritor que yo creía llevar dentro. Pero no buscaría la del colegio cristiano, porque no tenía más que libros guías de la fe, biblias, catecismos, y un atlas, pobre atlas... tan parecido al casado que ya no desea a su esposa. Y una novela de Verne y una de Swift. ¡Ah!, y *El diablo de la botella*, de Stevenson: esa botellita que volvía mierda a todo el que la compraba... ¡Ahh! deseo puerco que enceguece a éstos, nosotros, los mendigos humanos. Creo que el director nunca supo de la existencia de aquel librito, porque de lo contrario hubiera sido quemado en nombre de Dios.

Tampoco recurriría a mi biblioteca casera, ya que no sobrepasaba los doscientos títulos, de los cuales un quinto era robado. ¡Y qué! Para mí no era pecado robar un libro ni

que me lo robaran. El pecado radicaba en robarlo y no leerlo.

Visitaría la biblioteca que quedaba a dos cuadras del apartamento donde vivía. Aunque quedaba cerca nunca la había visitado y ahora sentía algo de autocompasión porque, ¿cómo un escritor puede pasar años viviendo a dos cuadras de una biblioteca y nunca visitarla? Sólo un escritor fuera de lo común, como yo, pensé para no perder el impulso.

Imaginaba que los grandes escritores eran ratones de biblioteca que pasaban semanas devorando libros, en vez salir a cogerle las nalgas al mundo, pero como ya había probado estrategias desencadenantes para mi trabajo escritural, tenía que agotar cualquier posibilidad. No había de otra; la biblioteca era mi próxima conquista.

FIN DE LA NOCHE 2, SEMANA 2

Posdata:

En verdad quería escribir lo acontecido en la visita a la biblioteca con una de las bibliotecarias, pero es tarde, estoy cansado y se hace necesario un receso, porque mañana, posiblemente haya que luchar contra gigantes, o contra la mañana fría.

LA PRIMERA VISITA A LA BIBLIOTECA

La biblioteca central de la ciudad cerraba a las 6:00 de la tarde todos los días. Aunque quedaba a dos cuadras de mi habitación, el tiempo del que disponía para visitar aquel sitio era muy breve, por cuestiones de academia y supervivencia, pero algo que he aprendido con el tiempo es que muchos de los sucesos relevantes o, a veces, definitivos de la existencia, ocurren en un santiamén, cuestión de minutos o de segundos.

Ese día en que visité por primera vez aquella construcción colonial, de paredes blancas y puertas verdes, llevaba en mi mente como objetivo de mi visita conseguir algo relacionado con la tan mentada metaficción: un artículo, un ensayo, un libro o, en el mejor de los casos, una novela. No encontré ni lo primero, ni lo segundo, ni lo tercero ¡Bendita cháchara sobre la otra cháchara escrita por temibles chachareros!, pensaba yo mientras pasaba mis dedos por el dorso de los libros en la sección de literatura. Y tan fácil que es decirlo, pero vaya uno a saber si esa cháchara había de ser la vida misma de quien la había escrito, con quién sabe que dolor de parto y cuántos desvelos. Si digo cháchara no es porque piense que es inocuo, sino porque la palabra me parece escurridiza igual que la realidad en que vivimos. La mía, por ejemplo, esta que se cuela por estos renglones se engendra del deseo de llenar de sentido esto que parece absurdo, esto de la experiencia humana. En ese proceso la

cháchara es en sí misma lo que le da sentido al chacharero que la crea y no aquello que se cree está al final de ésta.

Casi al final, en la sección de novelas hispanoamericanas, encontré *El buen Salvaje*, pero ese ya lo había leído y con ganas, tanto que influenció mucho del trabajo que luego había de perderse. Encontré ahí mismo *La otra selva*, pero también la conocía y me parecía tan intensa como *La vorágine*, pues exploraba una posibilidad alterna e interesante de ésta; hasta pensé hacer algo similar con *Rayuela*, pero no. ¿Quién era yo como para pensar en medirme con un gigante como Cortázar? Un don nadie literario. Todo lo que se me ocurría ya lo habían hecho otros, maldita sea, ¿dónde encontraría mi originalidad?

La búsqueda parecía infructuosa. Llevaba más de una hora recorriendo aquellos estantes y de pronto debí parecer sospechoso ante las bibliotecarias, tanto que una de ellas, una mujer casi de mi estatura, pelo negro y liso y un par de ojos límpidos y brillantes como soles se acercó a mí y con voz dulce, pero aplomada me preguntó:

— ¿Podemos ayudarle en algo?

—Sí, claro, busco algo que se relacione con el término metaficción. Lo que sea.

—Mmm... no sé mucho de teorías, ¿Qué título exactamente busca?

Aquella voz sonaba realmente sexy.

—Pues no sé con exactitud qué es lo que busco, pero me interesan novelas de ese género. Son novelas que hablan de sí mismas.

— ¿Y cómo es eso de que hablan de sí mismas?

—Supongamos que son novelas que se miran al espejo y entonces se miran así mismas y, como si fueran mujeres, se miran detalladamente sus atributos o sus carencias por un lado y por otro, por decirlo de algún modo.

—Ahh, así es más sencillo, pero eso que dices de “novelas que hablan de sí mismas me hace recordar una que leí el año pasado. Bueno, no la leí porque me pareció muy densa, hablaba de muchos términos literarios y esas cosas de los escritores. Yo soy bibliotecaria hace dos años, pero no sé mucho de esos temas. Sólo la recuerdo porque su título, su portada y su contraportada me parecieron chistosos...

— ¿Y cómo se llama esa novela?

—Ahh, cierto, se me olvidaba...

Aquella mujer era realmente bonita, mirándola ahora con más detenimiento, mientras me hablaba sin mirarme a los ojos. En un movimiento rotatorio giró y se estiró hacia el último estante. Movi6 algunos libros con la punta de sus dedos. Girasoles pintados en su uñas. Un trasero celestial. ¡Qué carne! Con ella practicaría la antropofagia sexual.

Sacó uno de los libros del estante, se volteó hacia mí, que apenas iba subiendo mi mirada hacia su cara. Tal vez se dio cuenta de que yo le había estado mirando su magro par de nalgas que no pasaban de unos 24 años.

—Aquí está —me dijo.

—Gracias... —abrí los ojos hacia su cara.

—Diana —me contestó con una sonrisa que me hizo olvidar mis presiones de universitario. Se fueron por entre los huequitos de sus mejillas. La perfección del universo.

—De hecho —continuó ella— es una de las pocas novelas que he intentado leer desde que trabajo aquí. Llegué a las primeras 15 o 20 páginas. Lo que te digo (ahora me tuteaba, lo cual me brindaba cierta confianza): sonaba interesante la historia pero había demasiadas palabras raras para mí. Tampoco me gusta leer mucho que digamos.

—Me agrada mucho tu sinceridad —le dije.

—Gracias —contestó.

Estiró su mano hacia mí con aquel libro. Allí estaba: *Teoría de una novela sin título* llevaba por nombre aquel montón de hojas que no superaba las 180 páginas. ¿Autor? Un fulano llamado José Zetineb. Ni fu, ni fa. Natillas. Nunca lo había leído, ni siquiera lo había escuchado. Sería algún aprendiz de escritor con la fama represada en esos estantes. Pero que más daba. Era lo único que había encontrado en aquella visita. Bueno, no lo único. Me olvidaba de la bella Diana, que hasta nombre de diosa romana llevaba. Se me ocurrió que podría invitarle a salir e intenté decirle algo cuando iba saliendo de la biblioteca, pero era demasiado pronto. Mejor sería seguir visitando la biblioteca con más frecuencia.

—El préstamo es por tres días —dijo, mientras firmaba la ficha.

—Hasta pronto Diana, muchas gracias.

—Por nada, que disfrutes el libro.

—Seguro.

FIN DE LA NOCHE 3 - SEMANA 2

Los antiguos romanos dedicaban el mes de abril a uno de sus dioses predilectos: Apolo. Era para ellos él quien protegía la inteligencia, la música, la poesía y la medicina. Este dios se hacía acompañar por las musas. Las nueve eran muy hermosas y junto con aquel enseñaron a los mortales el culto por la música y la poesía.

Estos antiguos romanos sí que tenían dioses y se las ingeniaban para que sus legados perduraran. Ahora en nuestro tiempo no hay nada, ni dioses, ni legados, pura mierda lanzada desde todos los ángulos y rebota en nuestras caras sin que nos demos cuenta. Y si nos damos cuenta, entonces no podemos hacer más que escribir en un pedazo de libreta un poco de blandenguerías, quizás como estas mismas palabras, sin mucho que decir, un mutismo ruidoso que habla de sí mismo, como un megalómano loco.

Pero no hay que ser un fatalista literario. Suficiente con sentirse perdido, como un campesino en un centro comercial o un gringo en el trópico; o como el pobre Asterión en su puta casa sin puertas, ni cerraduras y sin saber para dónde emprender la huida. Que siga y que sigamos esperando a nuestro redentor. Eso y esperar a Godot es igual de inoficioso.

¡Y Ahora se me aparece este tipo Zetineb con su *Teoría de la novela sin título!* Un amigo mío casi se orina de risa

cuando le dije el título. “Qué mierdas, suena interesante y le puede servir para su trabajo”.

Realmente yo esperaba que ese libro me diera más ideas, porque la idea era llenarme de ideas para escribir mi novela con buenas ideotas. Bueno, allí estaba esa noche después de la cena, sentado en la cama y listo para leer aquella pieza del arte literario, metaficcional según Diana, la bibliotecaria bonita que aún me daba vuelta en el cerebro como un mosquito atrapado en una jarra.

El libro era de carátula blanda y en ésta había una figura como de un quijote, pero éste no iba montado en ningún Rocinante, sino más bien en una motocicleta chopper. Me produjo risa. Abrí la carátula y en su reverso había una foto como la siguiente; con una biografía que cito textualmente:



Se hace llamar José, dicen que lo han visto contando carros rojos en la calle 11 de todas las ciudades, acariciando gatos y preguntándole los nombres a los árboles. Su madre dice que murió al nacer, pero sueña que le besa la frente antes de dormir. Hay quienes aseguran que roba libros para trancar las puertas de su casa, porque teme que se le entre la peste del olvido. Si lo ven entre estas páginas procuren darle un beso de leproso, como pago

por estas montañas de palabras, que son su único escondite, su manicomio.

Calle 11 N° 11-11

(Noviembre 11 de qué importa cuándo).

Me causó gran sorpresa la foto hecha a mano y el estilo de la biografía. Volteé el libro hacia la carátula del final y allí decía lo siguiente:

El autor de este libro solamente pudo escribir esta novela como colofón de una carrera literaria que comenzó con algunos cuentos, 7 para ser exactos, 2 poemas, 3 coplas y un trabalenguas. Ganó un premio (una licuadora en un bingo). Tuvo un reconocimiento en alguno de sus cuentos de fantasmas, por lo que dejó de salir a preguntar por los nombres de los árboles.

Actualmente se desconoce su paradero. A nadie le interesa. De su novela se imprimieron 1111 ejemplares, de los cuales el autor robó 1110, según dicen, para trancar sus puertas y así protegerse de la peste del olvido. Solamente existe el ejemplar que usted, querido lector, ha tenido la fortuna o la desdicha de encontrar.

FIN DE NOCHE 4 – SEMANA 2

INSTRUCCIONES PARA ALIVIAR UNA RESACA

Nadie puede superar una resaca si no tiene a la mano ciertos elementos indispensables, como los siguientes:

1. Un cuarto sin luz de ningún origen.
2. Silencio como el de antes del Génesis.
3. Agua.
4. Dos aspirinas efervescentes.

Si lo anterior no funciona, se recomienda administrar una cerveza fría cada 15 minutos hasta completar, al menos, una docena. No se obtendrá sobriedad, pero la resaca será superada por completo.

Esto es sabiduría popular criolla:

“Para mordedura de perro, pelos del mismo perro”.

NOTA DEL DOMINGO

Regresé de la calle 11, luego de beber un par de cervezas en la licorera de una señora gorda que se estremecía mirando telenovelas mexicanas. El marido vociferaba: “quién pone esta maricada”, mientras cambiaba los canales. Encontró el noticiero de las siete, en el cual estaba hablando el presidente sobre los beneficios de una reforma tributaria. Eso le pareció interesante y no cambió el canal. Luego de que escuchó las razones del presidente para sacarle el poco dinero a los nadies a través de sus robos y aumentar los salarios de su cohorte de hampones, el viejo dijo con tono desilusionado: “definitivamente nos cagamos al votar por este bribón”.

Caminé a casa pensando en la rabia de la vieja ante el machote de su marido, la desilusión del viejo con su presidente, y la polisemia de las palabras:

❖ Maricada:

Deje su maricada y no moleste más (comportamiento reprobable). Este presidente habla puras maricadas (discurso sin sentido). Vi el muerto y sentí una maricada (miedo). No sé cómo funciona esta maricada (artefacto). La prolijidad del español hablado en Colombia, tanto como las modalidades del hurto, es realmente admirable.

Me devolví a la página inicial de aquella novela, para comenzar mi lectura. Allí estaba un epígrafe:

Dedicado a la mala escritura

Charles Bukowski

Pasé la página y empecé a leer el primer capítulo que se titulaba así: “Capítulo 11”. Resumiré el capítulo tanto como pueda:

D., que es el protagonista de la novela, es un escritor. Se encuentra en su estudio, sentado frente a una libreta de notas que carga en su morral en el día y guarda en la

mesa de noche, por las noches, porque siempre termina escribiendo sentado en la cama y no en su estudio. Él se halla ante las hojas, mirando la esfera diminuta que hay en la punta de su bolígrafo, mientras medita sobre qué escribir. De pronto, comienza. Su historia inicia con el relato de las visitas semanales a la biblioteca para sacar prestados uno o dos libros, puesto que piensa que escribir es un acto consecuente de leer y viceversa, de manera interdependiente.

Algunas veces pasa un tiempo leyendo en la biblioteca, pero prefiere leer en su casa. Vive solo. En el día trabaja como cualquier mortal que necesita solucionar problemas de hambre y techo donde pasar la noche de una ciudad fría. Las noches son el espacio del que dispone para estudiar, leer y escribir. Le han publicado algunos cuentos en algunas revistas de poco renombre, sin embargo, él siente que eso es un buen augurio de su futuro éxito literario. Hace un par de semanas que viene escribiendo los inicios de su primera novela, pero ha tenido inconvenientes con la delimitación de su historia, ha chocado de frente con cierta imposibilidad, porque siente que todas las problemáticas posibles para escribir novela están agotadas por más de 500 años de novelistas.

CAPITULO 11

El número once 11 comienza por su final. Es el primero de su clase. Es perfecto. Por eso empezaré mi novela por este capítulo. Soy D. No agregaré más sobre mi nombre, quiero parecer algo Kafkiano, porque no creo en la originalidad. Soy bibliotecario desde que me gradué en filología. No es buena la paga, pero dispongo de todos los libros que deseo. Por eso lo hago. Puedo sacarlos cuando quiero, leerlos y releerlos cuantas veces me plazca. Tengo bastante tiempo. En esta ciudad de adictos a los centros comerciales, bares escandalosos, prostitutas, iglesias y salones de belleza, no hay muchos lectores.

FIN DE LA NOCHE 1 – SEMANA 3

CAPITULO 11 B

¿Para qué sirve el escribir si no es para destruir la literatura?

Oliveira. pág. 473

Capítulo 99

Morelli parece convencido de que si el escritor sigue sometido al lenguaje que le han vendido junto con la ropa que lleva puesta y el nombre y el bautismo y la nacionalidad, su obra no tendrá otro valor que el estético (...).

Etienne, pág. 478

Releí el capítulo 99 de Rayuela y se me antojó tan contundente como un garrotazo con un bate de béisbol en la frente de la literatura. Me recordaba el Tratado de la verdad en el arte, de Heidegger, sólo que aquí sería la verdad en el lenguaje. Volvíamos a lo mismo: palabras, palabras, palabras. Entonces me quedé pensando en el inicio del capítulo 11 que escribí ayer y sentí que ya no me gustaba. No me satisfizo su forma: ese presente sin fuerza y esas oraciones tan cortas, sin ritmo, sin gracia, sin aliteración. Además, esa reflexión pendeja sobre el número 11, como si yo fuera un farsante numerólogo de esos que salen en los programas de televisión de la mañana. Yo soy no más ni menos que un escritor (o al menos en ello quiero convertirme), sólo que busco verme dentro de mi autoficción desde otra perspectiva y dentro de un personaje que conserve implícita mi relación con los libros y la literatura, pues dentro de poco (eso espero) me graduaré como profesor de español y literatura.

Parecía que cualquier intento de escribir sin víscera no prosperaría en el espacio, para mi desgracia. Cada vez eran más los intentos de escribir una novela, la cual no pasaba del título y el inicio del primer capítulo. No daré entonces más vueltas al asunto y comenzaré por contar de dónde me vino esto de la literatura y de la escritura:

Cuando cursaba el segundo año de mis estudios universitarios empecé a asistir a unas clases donde escribíamos diversos textos, entre ellos cuentos. Eso me hizo recordar que entre algunos

Notas sueltas:

1. Qué tristeza, o peor, que impotencia esto de esperar que el tiempo pase en medio del tedio perpetuo, como Vladimir o Estragón, esperando a su maldito Godot que nunca llega. Tal vez mañana si vengas, pero tal vez ya no me importe.

1.1 Me da por escribir notas existenciales cuando me doy cuenta de que es casi la media noche y que debo parar de escribir y pensar mis vainas, de disfrutar el tedio que produce intentar una que otra farsa de mi vida. Y debo parar o de lo contrario me levantaré cansado, más de lo que ya estoy, para ir al trabajo en el colegio de los cristianos, trabajo que no sé si agradecer o maldecir; si lo agradezco inmediatamente me reprocho por miserable, esclavo del “time is money”, del consumismo y el capitalismo y cuanto ismo se atraviesa en el vocabulario de un estudiante de ciencias sociales. Ahora, si lo maldigo, se me viene a la cabeza el discurso cristiano que a veces me condena por desagradecido e inútil, por no ser feliz con lo que tengo y que muchos anhelan. Me tranquilizo al saber que todas estas reflexiones son puro lenguaje, puras variables de la realidad, pura mierda en este mierdero que hace tanta palabrería dentro de mi cabeza. ¡Oh bendita vida cavernícola! (y justo ahora me reprocho querer un regreso al paraíso, el retorno al huevo. ¡Estanislao, perdona

esta ofensa y tómate otro whiskey en ese más allá en el que jamás creíste!).

1.2 De esto se trata la vida: perder el tiempo y esperar. Esto pensaba el detective Nick Belane mientras esperaba a la Señora Muerte. La escritura puede ser autoconciencia de esta hipótesis de trabajo, de modo que escribo para perder el tiempo mientras espero.

libros que guardaba en la caja de un televisor de 14 pulgadas, en casa de mis padres, debía de reposar uno que otro manuscrito que había escrito en la edad en que terminaba los estudios de bachillerato.

Un fin de semana en el que visité la casa de mis padres, saqué la caja de cartón del gabinete del escritorio que había en la que una vez fuera mi habitación. Ciertamente encontré algunos manuscritos de cuentos y poemas, además de escritos sueltos que tenían forma diarística, textos muy simples a mí nuevo parecer de literato amateur (todo literato amateur tiene el ego del tamaño de un vaca hindú).

Algunos estaban escritos con la máquina Brother que mi madre le comprara a un tío ladrón. Los junté en un archivador, emocionado por aquel encuentro con mis primeros intentos de escritura y que ahora tenía a disposición luego de una larga fase de cajón. Los releí... Me llamó la atención el título de algo que parecía un cuento. Estaba compuesto por ocho hojas de cuaderno grapadas con un gancho metálico y oxidado. Se llamaba: "El duende del armario".

RECUERDOS

Recuerdo N° 323

La maestra Gabrielina Mojica era una bruja para los pequeños gnomos de sexto grado. Temblábamos cuando pasaba cerca de nosotros, por entre las filas, dejando su olor a formol revuelto con listerine y aguardiente Líder. En su clase de composición escrita el primer requisito era usar correctamente una vieja máquina: asdfg – ñlkjh y el dedo pulgar derecho para pulsar la barra espaciadora. 5 planchas, utilizando cada dedo en cada tecla correspondiente. 25 máquinas tecleando al tiempo, una lluvia, ¡qué digo!, un aguacero con granizada de asdfg – ñlkjh. Casi 20 años después me encanta escribir a mano, me da la impresión casi real de que acaricio el cuerpo de algo, algo que no tiene una forma precisa, que es potencia que impulsa el esfero, eso que no está nunca en un texto final. Escribir es para mí quizás la única forma de luchar con los demonios que rondan mi silencio, que me viven recordando el hueco en el cielo y que sólo con palabras puedo invocar para conocerles el nombre.

Pero del lado amable, la escritura también me ha enseñado a mirar las cosas de otra forma, a viajar por el placer del recorrido y no del afán actual de solamente llegar; a fumarse un cigarro, detallando las nubes, a hablar conmigo mismo, a vivir, a sentir y a pensar la sinfonía agridulce de la existencia y que sólo a través de la escritura puede ser tocada; es decir, escrita...aunque no cabe duda de que la maestra supo hacer su trabajo, asdfg – ñlkjh, y sin ver al teclado.

Recuerdo B612

Canción para mi muerte

*“Hubo un tiempo en que fui hermoso y
fui libre de verdad”*

-Charlie García-

El pasado se ha vuelto mi punto de llegada. El futuro sólo existe en el discurso de los profesores o de los curas, pero en el diccionario de mi vida ya no existe significado alguno para esta palabra. Por eso pienso que en aquel tiempo, que ahora se me hace remoto, como si hubieran pasado siglos (y eso que también ahora sé de lo corta que es la vida), hubo algo en mi espíritu que me dejó ver el rostro de lo que percibimos bajo el rótulo de felicidad.

Recuerdo por ejemplo, mi primera noviecita, Nancy, una mujercita de unos once años con unas pecas que embobaban a todos los chinos de mi curso, pero aún más me gustaba el arequipe que nos daba antes de que le pusiéramos “un besito de boba”, como decía mi mamá, ahí, a la carrera, con el corazón que se me salía por la boca. Y dije *el arequipe que nos daba* porque Nancy no sólo era mi novia, sino que también lo era de mi amigo Manolo, el gordo del salón, por esa época. Todo parecía el recuerdo infantil con el que comienza más de una película colombiana.

En ese punto empezaba yo a conocer el amor de las mujeres, letal y extraordinario, como suicidarse con un revólver de juguete. También le perdí el miedo a estar cerca

de las niñas porque durante la primera semana de clases sufrimos el acoso y los besuqueos de una nena del octavo grado. Parecía loca, para aquí y para allá, buscando un chino chico para alzarlo y dejarle ese pintalabios bien marcado en toda la cara, porque los muchachos grandes de su grado no le hacían nada, tal vez por embadurnarse demasiado pintalabios para parecer toda una señorita. ¡Nada como los besos de nuestra Nancy! Pero el amorío se acabó pronto porque la mamá de ella consiguió un trabajo en algún restaurante de la ciudad y se llevó a nuestra novia, dejándonos otra vez como al comienzo. Manolete y Darío como un par de hongos en la tercera mesa de la fila de la mitad.

Recuerdo N° 3-2-1-bummm...

La primera vez que escuché *Canción para mi muerte*, yo estaba en casa de mi amigo Román, bebíamos vino Sansón y fumábamos Marlboro en la sala de su casa. Allí se permitía el vicio porque la mamá y las tías fumaban como putas en semana santa. Buscábamos canciones que nos movieran las fibras y que algún día pudiéramos tocarlas en algún bar para hacernos famosos entre los asistentes y, de paso, conseguir una muchacha y unos pesos.

Pero qué va... no fuimos famosos ni fuimos una mierda, y mejor que no lo fuimos, mejor que solamente nos quedamos tocando aquellas canciones en la sala, sólo para nosotros,

Sánchez, Mario, Román y Darío, y para el humo de los cigarrillos que nos servía de público. Mejor que decidimos hacer camino sin carretera, sin peso, sin maletas, solamente libros, los cuentos, los poemas y las letras de las canciones, sólo eso en el cráneo a modo de equipaje para este viaje hacia la muerte que quizás termine en mi cama, como en la canción de Charlie.

Recuerdo cuasimodo

Ninguna forma precisa

Encontré un espejo mientras caminaba por el bosque, parecía que lo hubiese pisado un elefante, en el centro la hendidura como testigo del aplastamiento. Cuando me acerqué, elevando mi cabeza sobre él, pude ver formas, como nubes, a veces como pájaros heridos, otras, como cometas sin piola; también vi un centauro, al rato, una sirena, después un corazón que se agitaba por vivir...bum-bum...bum-bum, lo escuchaba.

Entonces, un pájaro brujo se divisaba levemente entre las grietas, todo cabía en aquel espejo, mil figuras y ninguna a la vez. Prefiero verme en espejos rotos, allí encuentro un trillón de imágenes delirantes, extraordinarias, que brincan, parecen las estrellas de mi lago sobre la danza nocturna de las olas, bailando al son de la brisa. Me gusta ese espejo roto del bosque, mucho más que el de mi cuarto; cuando me paro frente a éste, a veces, veo solamente un rey muerto.

FIN DE LA NOCHE 2 - SEMANA 3

EL DUENDE DEL ARMARIO

Encontré un duende en el armario de mi cuarto. Sucedió mientras buscaba mi muñeco favorito con el que solía dormir desde que papá y mamá decidieron deshacerse de mi presencia en su habitación. Así fue como me dejaron a merced de la idea de encontrarme monstruos debajo de la cama, fantasmas detrás de la cortina o, un duende en el armario. Y la idea no era originalmente mía; fueron ellos quienes, en un acto formativo, y por mi bienestar, me nombraron seres supuestamente malvados que asechaban a los niños cuando no cumplían órdenes de sus padres. Un día mamá me dijo: “si no te tomas la sopa, te regalaré al

duende malo que hace mermelada verde con los niños, o al ogro que vive detrás de la cortina y que fabrica colombinas con la lengua de los chicos que no toman sopa. Así pues, adivinen... me tomaba hasta la última gota y, para asegurarme, fingía disfrutarla.

Las estrategias de mamá funcionaron a la perfección, para gracia de ella, pero en mí dejaron un miedo que, sumado al descubrimiento de aquella noche, casi hace que mis ojos salieran corriendo de sus cuencas. Mi padre, por su parte, juiciosamente me describió un duende en alguna ocasión. Pero aquella noche, enmudecido e inmóvil, frente al armario abierto de par en par, conocí un duende de verdad —no era horrible, ni lucía perverso como papá me había dicho—; lo descubrí por su estatura, por su vestido y por sus botas, rasgos que coincidían con la descripciones que papá me dio, quizás los únicos que coincidían, a decir verdad.

Me di cuenta de que había sido engañado, de que papá jamás había visto un duende en realidad y que me orinaba a chorritos por el susto de ver a un enano apenas de mi tamaño, que lo único feo que hacía era llorar desconsolado. Mi miedo se transformó en curiosidad por los motivos que tenían sumido en tristeza tan profunda al hombrecito. Le pregunté:

— ¿Por qué lloras?

— Porque nunca quise ser lo que ahora soy... un duende solitario que chilla en un armario —dijo, mientras levantaba la cabeza de sus rodillas.

Me sentí triste cuando lo oí decir esas palabras. Le extendí mi mano para que se levantara y luego le propuse que

jugáramos. En ello estuvimos hasta que el sueño nos venció y quedamos tirados sobre el tapete.

Al día siguiente, mamá entró al cuarto, me levantó del suelo, me recostó sobre la cama, me acarició mientras me iba despertando y luego dijo:

— ¡Viste que no era tan terrible dormir solo!

—Sí...

Por muchas noches más seguí jugando con el hombrecito. Recuerdo que cargaba una mochila llena de dulces de todos los colores y sabores que, según él, eran para regalarles a los niños que lo aceptaran como amigo. Una noche metió el gato en una pompa de jabón y luego la sopló, haciéndola volar por la ventana, tan alto que se perdió en el espejo de la luna. Un par de segundos después abrió su mochila de los dulces y allí apareció, ronroneando Micifú.

Recuerdo que la última noche que estuvimos juntos él me dijo que ya no volvería más al armario porque había sido llamado a descansar. Yo le hice saber que no entendía el porqué. Me explicó que las personas, cuando desperdiciaban su vida, morían pero no podían ir al descanso hasta tanto no experimentaran, así fuera sólo por un momento, el sentido de la vida. También, me dio una colombina enorme y me dijo que yo había sido aquel amigo que lo había ayudado a comprender el misterio de las cosas. Luego, sacó un papel arrugado en forma de pelota, lo metió en una cajita y me lo obsequió, mientras me decía:

“Ábrelo sólo cuando sientas que realmente ahí hay algo que te puede ayudar, de lo contrario nada encontrarás”.

Yo me quedé mirando la cajita pequeña y colorida entre mis manos y luego alcé la mirada, para darme cuenta de que el duende ya no estaba. Nunca más lo volví a ver, ni a recibir si quiera un dulce de otro personaje semejante. Pasaron tantos años que crecí, me volví un adulto serio y fui olvidando aquella historia.

Llegó el día en que me casé y tuve un hijo, que al igual que yo, cuando era un chico, no quería tomarse la sopa ni comerse las verduras. Entonces acudí al efectivo método de mamá y le advertí que existían monstruos y duendes que reprendían a los niños que no obedecían a sus padres. Funcionó exitosamente, mientras llegó el día en que mi esposa y yo decidimos que era tiempo de que durmiera en su propio cuarto. La idea lo aterrorizó y rompió en un llanto desesperante.

No pudimos convencerlo durante varias noches. Intenté hacerle entender, contradiciéndome con lo que pocos meses antes le había dicho; que no había nada de terrible en dormir solo y que no había ningún monstruo en el armario. Aceptó a cambio de un par de cuentos y un buen rato de compañía, se fue durmiendo poco a poco. Suavemente me levanté de su lado, apagué la lámpara y salí del cuarto. Le di la gran noticia a mi esposa y todos descansamos muy tranquilos.

En los siguientes días se le veía muy contento. Me sorprendía la adaptación tan rápida a su propio espacio, pero una de esas mañanas lo encontré más alegre que de costumbre; saltaba y sonreía. Con gran curiosidad me acerqué y le pregunté qué lo tenía tan contento ese día y él, sin titubeos, me contestó: “anoche mi amigo, antes de irse

para siempre, me prometió un regalo y hoy encontré esto bajo la almohada”. De su caja de juguetes sacó una bolsita llena de dulces y una cajita colorida. “Los dulces me los puedo comer cuando quiera, pero la cajita sólo la abriré cuando sea grande como tú, papá. Mi amigo dijo que yo sabría cuándo hacerlo”.

Quedé perturbado, no le dije una palabra porque me sumergí en mis recuerdos de la infancia y a mi mente regresó la imagen de una cajita colorida que guardé en alguna de las bolsas de juguetes que nunca volví a tocar. Fui presuroso hacía el desván y desempaqué todos los juguetes, todos desparpajados por el suelo y allí, junto a mi muñeco favorito, hermosa, como si el tiempo jamás hubiera pasado, igual que un río congelado, relucía un cajita colorida.

Mi corazón semejaba el galope de un caballo, la tomé del suelo y la abrí. Dentro, una bolita de papel, que desenvolví con mis manos temblorosas, la tinta fresca, como si hubiese sido pincelada en ese mismo instante, se extendía formando una frase que jamás voy a olvidar: “Si un hombre pudiera cruzar las puertas del paraíso en un sueño y le presentaran una flor como prenda de que su alma ha estado allí realmente, y se encontrara con que tiene la flor cuando despierta...Sí, entonces, ¿qué?”.

Leer aquel cuento me produjo una sensación de profunda alegría, como si volviera a ver a un buen amigo después de mucho tiempo. Quizás eso es la escritura: el reencuentro

con el otro que es uno mismo a través de las palabras. No acertaría a decir si en ese entonces ya mi mente comprendía todo aquél metalenguaje que tiempo después había de convertirse en el detonante de una de mis preocupaciones literarias.

Tal vez empezaba a advertir la alienación del lenguaje hacia la realidad, la manera en que el lenguaje es un sinnúmero de intentos por expresar algo susceptible de ser expresado, y que esos intentos son el fruto de múltiples variables sociales y culturales; variables que a su vez, son otros intentos de expresión. Entonces, supongamos que éste, fue mi primer intento de expresión lenguaje. Muy lleno de convenciones, de voces ocultas, de lo que ya había leído, pero en fin, era mi primer round. Y el primero suele recordarse, con afecto o con odio, pero se recuerda.

Qué interesante resultaba ser crítico de la propia creación, aunque fuera demasiado viciado el resultado. Dudaba que un creador se convirtiera en crítico, y si lo hacía, había de ser en pro de rebasar sus propios límites. Creía que el verdadero creador no se ponía en busca de la crítica del arte, sino en la transgresión del mismo. Luego pensaba que tales cuestionamientos del arte ya habían pasado por manos de los dadaístas y entonces dejaba hasta ese punto mi filosofía del lenguaje.

NOTA SUELTA:

Dicen los teóricos de la plaza de mercado que la primera vez (sexualmente hablando y desde lo femenino.... Bueno, también, en ocasiones, desde lo masculino) es como un dolor de muela; dos puntos: Duele como un putas, pero ella – él no quiere que se la saquen (vendedor, 2008, charla durante la compra de un atado de cebolla).

Si quiero transgredir el lenguaje literario con el que me he alimentado, es decir, destruirlo, acogiéndome inocentemente a la premisa oliveriana ¿Estará bien? ¿Estará bien preguntarse si está bien? ¿Acaso es la pregunta un síntoma de miedo a la herejía literaria? ¿Acaso no toda literatura es hereje?

Tengo la intuición. Corrijo: pienso que estoy cerca de llegar a una claridad mínima, pero importante para definir el problema que me plantea la escritura. No puedo perder de vista, de oreja, de nariz, de tacto, de lengua, de estómago y menos de vísceras, la idea horaciana de que el escritor debe destruir la literatura, esa es su función. Esto me lleva a concluir que debo, inclusive, destruir todo lo horaciano, morelliano, etc.

FIN DE LA NOCHE 3 – SEMANA 3

Objetivos para mañana:

- Terminar el capítulo 11B.
- Madrugar.
- No maldecir a los estudiantes.
- Soportar al buen director del buen colegio cristiano.
- Leer un cuento de Marguerite Yourcenar.
- Escribir bajo el influjo de la marihuana; hace años no lo hago. ¡A ver si fluye esta novelita!
- Dejar el cigarrillo.

También encontré en la caja del televisor de algunos libros, entre los cuales unos eran el fruto de mis ahorros desde que me enviaron al colegio de bachillerato. Los compraba en un baratillo en el que se vendía de todo lo que el pueblo necesitaba, desde purgantes, lazos para vacas, azadones, veladoras para los santos, tabacos para sobar y para fumar, el almanaque Bristol y libros de mil, mil quinientos y dos mil pesos. La caja contenía estos títulos:

Veinte mil leguas de viaje submarino, La isla misteriosa, Los viajes de Gulliver, Viaje al centro de la tierra, Tom Sawyer, María, La vorágine, Fausto, El quijote, Platero y yo, El principito, El libro de los records Guinness, Juan salvador Gaviota, El túnel, El aleph, Crónica de una muerte anunciada, Así se filosofa a martillazos, El elogio de la dificultad, La cartilla nacho, El manual de convivencia del colegio, Un catecismo, La odisea, Cuento de navidad, El príncipe feliz, Juventud en éxtasis, *Un block tamaño carta,*

Los de abajo, El diablo de la botella, Sherlock Holmes, y Rayuela.

Qué bien me sentí, qué nostalgia alegre me devolvía a esos tiempos tan verdes en los que el mundo no me preocupaba. Hasta el olor mohoso de esas hojas guardadas por años evocaba algún recuerdo que, agradable o desagradable en su momento, ahora me venía como único, irrepetible y bello, sin moral, sin bien ni mal, solamente lo que podría llamar mi yo; ese yo hecho de estas palabras, de esto que son mis recuerdos, mi esencia hecha de palabras que “yo” mismo manipulo de tal suerte que ahora todo recuerdo se me presenta hermoso, como si otro hubiera vivido y yo solamente los recordara, los escribiera o como si esto que ahora escribo fuese lo que en verdad he vivido.

Esos libros están ahora en mi biblioteca casera. Mis padres nunca los necesitaron, nunca se entrometieron con ellos, a pesar de vivir, fluir, moverse, pensar, ver y sentir en las palabra. Mi mamá solamente leía la Biblia y cuanta cosa religiosa que le diera fuerzas para aguantarse a su marido y otras amarguras de su vida. Me decía que leyera, que eso era bueno, que no me fuera a quedar bruto y borracho como mi papá. Entonces yo le preguntaba que por qué seguían juntos y ella respondía que eso eran cosas de dios y que él sabía cómo hacía sus cosas. Luego se sentaba frente a la casa, en la mecedora de mimbre y se quedaba absorta, mirando los reflejos de las olas en el lago, como si su dios la hubiera abandonado.

Mi papá era otro cuento. Parecía que no le preocupaba otra cosa que estar lejos de su mujer y entregarse a la parranda tanto como podía. Decía que había que disfrutar cuando su

dios le daba licencia, que era con bastante frecuencia. Parecía que el dios de mi padre no era el mismo de mi madre y por eso terminaron viviendo separados, incluso cuando habitaban las mismas paredes. Claro está que de vez en cuando parecía que se querían, se trataban con dulzura, pero esos episodios eran tan frecuentes como el paso del cometa Halley en las cercanías de la órbita terrestre.

Pero el punto era otro. Decía que tomé la decisión de llevar todos aquellos libros a mi biblioteca para acrecentar mi colección, no sin darme cuenta de que el último libro de la lista era Rayuela. Me llamó la atención que estuviera allí tanto tiempo y no lo recordara, sumado a que por aquellos días la tenía como lectura asignada en una clase de literatura hispanoamericana y yo no era que recordara mucho de lo que trataba, aunque recordaba ideas y hasta había frases anotadas en hojas sueltas que estaban al fondo de la caja.³ Era la ocasión perfecta para releerla, tanto que esa noche, luego de llegar de a mi cuarto de inquilinato en Tunja, ciudad donde hacía mis estudios universitarios y luego de un viaje lleno de olores y desazones propios del viaje en bus, abrí el libro y me encontré con **el tablero de dirección**. Entonces hojeé rápidamente el libro y encontré los “Capítulos prescindibles”. ¡A quién se le ocurre escribir unos capítulos prescindibles, don Cortázar Q.P.D! ¿No era eso cómo oler una flor con máscara antigás?

³ A veces deseo incendiar todos mis libros o ponerlos al lado del inodoro, especialmente cuando pienso en que he gastado dos décadas de mi existencia leyendo, para llegar a un punto en que el lenguaje mismo me pone frente a un mundo de movedizo y escurridizo que se cuela por entre las palabras. O bien, frente a un mundo perceptible sólo gracias a él, pero de tantas maneras como personas existen. En esta mano la píldora azul de la verdad y en esta otra la píldora roja que deja todo igual...La pregunta es, señor Anderson, ¿cuál elige?

No tuve otra intención que no fuese releer aquel ladrillo de papel en lo sucesivo de mis noches universitarias. Adiós amigos, mis compañeros de aventuras... Adiós ½ de Líder, 12 cervezas y un paquete de cigarrillos por veinte mil pesos, adiós amigas de sicología. Esto valía la pena, al menos para mí, un gnomo de escritor, queriendo encontrar la piedra filosofal, o el tesoro del pirata Morgan. ¡Qué gnomo! Un duendecito de Santa, obediente aún a las normas.

Empecé a leer todas las noches, excepto las del viernes al domingo. Esas eran para hacer los trabajos acumulados en la semana. Decidí leer, empezando por el capítulo 73,1, luego el 2, luego el 116, 3, 8,4, etc. Todos los días, durante las tres primeras semanas, me dediqué a leer calmadamente una hora por noche, sin perder el hilo de algo que, en apariencia, no tenía hilo. Me empezaba a gustar ahora mucho más que antes. Tal vez era una cierta identificación, una comunicación en el lenguaje.

FIN DE LA NOCHE 4 – SEMANA 3

Evaluación de las tareas de la 1ra ronda de escritura:

- I. No terminé el capítulo 11B; lo embolaté aún más.
- II. Se me hizo tarde, pero llegué primero que el director del colegio.
- III. No maldije a ningún estudiante; lo pensé, pero no lo hice, pues, ¡en que colegio cristiano se haría

eso y en el sábado, que es su día del señor!

Punto positivo.

- IV. Leí, no a Yourcenar, pero sí a Cortázar, sólo un rato. A veces me cansa tanta cháchara sobre la búsqueda de lo auténtico.
- V. Se me olvidó contactar un jíbaro. No fumé más que cigarrillo.
- VI. Soporté al director. Hablamos. Parece que es humano.
- VII. El síndrome de abstinencia fue superior a mí.

Comentario EZI-33E:

Los comentarios no deben ser numerados. Se trata de transgredir, no repetir, no orden, no obediencia, purificación.

Comentario Eyy, no es clave Morse. Qué tal en vez de números, nombres de animales, pero qué mierdas: los números y las letras son lo mismo: signos del lenguaje. Entonces:

Comentario EZI-33E:

Doce días, digo, noches, escribiendo una hora cada noche, me revelan, dos puntos aparte:

- a. Escribir con esfero y sobre papel me parece más fluido, más corporal el acto de darle forma a las letras mediante el trazo del pulso, algo como tener sexo sin

ponerse un condón. El computador sería el condón de para el acto de escribir...

- b. Tengo que robar más esferos...
- c. El cuerpo y la mente parecen ser una sustancia cuya esencia son las palabras. Al escribir algunos recuerdos de la casa de mi niñez acabé por llorar y sentir un dolor como un vacío en el estómago.
- d. Escribir se torna como...

NOTA DIURNA:

“Las guerras son guerras, aunque no se dispare una bala. Es más, se dan hasta dentro de uno mismo y siempre acarrearán una nueva crisis... otra posible guerra. Y la escritura no es diferente”.

D. en *T.D.U.N.S.T*⁴

Dentro de mi plan de trabajo, contemplado al comienzo, propuse que no escribiría las noches del viernes, sábado, y que el domingo; haría una nota breve sobre cualquier cosa, preferiblemente del aspecto conceptual del trabajo de grado. No contemplé escritura diurna, debido lógicamente a mis deberes de estudio durante la semana y trabajo los sábados. Por supuesto, tomaría los domingos para

⁴ Sigla de la novela *Teoría de una novela sin título*.

dedicarlos a actividades recreativas, de descanso, amorosas, lascivas, deportivas, bohemias o religiosas. En este último caso contemplo las que impliquen fiesta, como bautizos, primeras comuniones, matrimonios, etc. Eso sí, ofreciendo excusas por no poder asistir al oficio religioso por cualquier causa, pero asegurando acompañar en la fiesta, so pena de llevar regalo o dar dinero en un sobre.

Ahora que he tomado un poco de ritmo en esto de la escritura, siento la necesidad de escribir frecuentemente si quiero llegar a algo. Por ello se me ocurrió esta mañana que podría agregar al proceso una nota diurna o dos durante la semana, con lo que espero mantener reflexión constante sobre aspectos que se pasan por el pensamiento durante el transcurso del día, y que en ocasiones me parecen sensatos para tenerlos en cuenta dentro de la construcción de mi novela, y que por no anotarlas sencillamente en la noche no los recuerdo, o ni siquiera recuerdo haberlos pensado. Porque al escribir me da la impresión de pensar con mayor fluidez. Quizá es uno de los puntos más interesantes que he comprobado con este oficio de pseudoescritor.

Por ejemplo:

Luego de ocurrírseme lo de las notas diarias reflexioné sobre el hecho de que esa ocurrencia había venido a mí por causa de una reflexión previa consistente en la idea de vincular a *Morelli*, el escritor sobre el que se estudia y teoriza y discute en repetidas ocasiones dentro del Club de la serpiente, en Rayuela. Vincularlo dentro mi novela, no

solamente desde los aportes que hace al campo de la metaficción, sino dentro del plano de la diégesis, o más bien, las diégesis, que se manejan en mi novela; es decir, como personaje de ellas. Se me ocurriría por ejemplo, un Morelli algo así como el Céline de Bukowski en Pulp.

NOTA DEL DOMINGO

¿Quién leerá mi novela? ¿No será acaso un ladrillo pesado y profuso? ¿Ehh? No he de preocuparme, si mi objetivo no es ser un bestseller. No sirvo para contar historias ni para vender libros. Sin embargo me parece que debo pensar en el lector, respetarlo, en términos de Borges.

Por otro lado, como dice Leopoldo Ralón el personaje de Monterroso: “Está bien leer mucho, leer con ahínco, pero observar a las personas le sirve más a un escritor que la lectura de los mejores libros”. Tal vez lo que he leído se apodera de mí y entonces quien habla o quien escribe aquí no soy yo, como en el “Ceci n’est pas une pipe”.



Tareas de escritura para mañana:

1. Terminar de leer el cuento de Leopoldo Ralón.
2. Leer otros capítulos de Rayuela.

Posdata:

Leopoldo nunca se dejaba vencer por el sueño antes de las diez, pero no logró escribir nada. Eso demuestra que el buen dormir puede contribuir en... El sueño esta por vencerme. Qué sueño. Mañana terminaré esta idea. Esto es todo por hoy...

VISITA N° 2 A LA BIBLIOTECA

Luego de leer ese primer capítulo de *Teoría de una novela sin título*, concluí algunas cuestiones fundamentales:

- Si bien, me parecía un estilo poco deslumbrante en el sentido del artificio estético, me llamó la atención su, digamos, autenticidad, lo cual es algo complejo cuando nos hacemos conscientes de que dentro del lenguaje lo auténtico sería no más que una búsqueda. Entonces me llamó la atención la búsqueda de su punto cero. Que no lo encuentre es otro cantar; o que no exista, también es otra posibilidad.

- Me llamó la atención esa concordancia misteriosa entre el narrador, el autor y el personaje, sumado a una cierta tensión entre la realidad del personaje y el texto de ficción que intentaba escribir. ¿Qué clave de lectura escoger? Tal vez no importaría. En últimas todo lenguaje es ficción.
- Me interesó el problema que enfrenta el protagonista en este capítulo 11 B: La imposibilidad de delimitar la problemática de su historia; quiere escribir pero no encuentra sobre qué. El problema de aquel personaje de ficción parecía ser una potencia para crear, lo cual me sembró el deseo de leer todo el volumen.
- Otro detalle que me quedó sonando en los recovecos de mi cabeza fue las reiteradas alusiones a Rayuela y a Morelli, alusiones bastante acertadas en su mayoría y otras contradictorias, a mi parecer.

Como los libros se registraban en préstamo por un máximo de tres días, debía renovarlo. Recordé con agrado mi primera visita a la biblioteca en la que intercambié palabras con la joven y atractiva bibliotecaria. Esperaba encontrarla ese día para, con alguna pregunta sobre la ubicación de algún libro, hablarle y romper otra capa de hielo.

Caminé animado hacia la biblioteca. Sol, carros, gente, ruidos, edificios; “todas las calles de todas las ciudades son un pleonasma”, pensé. Pero Diana no podía ser un pleonasma. Todos, los libros de todos los estantes tal vez lo eran, pero ella tenía algo de epifanía en sus ojos. Aceleré el paso. Cuatro y diez. La biblioteca cerraba a las cinco.

FIN DE LA NOCHE 1 – SEMANA 4

—Buenas tardes, señora, ¿cómo está?

—Muy bien joven, (me alegra cuando me dicen joven, pero me entristece que quienes me lo digan sean señoras de cinco décadas) ¿en qué le puedo ayudar?

—Gracias. Solamente vengo a renovar este libro —dije, mientras ponía el libro sobre la mesa de aquella biblioteca, mesa que más parecía la barra de un bar.

—Con gusto, joven (me sentí bien otra vez) —dijo, mientras pasaba una cosa similar a una pistola por el código de barras del libro.

La señora me devolvió la novela y me recordó que la renovación se extendía por otros tres días y que tenía un máximo de tres renovaciones consecutivas. Puse el libro en mi morral y me dirigí hacia los estantes de literatura, no sin dejar de buscar con la mirada a la bibliotecaria joven y bella que cruzó palabras conmigo en mi primera visita. Ya no solamente buscaba Rayuela; mi búsqueda también contemplaba un fin que no había presupuestado en los objetivos específicos de mi trabajo, ni en los de mis visitas a aquel lugar.

Ubiqué rápidamente la sección de literatura latinoamericana y, a su vez, la de Argentina. Sabía que Cortázar era argentino, que además de novelista fue un gran cuentista, que fue profesor de escuela, comprometido con causas políticas y no tuvo hijos. Alguna vez yo había leído en

épocas universitarias cuentos que aún ahora recuerdo, como “La salud de los enfermos”, “La casa tomada”, “Continuidad de los parques” e “Instrucciones para llorar”. Todos se me antojaron bastante buenos, menos el último, y del cual escribí cierto tipo de parodia:

INSTRUCCIONES PARA PEINARSE

(Aquí espacio para el texto)⁵

De su novela *Rayuela* recordaba poco, pero eso bastaba para que sintiera ganas de leerla de nuevo, pues los libros son diferentes cada vez que se releen, al igual que los paisajes parecen distintos cada vez que se les vuelve a ver. Tal vez tuve por tarea leer artículos de crítica y reseñas sobre esta obra, pero no lo hice. De todos modos no perdí el curso. Esa parece ser una constante en nuestras prácticas educativas.

Y ahora, muchos años después frente al estante de literatura, buscaba aquella novela impulsado por dos motivos simples. Primero: las constantes alusiones en la

⁵ He pasado horas y horas, durante el último mes, haciendo la edición de mis notas, fragmentos, poemas, relatos y demás escritos que han surgido a lo largo de este proyecto. He reunido aquellos manuscritos que conforman estas páginas, aunque algunos, como en es el caso de *Instrucciones para llorar*, no han aparecido por ninguna parte de la casa. En alguna ocasión al comienzo de todo este viaje escritural intenté reconstruir algunos textos de los cuales no poseía los manuscritos y que se habían perdido por causa de un virus de computadora, pero fue una experiencia desastrosa: no surgió nada. Fui imposible reconstruir algo que había sido escrito en un momento específico y con unas condiciones específicas de la mente y del cuerpo y, como nunca somos los mismos en ningún momento, no pude reescribir lo que ya había escrito. Por ello, el texto del que se desprende este pie de página no aparecerá hasta tanto no encuentre el manuscrito.

novela que encontré en mi primera visita, **TDUNST**, lo cual me generó cierta curiosidad, cierto deseo de querer buscar algo allí, alguien, cualquier cosa que me diera pistas en la construcción de mi propia novela. Segundo: ver a Diana, la bibliotecaria de los ojos que hablaban sin palabras y que, por todo lo demás, era hermosa.

FIN DE LA NOCHE 2 SEMANA 4

Allí estaba, junto a *Las venas abiertas de América Latina*, *Cien años de soledad*, *Sobre héroes y tumbas*, *El arco y la lira*, y en fin, muchas de las grandezas literarias del continente. Yo había leído algunos de aquellos textos y me habían gustado. En un principio me gustaba casi todo lo que leía. Y allí estaba esa Rayuela, de tapas amarillas, con una cama doble, pero vacía en la portada y con la foto de Cortázar en la contratapa, además de una breve reseña de la novela. Casi seiscientas páginas, editorial Alfaguara, BIBLIOTECA CORTAZAR. ¡Biblioteca, señores, así habrán de verse algún día mis novelas, porque serán varias!, pensaba mientras dejaba pasar las páginas, echándoles un vistazo al tamaño de la letra.

Por un momento quedé absorto mirando la portada, es decir, la cama vacía y empecé a imaginarme ahí, recostado

con la cabeza de la bibliotecaria joven sobre mi brazo, con su pelo liso entre mis dedos, como acariciando a un gato que se duerme ante los mimos de su amo; aunque los gatos son asimismo ingratos, indolentes, imposibles, como una mujer recostada sobre el brazo de su amante.

—En diez minutos cerramos —dijo la bibliotecaria de las cinco décadas.

Salí de mi fantaseo. Un vistazo más en busca de la bibliotecaria perdida. Nada. Únicamente un tipo en el estante contiguo al que yo había consultado, que tomó algún libro y se sentó en una mesa del rincón. Me pareció que me miraba de reojo pero no le presté atención. Tomé en préstamo la novela. Salí. Compré un cigarrillo en la caseta de la esquina del parque. Gente, carros, yo.

FIN DE LA NOCHE 3 - SEMANA 4

CAPÍTULO 10

Había leído 7 capítulos, pero iba en el número 4. Así era esta novela, fuera del camino fácil. Yo había escogido la manera no lineal, al contrario de la primera vez, para componer las piezas de aquel juego, para llegar al cielo de aquella golosa. Encontré en esas páginas esta frase:

“No aprendas datos idiotas. Por qué te vas a poner anteojos si no los necesitas⁶”.

¡Qué frase! Me tendió a la lona de un sólo guantazo. Me metió un knock out, en inglés, o una trompada, en el español de mi tierra. ¿Para qué leer tanta mierda que no necesitaría ni nombraría siquiera en mi novela? Es más, ¿para qué diablos escribir? ¿Para qué tanta perorata? Un escritorcillo de aquellos que buscan fama, premios y entrevistas para lucir vanidosamente únicos. Pura mierda. Pura cháchara de vendedor de pomadas para el reumatismo.

Eso sería yo. Un vendedor de libros y no un escritor. Entonces me llené de ira conmigo mismo por querer llenarme de cháchara para luego echar cháchara a los que no la conocen. Consumo y producción. Capitalismo literario. Cerré el puto libro y me dirigí a la calle. En la acera frente a la casa me senté a contemplar la noche, mientras me fumaba un cigarrillo con un café sin azúcar. El cielo también sin azúcar, sin puntos blancos allí y allá.

Cada intento se me volvió un proceso, pensaba a la vez que se me ocurría escribir esa sensación apenas terminara de fumar y tomar café. La imposibilidad de escribir era la única conciencia clara hasta ese momento. Era lo único que detonaba el movimiento de mis ideas y de mi mano sobre el papel.

⁶ “Escribir salpicando citas es pedertería”... decía Cortázar. Y cada vez que me encuentro con algún pensamiento de este fulano se me antoja más y más un sabelotodo literario y yo más y más... Mejor será dejar de leerlo, aunque hay escritores con los que uno recuerda el sexo a los veinte años: un quiere estar todo el tiempo ahí, encima, dándole...

*He ahí el rumbo por seguir; es decir, el rumbo por perder, porque no se trataba de una historia como eje, eso estaba claro, no había podido despegar sino hasta ese momento en que, sentado en esa acera, me cayó esa manzana en la cabeza, a lo Newton, y descubrí la gravedad de mi asunto escritural. **La imposibilidad de escribir** era el problema y también el tema que daría cuerpo y alma a mi trabajo novelesco.*

FIN DE LA NOCHE 4 – SEMANA 4

NOTA DEL DOMINGO

Hoy comencé la lectura de otra novela llamada *Desencadenantes de sin límites*, la novela inédita de Jairo Restrepo Galeano. Si agrego este texto a Rayuela, eso suma alrededor de 850 páginas, con lo que optaré aumentar en una hora más la lectura de cada noche. Respecto de la novela que hoy comencé puedo decir que en un principio me pareció sobrecargada de imágenes poéticas que me saturaron. Pero la búsqueda del yo que entraba en un juego a través de historias paralelas y fragmentadas, llamó mi atención y me absorbió en su trama. Es como una especie de alcohol literario que poco a poco va introduciendo al lector en la multiplicidad de su dinámica narrativa.

Por lo pronto, continuaré su lectura. Me llama la atención su estructura más que el uso del lenguaje. Voy a ver en qué termina todo el asunto o los asuntos de la obra. Dos noches

más, a lo sumo, para terminarla y proceder a leer un texto teórico que viene anexo a la novela, puesto que ésta es fruto de un trabajo de grado en literatura. Justo el tipo de lectura que necesito para reflexionar sobre el mío propio. Parece interesante esto de escribir a la par de las lecturas porque se repiensa lo que se piensa mientras se lee.

Después del café y el cigarrillo olvidé por esa noche el caso Oliveira y sus ganchos al hígado con los puños hechos de palabras que reventaban mi ánimo de pensar, siquiera un argumento sensato para una novela. Regresé a la cocina, llené de nuevo el pocillo con más café sin azúcar y saqué otro cigarrillo. Regresé a la acera y me eché a divagar nuevamente. Un perro se acercó a mí y le lancé harto humo en el hocico. Estornudó y se marchó. Pensé en el cigarrillo.

Pareciera, por las biografías de grandes escritores, que la literatura tiene mucho que ver con el tabaco. Uno ve carátulas de libros de poesía, de novelas o de artículos sobre escritores, en los que el magno artista aparece con un puro o un cigarrillo barato. Esto parece acentuar el aire bohemio del individuo. Como si el hedor a nicotina, los dientes amarillos o las barbas desaliñadas fueran condición del genio. Recordemos a Gómez Jattin: abundante barba, los ojos hundidos y esquizofrénicos, que ya parecían fuera del mundo, como finalmente lo dejó la llanta de un carro. En él era la locura su condición de genio, esa locura por la escritura, por eso que tiene la vida que nos afloja los tornillos del cerebro, los hace escurridizos y ya no se recompone con nada.

Yo fumaba por arandela de intelectual megalómano, pero ni siquiera era intelectual. En el colegio y en la universidad todos nos sentíamos intelectuales y, por ende, incuestionables, porque habíamos leído el manual de convivencia, nuestros derechos constitucionales y una par de libros. Yo soñaba con gastar la vida consiguiendo títulos académicos o reconocimientos literarios como escritor. Pero resulta que con el tiempo no encajé más en ese calcetín lleno de pecueca erudita y que lo que quería era escribir sin creerme lo que tal vez nunca llegaría a ser: un escritor.

Fumar fue una de las pocas cosas que aprendí de mi padre. Como buen hijo de pobre sólo aprendí los vicios: bebida, cigarrillo, café, imaginación, los sueños. Mi papá siempre soñó con ser cantante de tangos. Cada vez que se emborrachaba llegaba a la casa a recoger una guitarra destartalada para devolverse a la cantina a deleitar a sus amigos, que tenían oído de polvorero y que en la vida habían escuchado tangos o milongas. Cuando mamá me enviaba a buscarlo lo encontraba trezado en feroz contrapunteo con don Carlos, el hermano de don Odilio, viejo borrachín y amigo de mi padre. Mi papá tocaba “La cumparsita”, de Matos y don Carlos le contestaba con “El ausente”, de Lupe y Polo. Luego mi papá seguía con “Cambalache”, que hecho famoso por Gardel y el viejo Charlie le contestaba con “Veinte años menos”, de Caicedo. Las recuerdo como si las estuviera escuchando porque eran las únicas que se sabían completas; el resto de canciones eran cantadas a cuotas y se completaban con un “bueno, por ahí era la cosa”. Un día, estando en medio de baile, guitarra y función, como Rin Rín renacuajo y su amigo,

Ratico, llegó doña Elisa y a son de escobazos sacó a don Carlitos para su casa, mientras a mi papá le gritaba: “Coja juicio, viejo borrachín, guitarrero de media arepa”. “La otra media es la de su marido, señora Elisa”, contestaba el agredido, pero a regañadientes porque la vieja era capaz de devolverse y darle una dosis de escoba como la que le acababa de administrar a don Carlitos.

Mi padre siempre fue cosa seria, incomprendido e incomprensible, sin tiempo y, por ende nunca pensó en el futuro. Era un hombre del momento, ese era su vicio. Pero el vicio no es la cosa, igual que la palabra no es grosería, porque no es sustancia, sino sola designación. Entonces, lo bueno y lo malo vienen siendo una vez más, pura cháchara, convención y en sí no existe el vicio sino dentro del discurso. Entonces, sea absuelto mi padre.

Entré de nuevo a la casa. Silencio. No puedo poner diálogo en esta escena. Apenas soliloquio y allí Rayuela, sobre el comedor, pero nada, hoy no quiero leer más. Tal vez mañana visite la biblioteca en busca de algún libro de pintura, porque ayer vi un cuadro surrealista de Magritte, “Invención Colectiva” y que me dejó gastando neuronas alrededor de la imagen de la sirena en la playa. Sentí cierto desequilibrio, cierto intersticio por el que se puede descubrir la realidad como concepto construido en las convenciones del lenguaje. Hacer conciencia de la ceguera, a partir de aquella pintura, en que he vivido me causa la sensación de una vida no vivida.

Dejé todos mis pensamientos de aprendiz de escritor a un lado y salí a comer.

FIN DE LA NOCHE 1- SEMANA 5

CAPÍTULO 9

Al regresar de la calle, ya sin hambre y más relajado, contemplé la posibilidad de escribir unas líneas para progresar en la acumulación de material para editar y poner en limpio más adelante. Pensé en comenzar la novela, planteando la imposibilidad de escribir como patología del escritor contemporáneo. Dicha patología como el ethos de su arte y, en consecuencia, el tema y problema de su escritura. Entonces busqué la libreta de notas en el cajón de la mesa de noche, me senté en el borde de la cama, miré en todas direcciones: el televisor, el equipo de sonido, el ropero, los libros, mi alcancía de ahorros para el viaje a Perú, crema para manos, el recibo del agua, un cuadro de Magritte, "Invención colectiva" (una reproducción), talco para pies, Rayuela con un separador de páginas en la número doscientos veintiséis, en fin, muchos motivos para escribir cháchara. Escogí empezar con las tijeras de cortar papel, y salió lo que sigue:

LA TIJERA

Entrar en la vida...como una tijera que rasga el papel; romper el universo, como se rompe el silencio con las palabras, para trazar una línea que es un vacío a la vez. A medida que cortas ella desaparece. Mi vida son muchas vidas y ninguna, son cortes de

una tijera loca movida por la beodez de una mano. Qué bien suena cada tijeretazo, como un paso sobre la hojarasca seca en el bosque, el papel escindido, vueltas y vueltas y más vueltas. Serpentean mis pasos, reptan con furia pero sin miedo.

Sé que debo llegar al fondo o a la cima de todo, por eso estoy aquí, como tijera que corta el papel de mi vida, sin importar que en el momento menos soñado se reviente, vuelen esquivas de verbos, de sustantivos, de silencio y de grito y que yo no encuentre el borde de la vía láctea. Pero caminaré en calma porque la prisa enceguece, desvanece la periferia y lo quiero ver todo, sentir con los ojos. Si he de quedar ciego usaré mis diez dedos para escudriñar y mis colmillos para sentir el sabor de las naranjas recién bajadas del árbol. Cuando se acabe el papel, entonces cortaré trozos de silencio, trozos de hierba, leaves of grass, si en lo más hondo del universo, de las palabras puedo seguir cortando, o, al menos, seguir creyendo que soy quien corta.

Estaba hecho. Tenía un nuevo comienzo para algo que no sabía si necesitaba, pues no me interesaba escribir una historia: no tenía sentido, para eso existen las telenovelas. Aquí se escribe para preguntarse, ¿qué? Pues, ¿para qué se escribe?

Ahora que recuerdo, estaba ante el dilema de “¿para qué te pones anteojos si no los necesitas?”. A la mierda Rayuela, la acera, el cigarrillo, el café, ir a comer. Recuerdo también que ese día decidí acostarme temprano, dejar de escribir en el papel, apagar el bombillo, cerrar los ojos y seguir escribiendo.

NOTA:

Darle fin al capítulo 9 lo más pronto posible. Los capítulos largos aburren al lector. De algo debe servir la estética de la recepción.

Aunque cerraba los ojos para dormir, en mi cabeza y de manera automática, procesaba reflexiones, variaciones, digresiones, contraposiciones, deposiciones metafísicas, metalingüísticas, metaficcionales, metaliterarias, meta, meta y meta. Una pensadera que no me deja dormir pronto. Amanecía trasnochado, los ojos más atrás del culo y de sobremesa me preguntaban mis congéneres que si me había emborrachado o que si había fumado marihuana. Los muy cafres sólo trasnochaban en lo que les era más cómodo. Los envidiaba y los compadecía.

FIN DE LA NOCHE 2 – SEMANA 5

A la mañana de cualquier día siguiente me levanté cuando faltaba un cuarto de hora para las seis. El sueño más desgraciado me había despertado quince minutos antes de que el despertador sonara, aunque ya en esa etapa en que uno no sabe si levantarse para ir a trabajar es peor que tener un sueño horrible. Soñé que era perseguido por una bandada numerosa de cuervos que querían picarme la cabeza. Yo corría a toda velocidad mientras les gritaba: “cuervos hijueputas, ¿por qué no se pican el culo entre ustedes?”

Los cuervos no entendían groserías en buen español, así que me dieron alcance y comenzaron a picotearme uno a uno en la coronilla, tac, tac, tac, tac. No paraban. Uno a uno, sin prisa, pero constantes. Me dolía la cabeza, a donde yo corriera, aquellos avechuchos continuaban persiguiéndome y picándome la coronilla. Me los sacudí con las manos hasta que no pude más y luego desperté gritando. Sentado ahora en la cama. Tac, tac, tac, seguía el sonido y ahí estaba... una gotera en el techo.

NOTA ACLARATORIA:

Finalizar el capítulo fue difícil porque no siempre tengo el hábito de escritor consagrado. Hoy comencé a escribir tarde, a las 11:30 de la noche. Antes estuve practicando el “Very very well” en mi guitarra, como para alejarme de tanto musiquita tediosa y después practiqué “Aquí no es así”, como para recordar algo íntimo.

Era temprano como para arreglarme un poco el desorden que a esa hora tenía por cuerpo. Decidí que podía escribir algo, pues nadie ha prohibido escribir a las cinco y media de la mañana, algo a modo de “polvo mañanero”, como dicen los casados. Seguí con los objetos como motivos de escritura, así que eché un vistazo alrededor. Había un sobre vacío de salsa de tomate y entonces se me ocurrió lo que sigue:

Conversación entre Lerner y Pink Tomate

- *¡A quién en sus siete vidas le gustaría volverse humano! Caminar en dos patas, que soporten todo el peso al punto de llenarse de várices, un olfato pobre y ni hablar de la visión nocturna, hombre, ¡malísima!*
- *Claro, Lerner, claro.*
- *Además, hablan todo el tiempo y cuando no lo hacen, entonces escriben, pero siempre de lo mismo: que se sienten solos, que su rutina es absurda, que Dios no existe, que el mundo huele a ratón muerto...bla, bla,bla, palabras. Deberían maullar, como nosotros.*
- *Claro Lerner. Amarilla escribe que quiere suicidarse porque le aburre el mundo...*
- *Es más, Pink, no tienen pelo más que en donde no lo necesitan, son deformes y se descomponen tan rápido que deben bañarse a diario.*
- *Cierto, pero yo aguantaría todo eso por tener una gata, como Amarilla, mierda, que no me persiga para matarme luego de que hagamos el amor...*
- *Claro, Pink, eso sí.*

FIN DE LA NOCHE 3 –SEMANA

VISITA III A LA BIBLIOTECA

Comentario Previo:

He revisado estas páginas anteriores, para retomar lo sucedido en mi segunda visita a la biblioteca. He encontrado que los tiempos de la narración saltan del pasado al presente intempestivamente y me pregunto hasta qué punto estos saltos temporales denotan un rasgo metaficcional; es decir, dentro del ámbito de la narrativa posmoderna que se opone a la univocidad y, por ende, a la linealidad de una trama narrativa en cuanto a tiempo e hilaridad organizada de los sucesos.

Mañana iré a renovar los dos libros. Apenas leí el capítulo 10 de Teoría de una novela sin título y no avancé en la relectura de Rayuela. El estudio ha estado demandante esta semana. Llegaré antes de las cinco, así tendré más tiempo para conversar con Diana, la bibliotecaria, le preguntaré dónde estuvo hace tres días, ella me responderá que no encuentra razón para responderme y fruncirá su ceño en señal de disgusto hacia el potencial psicópata que le pregunta tal cosa. Trataré de enmendar mi desatinado cuestionamiento diciéndole algo como: “discúlpame, quiero decir, extrañé tu orientación en mi visita pasada”. Ella me contestará algo así: “estuve enferma, pero ya estoy mejor, ¿en qué te puedo orientar?”

Pensaré rápidamente la manera de insinuar mi intención de invitarle un café luego de que cierren la biblioteca, por lo cual le diré: “muy interesante la novela que me recomendaste aquel día”. A esto ella responderá: “recuerdo tu cara, pero no recuerdo el libro que tú dices. En seguida le diré: “el de la biografía y la foto chistosa, que te llamó la atención”. Con una suave sonrisa ella contestará: “aahhh... la del loco, ya la recuerdo, qué bueno que te haya gustado”...

Luego, pensaré rápidamente la manera de prolongar la conversación y entonces le preguntaré: “me pregunto si puedes ayudarme a buscar otro libro, se llama *El arte de la novela*”. Se recogerá su pelo en una moña que fijará con el esfero y entonces me dirá: “busquemos por aquel lado”. Entonces la dejaré ir por delante para mirar con cautela el movimiento hipnotizador de su cadera. Me provocarán sus nalgas e imaginaré hacerle el amor en posición de perrito. Luego volveré a la realidad cuando ella diga: “aquí es, en este estante puedes buscar, rectificaré en el catálogo mientras inicias tu búsqueda”. Cuando ella diga que ha encontrado la referencia de ubicación yo ya lo habré encontrado y le agradeceré su ayuda con una sonrisa.

Entonces le diré que espero encontrarla en tres días cuando regrese a renovar el libro porque me agrada su orientación, ella sonreirá, dirá “siempre a tus órdenes”, dará media vuelta y se alejará entre los surcos de estantes. La seguiré con la mirada y sentiré un síndrome de abstinencia sexual enorme. Pensaré que ella me sabe mirándole su bello trasero y me la imaginaré sonriendo pícaramente, como quien le roba un beso a aquel otro que desea. Tomaré los

libros, saldré dando gracias a la bibliotecaria de las cinco décadas y me iré pateando piedritas de camino a casa.

FIN DE LA NOCHE 4 – SEMANA 5

Nota Suelta:

Esto es un juego, nada más que el juego de las palabras. Todas son juguetes que se prestan para que juguemos el juego y, más aun, nos lo creamos. Nada hay más acá ni más allá de cháchara como esta que se desparpaja en estos renglones. Los miro apenas sujetos a la hoja, tan verosímiles, tan ahí, hasta parecen reales, son y no son nunca, siempre y a la vez.

NOTA DEL DOMINGO

Anoche le comenté a Sánchez las ideas generales sobre mi trabajo de grado, le expliqué que lo que trataba de hacer era algo así como la novela de mis propios intentos de hacer una novela, sus procesos investigativos, imposibilidades como posibilidades de escritura y bla, bla, bla. Al final de mi explicación y dos o tres segundos después dijo: “no entendí una mierda”. Nos echamos a reír, pedimos otra cerveza, encendimos otro cigarrillo y empezamos, a hablar de otro tema y luego de otro y luego de otro, hasta que se acabó la cerveza. Fragmentación de temas y nada completo ni concluido, lenguaje, ambos con conciencia del carácter convencional de la cháchara en la que nos movemos, y con

conciencia de que investigar, sus tropiezos y hallazgos son en sí mismos, una nueva creación.

Llegué a la biblioteca poco antes de las cinco, como para hablar con Diana, la bibliotecaria. Voy a renovar los libros porque apenas leí el capítulo 10 de *Teoría de una novela sin título*, y no releí nada de Rayuela.

—Hola... ¿Dónde estuviste hace tres días?

—No encuentro razón para responder esa pregunta.

Observo cómo frunce el ceño en señal de disgusto hacia el potencial psicópata que vislumbra en mí y entonces me siento un atrevido sin par y un completo bobo. Trato de enmendarlo:

—Discúlpame, quiero decir, extrañe tú orientación en mi visita pasada —dije, con voz entrecortada.

—Estuve enferma, pero ya estoy mejor, ¿en qué te puedo orientar? —respondió, sin mirarme.

—Muy interesante la novela que me recomendaste el otro día —continué.

—Recuerdo tu cara, pero no recuerdo a cuál libro te refieres.

—El de la biografía y la foto chistosa que te llamaron la atención.

—Aahh, la novela del loco, ya la recuerdo, qué bueno que te haya gustado —contestó, ahora con una suave sonrisa.

Pienso cómo prolongar esta conversación...

—Me pregunto si me ayudarías a buscar otro libro, se llama *El arte de la novela*.

—Busquemos por aquel lado —contesta, mientras se recoge el pelo en una moña y lo fija con un esfero.

La dejo ir adelante y miro con cautela el movimiento hipnotizador de sus caderas. Sus nalgas me provocan y me imagino haciéndole el amor en posición de perrito. Se detiene y entonces volteo mi cara en otra dirección.

—Aquí es, en este estante puedes buscar, rectificaré en el catálogo, mientras lo haces.

—Encontré la referencia —me dice, después de un instante.

—Ya lo encontré, gracias.

Le sonrío y ella hace lo mismo, con ternura. Enseguida me acerco muy cerca y le digo:

—Espero encontrarte cuando venga a renovar el libro, en verdad me agrada tu orientación.

Sonríe nuevamente.

—Siempre a tus órdenes.

Da media vuelta y se aleja entre los surcos de estantes. La sigo con la mirada, retraído en un síndrome de abstinencia sexual enorme. Creo que ella me sabe mirándole su bello

trasero e imagino que sonrío pícaramente, como quien por fin le roba un beso a ese otro que desea. Tomo los libros, salgo dando gracias a la bibliotecaria de las cinco décadas y me voy pateando piedritas de camino a casa.

FIN DE LA NOCHE 1 SEMANA 6

NOTA DEL DOMINGO

Hubo una discontinuidad en la semana de escritura por diversos motivos, entre ellos una borrachera que duró dos días y me tuvo durmiendo profundamente después de volver del trabajo. Asimismo, frené la lectura de un ensayo sobre metaficción e investigación. Lo más prudente es retomar esas dos actividades esta semana. También tengo en *standby* la misión de terminar de leer Rayuela. Sé que puedo sacar dos lecturas en menos de un mes, sin dejar de escribir. Ahora mismo no sé si llenar el bache de las tres noches en las que no leí ni escribí mediante un redoble de trabajo esta semana, de modo que las noches faltantes se restituyan, o, más fácil, recomenzar en la noche 2 de esta semana y continuar como si nada.

Los lectores no lo sabrán porque sencillamente no es el diario de una novela, así que no hay fechas. Sólo elimino esta nota y asunto resuelto. Por otra parte, el bache puede ser motivo de escritura, de hecho en esta novela todo y nada son motivos de escritura, detonantes de la cháchara, del oficio de pensar hecho cháchara. Aquí no tengo un eje

central ni una historia lineal, tampoco tengo un comienzo, ni pretendo un final, por lo que lo único importante es retomar el ejercicio de escribir esta novela y de comprar otro block de papel tamaño carta.

FIN DEL BLOCK NÚMERO 1

Recuerdo de Riogrande

Aunque pasé varios años en Riogrande, las cosas que hacía eran siempre un espejo que reflejaba lo mismo, enseñar cosas que no se necesita a gente que no le interesa, quizás como esto que ahora estás leyendo, así que no vale la pena más que lo que concierne a los momentos de oscuridad, que son en los que sucede la vida más próxima a lo sensible. Recuerdo, por ejemplo, que cada vez que había un corte de electricidad en aquel pueblo se pensaba en dos causas: un rayo en los generadores o una incursión guerrillera. Nunca presencié ni lo uno ni lo otro, porque los apagones siempre obedecían a que el encargado de los generadores se emborrachaba y olvidaba agregarles combustible. A mí me gustaban los apagones frecuentes porque así era sencillo tener encuentros románticos con amores prohibidos que habían surgido con el tiempo y en medio del tedio de los días que sólo eran salvados por las novelas de la biblioteca municipal y la tienda de Clarita. Sin embargo, una mañana, los compañeros revoloteaban como

gallinas encerradas, porque la guerrilla había dejado un panfleto en la puerta de un salón. Sólo pedían discreción con lo que se dijera y buen uso de la lengua (cualquiera pensaría en literatos bandoleros) o de lo contrario... Todos muy asustados. Les pregunté que si acaso sufrían de alzhéimer o algo por el estilo. “¿Por qué?”, me preguntó una maestra vieja. “¿Acaso no recuerdan en qué país vivimos?”, le respondí. Me llamó “chistoso”, volteó el culo y se alejó.

BLOCK NÚMERO 2

CAPÍTULO 8

Entre los objetos que reposaban dispersos por la habitación también se encontraba mi caja de CDs, una cajita de madera que yo mismo había fabricado hacía ya muchos años. Los examiné como rastreando algún sentido oculto y relacionado con mi existencia. Todos eran de Rock en español y algunos de bandas anglo como Nirvana o Metálica, por ejemplo, que era lo que se había pegado entre los jóvenes pueblerinos de aquel entonces, género musical que se tildaba entre nuestros padres como de satánicos o, en su defecto, marihuaneros. Que qué era esa rochela tan estridente, ave María purísima, decía la abuelita de mi vecino.

Pensé entonces en dos asuntos. El primero: ¿por qué en vez de rock no escuchábamos carranguera? Segundo: ¿qué tipos de música funcionan como detonantes de la escritura?, asumiendo que la música funcione para tal efecto. Al primer asunto le atribuí el hecho de que la cultura de masas que se fue gestando desde la misma revolución industrial y que terminó por imponer sus dinámicas coloniales, económicas, políticas y, por supuesto, culturales, traspasando fronteras bajo el nombre de globalización. En conclusión, escuchábamos rock, en vez de carranguera porque nacimos en la cultura masificada que impone la ética y la estética de la masa dominante como lo aceptable, bello y bueno. Seguíamos siendo buenos salvajes, colonizados constantemente, avergonzados de lo propio, escondiéndole la cara al espejo por pena de encontrarnos, de reconocernos a nosotros mismos.

Yo empecé a escuchar Rock cuando entré a hacer parte del selecto grupo de estudiantes de bachillerato. Había aprendido a tocar algunas canciones de tango, de rancheras, de carrangueras y de guabinas que veía tocar a mi papá en sus ratos de descanso sobrio y otras veces en sus reuniones de borrachera. Pero en cierta ocasión, mientras estaba en el recreo, presencié cómo unos tipos de último grado se robaban la atención de muchas nenas hermosas y despertaban la envidia de los que no sabían otra cosa que obedecerle a los profesores. Ahí sentí el deseo de convertirme en el Carlos Santana boyacense.

Me compré un par de libros con los acordes de las canciones más reconocidas del rock en español y comencé a practicar hasta que no sentía los dedos o hasta que mi

papá decía: “deje de hacer bulla y póngase a leer”. ¡Valiente gracia: me cambiaba un vicio por otro! Una hora con “Lamento boliviano”, otra con “Vestida de cristal”, otra con “Entre caníbales”, otra con “Por qué no se van” y otra y otra y que se acueste y que deje dormir, decía el viejo y me cancelaba el concierto.

El segundo asunto me llevó a recordar El perseguidor. Allí el Jazz es fundamental, o en novelas como Qué viva la música o Nunca seremos estrellas de rock. Pensé que tanto más extendido y masificado un género musical, mayor sería su susceptibilidad de encajar dentro de la literatura. No me imaginaba un Qué viva la música ambientada con la Guabina en vez de la Salsa. Entonces me dio por escuchar algo de Jazz. Nunca me había interesado por aquellos géneros, más allá de un par de veces en que asistí a un par de conciertos gratuitos en la universidad. Abrí internet y escuché lo que sigue:

Título	Artista Intérprete
<i>Take Five -</i>	<i>Dave Brubeck</i>
<i>So What Gy -</i>	<i>Miles Davis – Blues</i>
<i>Take the Train -</i>	<i>Duke Ellington</i>
<i>Round midnight -</i>	<i>Thelcnious Monk</i>
<i>My favorite things -</i>	<i>Jhon Coltrane</i>
<i>All blues -</i>	<i>Miles Davis</i>
<i>Sing, sing, sing -</i>	<i>Benny Goodman</i>

Todo en inglés y cantado por negros. Ninguna de las dos cosas me incomodó, porque no soy blanco ni hermoso y además, aprendí inglés en la universidad. Cogí papel y lápiz para ver que fluía, pero no fluyó nada, a pesar del ritmo agradable de la música. Entonces descarté el Jazz como potenciales detonantes de la escritura. Probé en seguida, como ejercicio experimental, con Rancheras, Reggae, Bambucos, Rock, Clásica, Carranguera, etc. Nada. Me dio pereza. Sólo esto:

De fondo “La malsentada”, de Antonio Aguilar:

Ajuuuuuaaa prietita, de que los hay los hay, el problema es dar con ellos...

De fondo “Three Little birds”, de Bob Marley:

Me dan ganas de bailar y fumarme un dedo...

De fondo “Las diabluras”, de Velosa:

Jajajay jajay jay y más ganas de bailar y brincar...

De fondo “Lloran los guadales”, de Villamil:

Ahora me dan ganas de llorar, pobres guadales...

De fondo “Ojalá”, de Silvio Rodríguez:

¡No! Esta me trae recuerdos de una prima que ya tiene tres hijos...

De fondo “La plata”, de Diomedes:

Me recuerda que ando sin cinco pesos en el bolsillo, pobre universitario...

De fondo “Nothing else Matters”, de Metallica:

¡No! Lugar común de rockero de pueblo, como yo...

De fondo “La copa rota”, de Alci Acosta:

Lugar común de un viejo despechado y borracho...

De fondo “Vals para Elisa”, de Bethoven:

Ti-ru-ri-ru-ri-ru-ri-ru-riiii---ru-ri-ru-riiii—ru-ri-ru-riiii... Y me recuerda a don Jorge, el heladero, en su carrito de pedal.

Con esto sentí que en vez de detonar algo, peor aún me desconcentraba de mis grandilocuentes objetivos literarios. Concluí que escuchar música no solucionaba el problema. No así me sucedía al pensar en la letra de alguna canción que me gustaba, como si las palabras detonaran más palabras.

CAPITULO 7

El texto como juego. Todo esto es en sí un juego en el cual no soy jugador sino ficha. Una mísera ficha disfrazada de estudiante. Esto es como un juego de ajedrez en el que cada movimiento es premeditado por cada jugador sin que las fichas puedan hacer otra cosa que esperar la cadena de consecuencias. Pero aquí, dentro del texto, las reglas son otras, las posibilidades se bifurcan una y otra vez y se hacen infinitas.

Cuando se trabaja con las palabras, con su artificiosidad, con esa materia tan voluble, uno se da cuenta de que puede hacer con ellas cuanto se le ocurra y aun así puede decir que está investigando, porque, ¿acaso investigar no tiene que ver con el acto mismo de descubrir? Aquí voy descubriendo (aquí dentro del texto), voy pensando, si es que el verbo pensar permite presentar una idea de contemplar, desde la conciencia, el lenguaje en el que nos movemos, en el que somos y vivimos. Es asombroso pensar

que estoy construido con palabras, hecho de palabras y que, al igual que ellas, puedo ser materia relativa, maleable, amorfa.

Entonces... ¿Quién soy yo? ¿Qué soy yo? Preguntas prehistóricas, pero vigentes. Cómo aceptar que se es una acumulación de lenguaje, de mundos posibles, de convenciones y transgresiones, de significantes y significados sin los que este referente, por más vivo que crea estar, no tendría conciencia de ello mismo.

Con esta cantaleta comencé una más de tantas notas. Se me vino a la mente luego de revisar una investigación sobre autorreflexividad e investigación dentro de la novela metaficcional. Justo para aclarar algunas dudas de mí trabajo; bueno, mi trabajo en sí mismo es una duda, un montón de titubeos y empujones hacia quién sabe dónde. El trabajo investigativo del que hablo es bastante prolijo en su marco conceptual, con lo que me deja aturdido en este primer round. Sin embargo, entender el texto como juego y como mundo posible me deja una sensación de libertad creativa desde el texto metaficcional.

FIN DE LA NOCHE 2 SEMANA 6

YO NO ME LLAMO BARTLEBY

Se levantó como de costumbre. El agua y la mañana fría le penetraron los huesos. Se preguntó por qué tenía que hacer esto, pero miró a su alrededor y dio gracias por su trabajo, de no ser por éste quién sabe cómo andaría. Bebió un sorbo

de café y pensó retractarse de dar gracias por su trabajo porque de no ser por este estaría conociendo el mundo. Sacudió la cabeza y salió presuroso, dejando de lado sus complicadas reflexiones matinales. Durante el día estuvo muy concentrado en sus cuestiones, recordó a su mujer en aquella ocasión en que había de decirle que también quería tener un hijo. Después de unos segundos su maldita y cada vez más frecuente manía de pensar y pensar le hizo recordar aquella idea como una patraña para justificar la pobre existencia de las personas, su triste deseo de encontrar lo que llaman felicidad en algo distinto de sí mismo, algo extrínseco. Una idea fruto de la invención colectiva, como las sirenas de los griegos o como su antítesis en la sirena de Magritte.

A él le parecía que inevitablemente la realidad es forjada con invenciones colectivas, no quiere decir que encierre algo similar a la verdad, la cual, en sí misma, es otra invención colectiva, igual que la felicidad, la religión o el amor. Mejor describe el amor, por ejemplo, Platón en El banquete, como ese deseo de lo que no se tiene, deseo de lo bello y lo bueno. Todo esto, por supuesto, es la realidad humana; es decir, que en la convencionalidad del lenguaje abstraemos el mundo, que es por sí solo independiente del lenguaje, para crear nuestra realidad y sus mundos posibles.

Todas estas cosas pensaba él, mientras sentía que la vida le pasaba frente a su rostro como un montón de hojarasca aventada por la brisa en todas las direcciones. “Putá mierda”, se dijo y cogió la guitarra que estaba a la derecha de su escritorio. Comenzó a tocar un son cubano y a cantar

los Versos sencillos de Martí, para soportar el frío de aquella sala.

De regreso a casa trató de impedir que las palabras le armaran complicaciones metafísicas o existenciales dentro de los sesos. Mejor prefirió mirar el trasero de las damas que alcanzaba a su paso, para contemplarlos y tratar de entender cuál era ese aspecto tan apetecido por los hombres en aquella parte tan rudimentaria del cuerpo de las mujeres. Pensar en aquello ya era otro acto de inquietud incontrolable de su cabeza, una hiperactividad cerebral inútil. En nada cambiaría las dinámicas de su mundo actual.

Recordó que tenía pendiente terminar Rayuela, aunque le hubiera mandado a la mierda poco tiempo atrás. Tal vez sería bueno ir a leer en la biblioteca, pues aquel lugar tendría menos olor a soledad. O tal vez sería mejor dedicarse a la poesía, pero se hallaba un ignorante en aquellas artes. Le gustaba, sí. Le maravillaban ciertos poemas que le tocaban las fibras internas y le hacían vibrar el alma. Pero era muy poca la poesía que había leído y menos la que había vivido. Recordó entonces “Ítaca”, aquel poema de Kavafis y sintió miedo de jamás encontrar su isla, pero se calmó con unos versos de Franco:

“Boomerang: después de haber ido por el mundo en busca de la mujer amada, encontré que vivía en la casa de al lado”.

Pronto llegó a su casa. Se quitó la gabardina impermeable y entró directamente al baño. El viaje le aflojaba la vejiga. Pensó que ese sitio tan ordenado y tan vacío no podía ser llamado “casa” pero, si había un comedor, una nevera, una

estufa, un sofá y unas poltronas comodísimas, además de dos televisores, dos camas y todo aquello que se necesita en aquel lugar, ¿por qué no sentía aquello semejante a una casa? ¿Talvez porque no había una mujer, ni olía a café? Talvez porque el olor de la soledad y el sonido del silencio eran lo único que le esperaba dentro de aquellas paredes.

Pensó en el suicidio. Sonrió. Recordó aquella ocasión, cuando apenas alcanzaba los diecisiete años, en la que se puso un revólver viejo, que era de su papá, en la sien derecha, con las seis balas en el tambor y con la seria y tranquila decisión de mandarse a dormir de una vez por todas y para siempre. Volvió a sonreír y pensó que tal vez hubiese sido mejor que aquel estruendo repentino sobre la puerta, que lo sobresaltó tanto y le hizo desaparecer su idea de suicidarse, no le hubiese interrumpido. Así no tendría que estar ahora tragándose sus amargas reflexiones, una tras otra como las ráfagas de los fusiles que vuelven trizas vaporosas el ánimo de la gente por estas latitudes. Pero no tenía deseos de preocuparse por temas sociales. Hacía tiempos que le habían dejado de interesar los actos filantrópicos.

Dejó de lado su recuerdo suicida y se dirigió a la cocina. Preparó café y salió al patio para fumarse un cigarrillo. Pensó que debía terminar Rayuela pronto, porque estaba cansado de avanzar a poquitos con este libro y al final no recordaría más que el título. Le incomodó acordarse de su prospecto de su escritura sin progresos últimamente. Había que escribir algo aquella noche, como para no perder el ritmo. Se dirigió a la pequeña biblioteca de su estudio y buscó la novela de Cortázar, leyó algunos capítulos y se

estremeció con la simetría que le causaba la relación de Horacio y la Maga con la relación que él sostenía con su mujer. Mundos diferentes, queriendo unirse y separarse al mismo tiempo, quién sabe por qué diablos, ni para qué demonios.

Pobre diablo. Las morellianas lo desconcertaban, le dislocaban el entendimiento. ¿Cómo ese Cortázar, argentino del carajo, podía develar tanto pensamiento, a través de ese Morelli? ¿Cómo ese Morelli ya no dependía de Cortázar y parecía ser otro mismo a la vez? ¿Cómo llegaba con tanta lucidez y propiedad a las raíces de lenguaje?

Frente a estas cuestiones él se percibía a sí mismo como una larva de escritor, se disgustaba consigo mismo por su grandísima ignorancia y entonces cerraba el libro. Pero no pasaba mucho tiempo antes de que lo volviera a abrir. Era como un juego en el que se debía llegar a la meta para abandonarlo por completo.

Miró el reloj. Se lamentó de haberlo hecho porque pensó de manera triste que de nuevo tenía que dormir solo, sentir el tic tac midiendo el escape de su vida por entre el segundero sin hacer nada más que perder el tiempo y esperar, como si en esto consistiera la vida. Como si la vida fuera como las palabras, que están ahí, aparentemente a nuestro alcance y de repente no las podemos ni tocar.

Sintió que no podría tocar su propia existencia, sino que apenas podía hacerse a una idea, una representación con sus pensamientos, sus recuerdos, sus ideales, todo hecho de palabras. No le quedaría otra alternativa que buscar en ellas la manera de construir el bote que le ayudara a

escapar del castillo de Han en el que se había convertido su vida. Entonces, papel y pluma en mano, comenzó a remar impasible por entre los renglones que ondulaban como olas repletas de palabras...

Escribía de todo y de nada. De todas maneras ya sabía, estaba convencido, al menos, de que toda esa palabrería no era más que cháchara. Pero también reconoció que en el ejercicio de escribir esa cháchara radicaba la gracia de su escritura y quizás de su vida misma, sus preguntas. En el acto de escribir desde la conciencia de su impotencia para escribir, surgió algo que lo maravillaba. Surgió un movimiento del pensamiento, una conciencia, un desdoblamiento hacia un estado de conexión con el cosmos de las palabras.

Volvía a detenerse y volvía a releer. A veces encontraba las ideas confusas y otras veces descubría verdaderas epifanías. Pero en continuar la escritura se hallaba la verdadera revelación de la existencia, de la mera y física nada como eje estabilizador del tiempo y del espacio. Ni Einstein le hubiera entendido esa teoría y, sin embargo, él la tenía más clara que una división por uno. Le surgían preguntas como:

¿De qué manera escapar a la alienación de la palabra si todo lo que creemos ser esta hecho de palabras?

¿Cómo pensar la realidad, cuando ella es una construcción relativa, provisional y lingüística?

¿Qué fue primero: el pene o la vagina?

¿Por qué si las palabras son abstracciones causan sensaciones tan vívidas?

Sintió que le dolía la mano, por lo que decidió dejar de escribir. Se dirigió a la cama con Rayuela en mano y leyó el capítulo en el que Oliveira se emborracha con la clocharde que le hace un poco de sexo oral antes que la policía los coja y se los lleve a patadas por el culo.

FIN DE LA NOCHE 3 – SEMANA 6

CAPÍTULO 6

En el capítulo anterior...

Aquel capítulo lo devolvió al recuerdo juvenil en el que visitaba por primera vez un burdel en compañía de sus amigos. Por aquella época los hombres mayores decían que un hombre se hacía hombre cuando “comía” hembra. Esto era tener sexo por tenerlo, por decir que se sabía cómo era una vagina o los senos de una mujer, por tener una eyaculación con algo diferente que su propia mano.

Recordó su sensación de asco, al principio, no por la mujer, sino por él mismo ante la poca dificultad que aquella manera de obtener las cosas le ofrecía. Cuando se sintió dentro de la mujer, su asco se transformó en un goce extraño, como triste, como una mañana de lluvia en la soledad de la cama. Los gemidos de la prostituta le estimulaban la libido, aunque los sabía fingidos porque apenas si empezaba el acto que, por cierto, no demoró mucho, efímero como el olor de un pedo.

Ella se vistió en menos tiempo del que gastó quitándose la ropa, mientras lo miraba compasiva, como luego de hacer una obra de caridad. Él se puso la ropa interior, sus pantalones y sus zapatos de tela. Miró el condón repleto de su semen juvenil y sintió que hubiera podido ser de otra manera, pero se consoló con el hecho de que la puta tenía un buen par de nalgas, que había apretado contra su pelvis mientras se la “comía” en cuatro patas.

Se reunió con sus compañeros que lo esperaban en una de las mesas cercanas a una tarima en la que otra mujer disfrazada de enfermera (mientras la miraba deslizarse por el tubo, recordó el día en que se partió la clavícula izquierda y una enfermera anciana y malacarosa le quitó la camiseta; entonces batió la cabeza y sonrió pícaramente) hacía poll dance. Se terminaron lo que quedaba de la cerveza que habían pedido al entrar. Ya eran hombres. Olían a látex, a cerveza y ahora tenían un gran motivo para fanfarronear el lunes en la clase de siete.

FIN DE LA NOCHE 4 – SEMANA 6

Cuando llegué de la biblioteca volví a recordar el cuerpo de la bibliotecaria joven...“Eso, por supuesto que no puede ser cháchara”, me dije. A leguas se veía su hermosura físicamente única. Digamos que no era un cuadro del anciano pintor Wang Fó, pero sí lograba causarme una pulsión intensa que, por algún motivo, me generaba deseos de ir en busca de cualquier libro cada tercer día, so pretexto de verla, de hablarle, de alguna tarde invitarle, por fin, un café.

Respiré hondo y me tendí sobre el sofá. Abrí aquel libro de Kundera y comencé a leer...que las novelas de todos los tiempos apuntan al enigma del yo, dice don Milan. Entonces, ¿cómo va el “enigma del yo” dentro de una novela metaficcional, si pareciera que allí el yo se desvanece como artificio mismo del lenguaje?; es más, el yo sólo existe como efecto de estar inmersos en el lenguaje, por cuanto estaría primero el lenguaje que el sujeto. Ehh, qué cosas digo. El punto es que me parece que ese yo y su enigma se desestructuran en la escritura metaficcional para tener, por fin, conciencia de su carácter inasible, de su imposibilidad de ser fuera de las palabras y entonces armar algo nuevo, algo más autoconsciente de su naturaleza fragmentaria e inestable que busca comprender al máximo las dinámicas de aquella fragmentación, más allá de querer explicarlas.

FIN DE LA NOCHE 1 – SEMANA 7

Nota:

Pensé que podría ir mañana a la biblioteca a leer allí un rato. Así tendré más posibilidades de entablar charla con la joven y, hacerle, de una vez por todas, la invitación al café.

CAPÍTULO 5

El día transcurrió como de costumbre. Las clases a la misma hora. Los estudiantes sentados en la fila india (india como los indios de Colón: sometidos por la corona. La corona del saber, para este caso). La mierda flotaba en todas las direcciones, propulsada por la boca de los maestros. Hacía pin-pon-pan en las caras de los estudiantes e iba a depositarse en sus libretas. Un juego de total hipocresía cuya elemental razón radica en recibir un diploma al final de la carrera. A nadie le interesa la mierda más que, en apariencia, al maestro. Alguna estudiante se saca el mugre de las uñas, piensa quizás en el pene de su novio. Otra cruza las piernas para que el maestro se las mire y tal vez le suba la nota al final del periodo. El maestro piensa en la vagina de su esposa o en la de su amante y las compara mentalmente. ¿Cuál es más lúbrica, cuál es más rica, cuál es más apretada? Se siente afortunado por la posibilidad de escoger. “El que no estudia, no será nadie en la vida”, dice el maestro.

“Viejo marica”, piensa Julián, el de la primera fila, mientras pega un moco en el interruptor de la bombilla. “Esto les será útil algún día (todo el discurso es preventivo; no práctico)”, dice la maestra para justificar el trinomio cuadrado perfecto que a nadie le interesa, más que a dos o tres que se creyeron lo de “ser alguien en la vida”. “El verbo TO BE es fundamental”, says the teacher. She thinks she is the center of the universe; a universe made of shit. Julián would like to kick her ass after putting taking out her tongue out of her mouth. En historia, los egipcios, la fértil planicie indogangética, la Mesopotamia, el Adriático y la patria boba no logran captar la atención de Juliancito. Él está convencido de que no será nadie en la vida, porque no sabe ni la mitad de las cosas en las que cree. El timbre suena y todos corremos a llenar nuestros estómagos: esa es una necesidad vital del mundo, nuestro mundo.

FIN DE LA NOCHE 2 – SEMANA 7

Era sábado en la tarde y quería ir a la biblioteca, pero hubo una de esas entretenidas reuniones que no parece importarle más que a dos o tres profesoras viejas que no tienen nada que hacer después del trabajo, tanto así que prefieren escuchar la cagada de elefante que sale de la boca del director y que apesta a ajos y vinagre. En la reunión me comporté bien y desprecié, como de costumbre,

a aquel montón de lacayos que me llamaban compañero⁷. Aunque hay uno o dos que no cabían en la calada porque parecía que presentan otras patologías también típicas de nuestra raza: el arribismo y el egocentrismo. Parecían escritores de novelas.

Mientras transcurría la diarrea de palabras ministeriales del director, recordé que en mi carpeta había unas fotocopias, que había empezado a leer, mientras los estudiantes de último nivel leían del Nuevo Testamento y en inglés el evangelio según San Marcos. Las saqué para leer, aprovechando mi posición entre las últimas sillas, como aquellos bribones que buscan hacerse invisibles al ojo controlador para cometer sus fechorías. Era El evangelio según San Marcos y yo había quedado con deseos de saber que le pasaría a Espinosa, luego de haber poseído carnalmente a la hija del capataz. Empecé a leer.

A medida que avanzaba en la lectura me hacía salivar, como si aquellas palabras que entraban en mi cabeza tuvieran olores y sabores apetecibles a mi deseo. Pensar como efecto de aquella carencia de un “no sé qué”, de “ir más allá”, de mirar que hay después del límite, de comprenderlo todo, inclusive la teoría de la relatividad o el amor. Todo esto llevaba mi atención a un deseo de comprensión, no de verdad, óigase bien. Pero qué tal que comprender implicara descubrir la verdad: ¿Cuál verdad? ¿Con qué fin? ¿Y luego qué? ¿Se podría construir un sujeto

⁷ Este tipo de discurso se me antoja megalómano. El yo que habla se presenta como depositario de la verdad absoluta desde su decadencia y desesperanza existencialista. Ha de ser, por supuesto, las buenas horas de lectura de Bukowski o de Vallejo. A veces me agrada escribir en este tono que libera algunas iras reprimidas hacia acontecimientos cotidianos y mediocres por su misma trivialidad e irrelevancia, igual que estas líneas, por ejemplo.

nuevo, acaso? Preguntas y más preguntas. La esencia de pensar no se me antojaba en las respuestas, sino en las preguntas, detonante eterno del juego perpetuo y poderoso porque una vez se resuelve una, ésta da luz a otras.

Leía y pensaba, leepensaba, leemasticaba, leeructaba, leedefecaba y volvía a leer, como si en verdad las palabras estuvieran hechas de carne, como si fueran lo que dicen ser, lo que representan, como si no desbordaran los límites de lo tangible, de lo real.

FIN DE LA NOCHE 3 – SEMANA 7

LA TESIS

Definitivamente vivimos amarrados a este puerco mundo; uno se amarra los zapatos, se hace el nudo de la corbata, se abrocha los botones de la camisa, se abrocha la correa del pantalón, se abrocha el cinturón de seguridad en el automóvil, estudia (se amarra a preceptos, conceptos y dogmas), se consigue un trabajo y desea que le dure hasta que muera, al igual que la pareja que consigue y en quien deposita toda clase de confianzas y esperanzas que no son otra cosa que el develamiento del propio abandono de la época.

Por esto, uno puede concluir que el hecho de amarrarse es un fenómeno congénito o inherente a la psique humana y que por tanto, atarse no tiene por qué causar desazón en el espíritu. Pero, ¿qué sucede, cuando, por algún motivo, se disfruta más bien, el placer de soltarse los zapatos, el cinturón, desabrocharse los botones de la camisa, lanzarle

un escupitajo al mezquino aquel que se tiene por superior, abandonar la pareja, soltarse de todo y experimentar la desnudez del alma?.

No sé en qué medida esto tenga algún asidero teórico en el psicoanálisis o en alguna otra ciencia, aunque no es que en realidad me interese saberlo. Lo cierto es que, en ocasiones, y en casos como el mío, uno logra muy pocos momentos de plenitud, de completud, o cualquiera que sea el sustantivo, quien lo creyera... en el despojo, en esa sensación de saberse solo en el mundo, para recogerse en sí mismo. Sí, como lo oyen, en el despojo, pero con una conexión visceral al movimiento del universo, del viento, del sol, de la lluvia, de las notas bellísimas del canto de los pájaros y de todo estímulo que permite el acceso a la epifanía del despojo. Es bueno, al menos y de vez en cuando, despertar solo, acostarse solo...

FIN DE LA NOCHE 3 – SEMANA 7

NOTA DE DOMINGO

No hubo mucho por hacer: una película que no me gustó, algo de sexo que sí me gustó. En la casa y sin plata, cual asalariado a fin de mes. Esperemos que esta semana sea breve y que los cristianos del colegio me paguen antes, al menos para comprar otro esfero, o me veré en la penosa tarea de robarle uno a algún estudiante. Me preocupa el hecho de que se me caiga el pelo últimamente y que se acerque la fecha para enviarle el borrador del trabajo a la

tutora. Tendré que hacer dos cosas: escribir los viernes y comprarme un champú de sábila...

Digamos que lo que escribí la noche anterior fue la síntesis del diálogo que sostuve con un amigo de toda la vida, en uno de aquellos bares en los que nos gustaba sentarnos para hablar de todo un poco, a reflexionar sobre las mismas cosas de siempre, pisoteadas desde siempre (el sentido de nuestras vidas, la alineación del lenguaje, del estudio, del trabajo, de los medios, del matrimonio, sobre pedagogía, la educación en Colombia y otras causas perdidas); a tomar cerveza, escuchar rock, los tangos de Gardel, salsa, vallenatos viejos, carrangueras de Velosa, algo de jazz y todo el híbrido musical que habíamos coleccionado desde que nos hicimos amigos en la época del colegio.

Hablamos de todo ello con un pesimismo sartreano, casi opuesto a las ansias de recorrer el mundo, que en ocasiones nos inundaban como un río que se desborda sobre los campos a mitad del invierno. Una paradoja, eso éramos, una canción de Nirvana, un poema de Neil Franco vs uno de Jattin, Hitler y Ghandi, Tom y Jerry, Batman y el Guasón, todos en uno sólo, como un gran doctor Jekyll y Mr Hyde. Una pasión inútil, como diría Sartre, quizás como el hecho de escribir, buscándole sentido a lo que es absurdo en sí mismo.

Después de un rato de metafísica y reflexión inútil concluimos que la ignorancia habría sido una elección cómoda ante la vida, pero a la siguiente cerveza

pensábamos que esa actitud era lo que empobrecía los espíritus y que lo mejor era ponerle ánimo a las cosas. Luego pedíamos al barman una canción de Cerati, “Entre caníbales”, y hacíamos silencio para dejar fluir aquellos sonidos que a nuestros oídos se presentaban como una inspiración para seguir la charla en un eterno retorno.

Pero esta síntesis de borracho se quedó dando vueltas en mi mente, igual que un solo de guitarra que se desliza en el aire y te eriza la piel por la perfección de su composición. Y se quedó ahí porque fue el fruto de preguntas alrededor del afán por comprender eso que teníamos por realidad. ¿Seríamos acaso como aquel cuadro sobre el caballete, en La condición humana, de Magritte? ¿Representaríamos justo aquello que creíamos no ser o éramos justo aquello que no podíamos descubrir? Podíamos ser cualquier cosa.

FIN DE LA NOCHE 1 – SEMANA 8

MARZO⁸

Nuevamente retomé mi libreta de escritura que había abandonado por más de tres o cuatro semanas. Escribí

⁸ No interesa de qué año en realidad. Solamente quiero darle un toque de intemporalidad al asunto. Miren ustedes a Chaplin y se darán cuenta...

algunas notas en que luego acomodaría en cualquier parte de mi libro. Leí sobre la autobiografía de San Agustín, pero pensé que debía sacar un tiempo para leer el libro directamente y para visitar a la mujer de la biblioteca. También encontré algo sobre el diario como una forma entre las escrituras del yo, con lo que me quedó rondando la idea de que éste permite un recuento o una impresión de lo que solemos llamar yo, no en el sentido que lo unifica, sino en el que deja ver sus variedades sin el prejuicio de cualquier texto que se escribe para ser publicado. Aquellos intersticios por donde se cuele lo cotidiano, lo que se oculta, lo que no se prefigura sino que se vive.

Pensé que quizás estas lecturas, sumadas a algunas citas, me podrían servir para continuar el trabajo con mi novela (lo que hasta ahora había escrito) que, por cierto, había de releer para recordar su rumbo, si es que lo tenía. De lo contrario, seguiría escribiendo sin rumbo como único rumbo de este ejercicio de buscarme en las palabras.

Nota:

Mañana revisaré las otras notas que andan desperdigadas en hojas sueltas para retomar las tareas de escritura que no han sido resueltas y dar cumplimiento a, por lo menos, una.

CAPÍTULO 4

Una clase diferente...

La rutina era como un alfabeto ordenado de sucesos. Iba a estudiar, quería ser escritor y tenía que trabajar en lo que

fuera para pagar las fotocopias o comprar libros de segunda. Hacía correcciones de estilo, le hacía la tarea a un amigo perezoso o hacía relevos a un amigo taxista. Conseguía algún dinero, reemplazando por horas a una maestra vieja y enferma de una rodilla y del coco, en el colegio en el que cursaba una práctica final.

Había que soportar de todo a cambio de unos pesos, prostituirme en cierta forma. Como es de esperar, las cosas en aquel plinto del saber sucedían de las maneras más inesperadas, lo cual es apenas un comportamiento humano típico. En una ocasión un fulanito del noveno grado lanzó un pupitre hasta mis pies, luego de que yo le sugiriera que cambiara de lugar, puesto que llevaba buen rato de la clase sosteniendo charlas con su compañero de al lado, por supuesto sobre algún tema que no tenía nada que ver con el problema que se estaba pensando dentro de la clase de literatura.

—Miguel, ubíquese en la primera silla de su fila, por favor.

—No quiero, profesor.

—Mire, chinazo: usted y su amigo están causando interrupciones. Si desean hablar de otras cosas pueden retirarse, conversar y luego regresan con disposición, pero si quieren continuar en la clase guarden silencio, presten atención y hablen sólo si es para aportar una pregunta, un comentario, un ejemplo, una propuesta, qué se yo. Decida entonces qué hará...

—No quiero cambiarme de silla, ni salirme...

Admito que cuando un bárbaro pone las cosas de este modo, sin culpa, puesto que es otro hijo de esa herencia violenta y mezquina que nos dejó el sancocho racial de la conquista, uno tiene que sobreponerse a esa adversidad para no generar una reacción en cadena. Pero como yo también tengo la misma raíz bárbara, me entraron deseos de moler a trompadas al pingajo. Entonces me dirigí a las últimas bancas donde estaban (durante el breve recorrido me pregunté qué hubiera hecho Piaget en mi lugar...), risueños, el indiciado y su amigo, me detuve frente a él y lo encaré:

—No me rete señor, no se pase de cerdo conmigo, porque si me lo propongo puedo ser el rey de los marranos...

— ¿Qué va a hacer, entonces?

Y volteó la silla luego de ponerse de pie rápidamente. Ahora sí que se fortalecía en mí la idea de ponerle un gancho derecho en su carita de soberbia impúber, pero yo era el profesor y todos los demás borregos estaban lelos, a la expectativa de la escena, como quien mira Psicosis, de Hitchcok.

Me contuve. Maldije mi situación. Lo miré directo a los ojos y vi mi reflejo, me parecía tanto a él. Me miró sin pestañear. Era su ego contra el mío (e.g.o = el gran oponente).

—Me es extraño su comportamiento. Tiene la opción de quedarse y cooperar con las normas o puede retirarse. Elija una opción y haga lo que considere mejor (aquí no ganaría el más maleante, sino el más ingenioso; de eso trata la pedagogía).

El discípulo esgrimió una leve risita, recogió su pupitre y se dirigió al primer sitio de su fila. Yo me senté, algo exaltado, fingiendo una serena, pero enorme seriedad, mientras por dentro me decía: “¡tanta mierda y tanto alegato para que el nene se sentara de nuevo!”. Pero entre tanto, lo sucedido fue algo que le cambió el matiz plano al día y me puso a cuestionarme sobre mis recursos disponibles para sortear casos como el mencionado, en el que no hay investidura que valga más allá del uso de las palabras. Pensé entonces que un escritor y un profesor se valían de la manipulación del lenguaje en su favor, algo así como los abogados o los políticos con la demagogia a flor de piel. El éxito radicaba en la habilidad retórica y nada más.

CAPÍTULO 3

Lluvia

De regreso a casa se soltó un aguacero. La gente corría como si fueran a perder la salida del arca de Noe. Me metí en el club de ajedrez, que quedaba en el pasaje del centro. Había un par de viejos sentados frente a un tablero, inermes como fósiles. Pedí una cerveza y me senté a verlos. Después de unos instantes uno movió el peón que estaba frente a la reina (era la primera pieza que se movía). El otro meditó un buen rato e hizo el mismo movimiento. Me aburrí.

Pensé en ir a la biblioteca, pero estaba a más de diez cuadras. Me ahogaría antes de llegar. Me moví hacia una

silla cerca de las ventanas nubladas y limpié un vidrio con el codo para ver la lluvia. Llovía, como en Mientras llueve y pensé en que muchos adoraban escribir de la lluvia, componer canciones y escribir poemas, pero no les gustaba mojarse. Ahora llovía y a mí no me gustaba mojarme desde la secundaria, ni mucho menos me sentía capaz de escribir un poema a la lluvia, como tal vez sí lo hubieran hecho los Chibchas y todos los ancestros que en verdad adoraban el agua.

Cuando aquí llueve muchos maldicen: “aguacero tan hijueputa”, “qué lluvia tan perra”, “mojé los zapatos, qué mierda”. Ya no somos gente de lluvia, ni de poesía, ni de palabras, porque nos salen huecas, como humo de cigarrillo. La veneración por el agua solo era cosa de los mitos indígenas. Aquí corremos como gallinas para amontonarnos debajo de un techo o de una paraguas y lanzar maldiciones, pero si llega el verano, todos a rezar porque qué falta que hace el invierno y a correr debajo de un árbol o de una sombrilla. ¿Quién habrá de tenernos contentos?

El teléfono me sacó de mi reflexión. Una mujer llamaba para unas clases de inglés. Su voz era sensual. Le dije que de pronto el sábado, que tal vez en la mañana o en la tarde, que le llamaría en cualquiera de los casos para fijar la hora y el lugar. Llamadas telefónicas. Interrumpían todo: un orgasmo, una película, una deposición⁹, una clase, un

⁹ En el manuscrito escribí la palabra *cagada*, y ahora que transcribo al computador se me antoja disonante, burda; la reemplazo, pero al instante me cuestiono la decisión, puesto que he dicho en muchas ocasiones que las palabras son mera representación, con lo cual el referente no se afecta por cualquiera que sea el significante que lo defina, hablando en términos dentro

poema, un libro, la lluvia, una cirugía de próstata, una borrachera, la masturbación, una misa de sanación. Ojalá dios no tenga teléfono y si lo tiene, que lo conteste cuando pienso que existe, a ver si oye mis pensamientos o mis plegarias escépticas.

Dejó de llover, pero pedí otra cerveza y seguí mirando por la ventana. Pagué y al salir vi que el viejo que inició la partida ahora movía el peón que estaba en frente del rey (tercer movimiento). Llegué a casa. El piso inundado. La teja rota. La casa no era mía. ¿Quién tenía casa? ¿Qué era la casa? ¿Acaso un montón de ladrillos? ¿Acaso una palabra o, acaso dos: tú y yo? ¿El sexo que se agotaba como se agotan las hojas de esta libreta repleta de frases que no decían nada que la lluvia quisiera escuchar? Solamente quedaban truenos a lo lejos. Intenté encender una bombilla, pero fue inútil, no había electricidad. Tal vez un rayo había los generadores que alimentaban esta ciudad de zombies temerosos de la lluvia y de la oscuridad. Y la luz se había ido, ojalá haya sido para la oficina de archivo y ojalá que nunca regrese junto con sus recibos que siempre olvidaba pagar.

Encendí una vela y me puse a escribir, escribir, y escribir, a esculcar en las memorias que mi cuerpo ha guardado en mi cabeza. Escribir, al igual que llover, parecía una cosa que sucedía en el pasado. ¡Qué manera de perder el tiempo, de olvidar que transcurría, cómo si esto fuera algo magnífico, cómo si valiera la pena perderse en esto! El palito mágico, decía Cortázar, pero no quería citar; quería decir-escribir

del ámbito del signo lingüístico. En resumidas cuentas, usar las palabras *deposición* o *cagada* vendría siendo la misma *mierda*.

algo mío, en apariencia (las cosas no son lo que parecen), pero ¡cómo que mío!, si estas palabras eran prostitutas de todos y santas de todos. ¿Cómo las había de ver yo? Y qué tal si las combinaba y acuñaba una nueva palabra: prosantas, ¿qué tal?

Escribía a ver qué encontraba en ese acto mismo. Me desdoblaba y me veía escribiendo, a la luz de una vela, creándome, sintiéndome caminar por el cuarto vacío, como si con esto pudiera inventarme una vida. Los días y noches en los que no cogía el esfero para ponerlo a andar en cualquier dirección, sentía que nada podía salir; era como un conjuro, que dejaba salir la potencia y la impotencia y la transformaba en movimiento, o como cuando uno se metía el índice en la boca, hasta el fondo y luego juazz... el vómito.

Quería escribir, pero no se me ocurría de qué. Eché un vistazo a lo que había leído a ver qué idea se detonaba: Había leído novelas, cuentos, poemas, el horóscopo, el empaque del papel higiénico, el periódico, una receta de arroz con camarones en la bolsa del arroz, un manual de uso para el televisor, un método para tocar guitarra, una guía de ejercicios para aumentar el tamaño del pene, un libro sobre autobiografías, un par de tesis de maestría, Condorito, Mafalda, Charlie Brown y Snoopy, dos poemas del Indio Rómulo, un libro llamado Religión y negocio, un decreto de cátedras para la paz, el discurso de Martín Luther King en 1963 en defensa de los derechos civiles de los negros en EE.UU, uno de García Márquez, uno de Vargas Llosa, uno del presidente, relatos de los Tikunas y de los Koguis, un libro de la Colonia, el mito de Bachué.

Había leído La Biblia y a Nietzsche, la revista Soho y El Malpensante, a Sócrates y su gente, además de Simbad el marino hasta el último de sus viajes. En fin, mucho de lo que recuerdo muy poco. Ahh, se me olvidaba el Almanaque Bristol de mi papá. Estas cosas había leído, pero no encontraba de qué escribir.

*Y si escribir era como la lluvia de aquella tarde... De repente caía como el granizo. Y si de repente fluía como el río hacía el lago frente a la casa de mis papás...y sólo se trataba de dejarla correr. Pero no era tan simple, no llueve porque sí. Tendría que escarbar en las palabras para comprender mi ciclo hidrológico, mis tempestades, mis veranos y mis inviernos, mis crecientes y mis evaporaciones. Si escribir era como la lluvia entonces era más que fluir, era soltar la preocupación de disfrazarse tras los signos, tras las palabras para **parecer ser** algo o alguien y simplemente ser la palabra. Era mirarse en el espejo y encontrarse con cara de elefante y con el moco hasta el piso, con orejas de gato a las que no escapa el sonido de un alfiler que cae sobre un tapete.*

Soltaba la rienda al esfero que escribía sin rumbo. No deseaba parar, seguiría aunque me dolieran los dedos, hasta que se extinguiera la luz de la vela, porque si no tenía de qué escribir, entonces escribiría para que las preguntas nacieran, para que yo mismo saliera de mi guarida. Puntos, comas, palabras, letras, palabras, signos y más signos... parecía difícil, se trataba de llenar un vacío como quien llena de aire una bomba, no como la de Iroshima, esa no estaba llena de aire. La vela estaba por apagarse. Me dolía la muñeca, mi muñeca no era una Barbie, pero con ella me

*había divertido mucho, ya saben... escribir era masturbar la mente para que eyaculara mis hijos, estas palabras deformes de tinta y hueso, que así había de querer porque eran parte de mí...*¹⁰

Había estado leyendo Teoría de una novela sin título a empujones y por las noches. Encontré que me enfrentaba, igual que el protagonista, a cuestiones similares respecto de la escritura. Me sentía identificado con aquel aprendiz de escritor. En el capítulo tres él pensaba la escritura en relación con la lluvia, lo que no me era nuevo, pues la lluvia era un gran motivo literario. Borges, Rilke, Pessoa, Zetineb y muchos.

A mí la lluvia me parecía un gran motivo y cuando llovía me daban ganas de escribir, pero no de trabajos de grado, me refiero a escribir... esa cosa que se torna inasible, pero que de-construye lo que soy, le da carne a la memoria en el espacio de lenguaje. Me daba ganas de escribir que era una gota de agua, que se soltaba desde una nube, en lo más

¹⁰ Por lo general quedo con la extraña sensación de que falta terminar, eyacular la gota final de lo que escribo. Ha de ser por aquel precario límite del arriba-abajo, adentro-afuera, que nos aliena y coarta el desborde de la imaginación. No me preocuparé más por ello y fin del problema... La despreocupación por los límites puede ser la clave para trascenderlos.

alto del cielo y caía sin rumbo, guiada sólo por el designio del viento, para ir a estrellarse contra un techo cualquiera, uno de zinc o uno de vidrio, porque amplificarían el golpe y le regalarían un sonido armónico a los hombres que viven debajo. Luego de estrellarme con el tejado, me gustaría colarme por un agujero, para convertirme en una gotera, que seguramente caería en una vasija, dispuesta ya para no salpicar el piso y entonces dejar ese sonido grabado en la piel de la memoria. Para eso deseaba escribir: para dejar algo, un ruido, una grieta, un vacío, para no morir.

El préstamo de los libros se terminaba ese día. El pretexto perfecto para ver a la bibliotecaria (los libros siempre son un pretexto hasta para gastar la vida, son el espacio infinito e insuficiente a la vez). Me afeité el bigote, me peiné y salí. A mitad del trayecto comenzó a llover y tuve que resguardarme en la librería de la calle once, que se llamaba igual que la calle. Mientras pasaban los minutos lluviosos decidí mirar libros en los estantes y después de un rato se me dio por preguntarle a la librera que si tenía disponible Teoría de una novela sin título. No dijo nada, pero enseguida le preguntó al dueño de la librería, un viejo canoso, arrugado y de muy mal semblante. Él le dijo que no había escuchado ese título, pero que preguntaría a sus proveedores editoriales.

La lluvia se había convertido en una suave llovizna. Salí deprisa hacia la biblioteca porque faltaba poco para que la cerraran y entonces pasarían dos cosas negativas: ganaría una multa y perdería una oportunidad de hablarle a Diana, la bibliotecaria joven. Apresuré el paso. Choqué con la gente que se movía presurosa hacía la casa, como si se les fuera

a escapar de la cuadra de donde jamás se movería. Llegué justo a tiempo para renovar los libros.

—Aquí tiene, joven —dijo la bibliotecaria vieja.

Busqué con la mirada a Diana, pero no la vi entre los estantes. Únicamente había un tipo que parecía ser el último lector del día. Le dije a la vieja que requería unas orientaciones de su compañera, pues era quien me había ayudado en ocasiones anteriores.

—Imposible, joven. Ya vamos a cerrar y además la señorita Lucía ya se fue...

— ¿Y Diana? —pregunté.

—Es la misma, joven.

—Hasta luego, señora.

—Hasta luego, joven.

Tomé los libros bajo el brazo. Me sentí rejuvenecido por la bibliotecaria, pero frustrado por la imposibilidad de hablar con Diana-Lucía, o como se llamara. Lo importante no era su nombre, todos nos llamamos como muchos. Era el espacio que abarcaba aquella mujer, porque en los breves cruces de palabras con ella yo había notado que se mostraba inasible, pero no insondable y eso me atraía a entrar en su espacio.

Al salir tropecé con el tipo que había visto en la última mesa. En su mano llevaba un portafolio del cual cayeron dos paquetes de fotocopias grapadas con ganchos metálicos. Me apresuré a recogerlos en señal de disculpa. Novela que cambia de género, era el título de uno y Continuidad de los

parques, el del otro. Se los devolví. Me dio las gracias, puso las copias de nuevo en el portafolio y se alejó lento por la acera como afuera del ritmo apresurado de los demás.

Decidí tomar una actitud similar a la de aquel hombre. Me relajé un poco y traté de no sentirme frustrado por no haber visto a la bibliotecaria, de no pensar que parecía que una fuerza invisible se opusiera a que trabase algo con ella, como si aquello no estuviera en la línea narrativa de nuestras vidas. Ya vendría una oportunidad, pues por lo pronto ella seguiría trabajando en la misma biblioteca y yo viviendo en la misma ciudad, pensaba mientras caminaba hacia la casa.

CAPÍTULO 2

CARTA PARA UNA ACADEMIA

Aunque estaba por finalizar mis estudios universitarios, paradójicamente aquello no era mi prioridad. Mi mente se concentraba en engordar la idea de ser una revelación de las letras latinoamericanas. ¿Y por qué no?, me preguntaba frente al espejo, mientras sacaba el pecho, levantaba la frente y me hacía una sonrisa de triunfador. Lo fundamental era la seguridad, pensaba y me lo repetía en voz alta, como sucede con aquellos que leen libros de superación personal.

Ese fin de semana estuve pensando que debía de buscar fuentes de patrocinio para publicar mi libro, en tanto estuviera listo. Las cuestiones de derechos de autor y porcentajes de ganancias las pensaría después. Busqué en

internet y encontré instituciones culturales que abrían convocatorias para otorgar becas a los nuevos talentos de las artes y las letras. Había una convocatoria vigente del Ministerio de Bellas Artes. “Esta es para mí”, pensé sin titubeos. Tomé todos los datos e imprimí un formulario, que completé esa misma tarde junto con la carta que exponía mis intenciones de escritura:

Estimados señores académicos:

Atendiendo a su benévola intención de incentivar el talento y las pasiones creativas de los artistas, a través de una beca para la publicación de más de once mil ejemplares de una novela, me permito presentarles de manera muy respetuosa una reseña del proyecto que enmarca el trabajo que he venido realizando en lo intemporal y para nada sucesivo del espacio literario.

Quiero ser escritor. He hecho algunos estudios en literatura y entre mis lecturas se incluyen desde novelas hasta el Almanaque Bristol de mi padre. Devoré la prosopopeya de muchos grandes y otros chicos. Algunos me maravillaron y otros me daba impresión de que buscaban engordar su ego como si éste fuera un cerdo que se ha de asesinar para la cena de la noche en que nace el divino niño Jesús. También visité un par de museos y galerías para ver fotos, cuadros, esculturas y otro poco de trastos. De aquellas visitas me gustó una momia muisca, un cuadro en el que un colibrí chupaba una flor de frailejón y una mujer que vendía pulseras de hilo sentada en una acera.

Asistí también a talleres de escritura creativa, escribí tal vez diez cuartillas y garabateé en mil. Busqué entre mis recuerdos de infancia, en las historias con papá y en sus peleas con mamá, en la

moribunda de mi abuela, que después de tanto joder con la vida, solita murió. Releí cuentos que años atrás había escrito, cuando pensaba que se escribía para escapar de la realidad. Tomé una clase de cine histórico y otra de cine erótico; a esta última asistía en compañía de una amiga con la que, contagiados por el espíritu del séptimo arte, reproducíamos unas escenas de “El imperio de los sentidos”, en su cuarto de alquiler. Luego del orgasmo, desnudos, bocarriba, ella me preguntaba: “¿qué tal si me enamoro de ti, como Sada de Kichi? Entonces yo le respondía: “¡con tal que no me cortes el pepino, todo estará bien!”

También, señores, leí mis escritos en un par de tertulias, buscando hacer parte de algún selecto grupo de poetas y fui aplaudido al decir que el poeta de este tiempo no había de montarse en la fábula de hacerse el loco, el elegido, el iluminado, el diferente, porque allí no había poesía, únicamente una estantería de fanfarrones, aullándole a la luna. Al parecer les gustó porque me ofrecieron vodka, me regalaron una boina y me compartieron la pipa y el tabaco. Yo les ofrecí mi despedida y nunca regresé.

Hice tantas otras cosas para encontrar el ser de mi escritura, pero para no hacer esta carta tediosa las he de omitir pues, de todas maneras, no dieron resultado, porque me di cuenta de que nada había más fuerte que la ausencia de motivos, sólo el espacio de la palabra como lugar para el advenimiento de ese ser.

El objetivo general, señores, es una incógnita, que soy yo, el marco teórico es la mismísima torre de Babel, el método: café con cigarrillo, más páginas de un muerto y de otro. Intentos tras intentos, pregunta tras pregunta. Los recursos: papel y lápiz, razón y pasión divorciadas.

Sin otro en particular, estimados académicos, espero que esta propuesta sea de su agrado y reciba su benévola aceptación.

Posdata:

No soy el mono de Kafka.

Releí la carta. Me pareció muy formal, por lo que la arrugué en una pelota y la lancé al cesto de la basura. Un minuto después la saqué porque se me ocurrió que había de funcionar dentro de una ficción sobre un escritor. La desarrugué y la puse en un portafolio.

Abandoné la idea de publicar y de la beca y decidí ir a la biblioteca. Allí estuve hasta que las bibliotecarias me pidieron que me retirara. Fui al club de ajedrez y jugué una partida con un viejo que se cantaleteaba por todo como una novela de Vallejo. Le gané dos partidas y cuatro cervezas. Nada especial. De regreso a casa pase por los bares aledaños a la universidad. Aquella noche el vagabundo que siempre cuidaba los carros a cambio de unas monedas, estaba más ebrio que de costumbre, más despeinado, más sucio y más lejos de este mundo. Me causó cierta gracia, pero a la vez me conmovió verlo devorarse un chorizo grasoso, porque me recordaba aquellas noches en que mi padre llegaba tan ebrio que cuando mamá le servía la cena él hacía dos cosas: regar la mitad por el suelo y maldecir hasta al perro. Me dolía y al mismo tiempo me enfurecía que mamá soportara aquellas vejaciones de medianoche.

El vago del terminal se parecía tanto al recuerdo de aquellas noches y no pude más que sentir tristeza por los hijos de mi padre... tan ebrio, tan consumido en la nada, pero muy feliz porque, según él, la vida era una sola y había que

disfrutarla. Pero qué hijueputas, cuál una sola ni qué diablos; una sola es cuando no se le hace daño a nadie más que a uno mismo, pero él... Él, sin embargo, me quería bastante, a su modo pero lo hacía, sin decir una palabra de afecto porque a él tampoco se las dijeron jamás, sin soltar una lágrima porque los hombres por aquí no lloramos y según sea, hablamos poco. Apenas un abrazo de borracho y su mentón sobre mi frente saldaban el lazo paternal.

El vago rebuscó en el fondo de sus bolsillos sucios y sacó un par de billetes arrugados y un puñado de monedas, que luego de contarlas y como en un acto de magia las convirtió en media botella de Líder.

CAPÍTULO 1

Luego de varias visitas a la biblioteca para finalizar Rayuela en un ambiente diferente a las ruinas solitarias de mi habitación, comencé a darme cuenta de que siempre había un tipo allí, justo en las mismas horas en que yo frecuentaba aquel lugar. Al principio pensé que era un empleado, puesto que se pasaba el tiempo por entre los estantes, pero luego, cuando le puse atención, descubrí que venía a leer o llevar libros en las tardes, pasadas las cuatro. Esa era la hora en que yo también solía llegar. Parecía distraído; en una ocasión me estrelló en la salida, haciendo caer mi portafolio de notas y copias de lecturas. Después de varias tardes

noté que el hombre me miraba de reojo, entonces yo cubría mi rostro, alzando el libro que tenía en mis manos. Él se percataba de que yo lo había notado y entonces se daba la vuelta hacia el estante y continuaba hojeando los libros.

El tipo se veía bastante común, con el rostro cansado, quizá por su rutina. Uno nunca sabe toda la carga que cualquier transeúnte soporta sobre sus hombros, sin embargo me inquietaba que me espicara de manera tan extraña con quién sabe qué intenciones. Llegó la hora en que cerraban la biblioteca y sólo quedábamos él y yo. Me levanté hacia la puerta, mientras el apareció detrás del último estante y se adelantó a registrar un libro en préstamo. Era Rayuela. ¡Que coincidencia! Mis prevenciones se desvanecieron para convertirse en curiosidad...

Al pasar por su lado me causó tanta intriga saber qué se traía aquel tipo con aquella novela que me atraía tanto y que me hacía pensar que aquel debería de ser algún escritor o algo por el estilo, que de seguro sería grandioso conocer. Me detuve afuera, a escasos pasos de la puerta, con el firme propósito de abordarlo e invitarle un trago o un café y conversar sobre el libro o sobre lo que se pudiera ofrecer.

Cruzó el umbral y volteó hacia donde yo estaba. Di una calada a mi cigarrillo y me preparé para hablar, pero sentí que podía pasar por idiota, puesto que la calle ya no era un buen lugar; adentro hubiese sido mejor. Cuando estaba ya muy cerca de mí, le miré a la cara y me dispuse a decir...

—Buenas noches caballero —se adelantó aquel hombre.

Su inesperado y amable saludo me dio a entender que lo que de él yo pensaba no era quizá lo que él pensaba de mí, lo cual me causó gran sorpresa.

—Qué gusto me da saludarlo —le respondí.

Entonces sentí que le conocía de antes, pero no recordaba haber visto su rostro en alguna otra parte distinta a la biblioteca.

En mis visitas a la biblioteca había notado que el hombre con el que había tropezado días antes asistía a aquel lugar con frecuencia. A veces llegábamos a la misma hora y en otras ya lo encontraba sentado en una mesa del rincón. Me empezó a intrigar su presencia y además de conocer qué leía con tanta concentración, puesto que no parecía un tipo muy convencional, irradiaba un halo de simplicidad despreocupada y cuando se iba a los estantes parecía que siempre sabía lo que buscaba. En cierta ocasión en que yo le miré de reojo, para mirar el título del volumen que leía, tal vez se percató de que yo le observaba y subió el libro para cubrirse la cara. Leía *Rayuela*. ¡Qué coincidencia! Seguramente también buscaba desentrañar algún sentido a través del complejo mundo horaciano o de las morellianas, vaya uno a saber...

Revisé algunas revistas, un par de novelas y no encontré algo que aportara en mi trabajo. Terminé por buscar *Rayuela*, para avanzar con la lectura de los capítulos

prescindibles. La tomé bajo el brazo y me dirigí hacia la recepción, por detrás del último estante, con ganas de salir pronto, pues hoy tampoco estaba la joven hermosa de anteriores visitas y, aparte del tipo de la esquina, no había otro elemento que estimulara mi interés.

Al salir detrás del estante, en mi dirección venía aquel sujeto. Puse el libro sobre la mesa de registro, mientras el pasó por mi lado, poniendo especial atención al libro que yo iba a tomar en préstamo, mientras a su paso dejaba un cerco enigmático que quise seguir.

—Tres días, señor —dijo la mujer.

—Sí. Gracias, —contesté— hasta mañana.

Tomé el libro y me dirigí a la puerta, con la intención de seguir a aquel hombre, pero no entendía por qué. Crucé el umbral y volteé a la derecha. Allí estaba de pie, fumándose un cigarrillo. Seguramente quería preguntarme por qué diablos le miraba de tan extraña manera, así que yo tendría que hablarle de mi trabajo y su relación con Rayuela, pues aquella novela representaba no sólo el vínculo con la novela de Zetineb, sino que ahora era un punto de convergencia entre los dos. O quizá yo pasaría por su lado sin que ninguno de los dos dijera algo y todo sería simple especulación.

Cuando estuve a dos pasos de él, impulsivamente le dije, mientras dirigía su mirada hacia mí:

—Buenas noches caballero

—Qué gusto me da saludarlo —contestó, no sin una fingida sorpresa.

Parecía que hubiera estado esperándome, como si de antemano hubiera sabido que yo iría en su búsqueda, como si fuésemos un par de amigos o parientes que hacía mucho no se veían, tal vez desde una vida pasada...

LOS DOS

—He visto que usted adelanta la lectura de una novela que, en mi caso personal, ha sido importante por sus cuestionamientos bastante singulares respecto del lenguaje, la verdad y la realidad, problemas que me atañen por la naturaleza de mis intereses actuales...

—*Se refiere usted a Rayuela...*

—Por supuesto. Por algún motivo, de esos que no siempre se entienden, o que se entienden solamente hasta el final, esta novela ha permeado un trabajo que llevo adelantando durante un considerable tiempo.

—*Ahh, qué interesante... ahora entiendo. Pero, ¿cómo puedo ayudarle?*

—Verá: al darme cuenta de que ambos hemos estado leyendo la misma novela, se me antoja que una conversación con usted puede ser de gran apoyo para mis intenciones... si usted tuviera tiempo...

—*Claro que sí, aunque debo de confesarle que me había imaginado otras intenciones en usted, para nada literarias. Pero ahora mismo es imposible, puesto que estoy trabajando en el inicio de mi novela y por fin hoy*

he escrito un par de posibles comienzos que debo materializar o de lo contrario mañana no recordaré nada.

—Cuando usted disponga estará bien para mí...

— *¿Le parece bien mañana a las siete de la noche, en el bar “La vorágine”?*

— *¿El de la calle 11?*

—*Sí, ese. Habrá tertulia mañana, pues aquel bar es frecuentado por gente que gusta de la literatura. Seguramente le agradará...*

—Entonces ahí estaré. Le veré mañana.

—*Hasta la próxima...*

Durante todo el día estuve deseando que el tiempo transcurriera rápidamente, para que llegara la tarde para dar cumplimiento a dos cosas:

Primero: pasar por la biblioteca e invitar a Diana de una vez por todas a salir los dos por un café o tal vez una cerveza. Segundo: reunirme con el singular personaje en el bar *La vorágine*. A las cuatro más un cuarto estuve en la biblioteca y, por suerte, ahí estaba ella, tan bella como simple, una Remedios en el día de su ascensión...

—Hola Diana, ¿cómo has estado?

—Hola. Muy bien, gracias. ¿Algún libro en especial para hoy?

—No. Hoy vengo por otro motivo más especial que buscar libros...

—Ah sí. Y, ¿cuál es?

—Seré directo (aquí me sentí nervioso, como un quinceañero): quiero invitarte a salir, tomarnos algo y conversar un poco, tal vez, si no tienes otros compromisos...

Silencio...

—Está bien. Esta noche a las ocho, pero escoge el lugar... sorpréndeme...

Emoción...

—En el bar *La vorágine*, el de la calle 11, a las ocho, ¿te parece?

—Lo conozco. Me parece de novela...

—Hasta la noche.

—Hasta la noche

Era día de prácticas, pero en vez de clases hubo una reunión para hablar de estrategias para motivar a los borregos que parecían morirse de tedio en cada salón. Toda esta mierda era propulsada por el director, que era un tipo que no decía más que una sugerencia de agilizar las intervenciones para finalizar la reunión de manera expedita... nada pasa, nada cambiaba, porque todos los allí presentes eran gente que pensaba con el estómago, con el

hambre, con el deseo de hartarse de todo lo que le fuera posible y así pretendían que el montón de borregos uniformados llegara a la médula del sentido... pura prosopopeya es lo que sucede entre nosotros, lo que somos nosotros¹¹ ...

Y yo soñando con ser escritor de muchas novelas y no había empezado la primera. Incluso le decía a todo el que me tocaba el tema que estaba puliendo la parte final. Salí de mi sueño cuando la reunión llegó a su cierre, cada quien se fue creyendo poseer la fórmula mágica para la paz y la homogeneidad del mundo. Yo me fui pensando en renunciar al trabajo y a la idea de ser escritor y tal vez volverme un proxeneta, pero asesiné la idea al recordar que le había vendido el alma a un banco, así que era necesario seguir conservando el trabajo, a pesar de sus aristas absurdas y paradójicas. Al llegar a casa preparé café, me fumé un cigarrillo en la calle, contemplé unos pájaros sobre los cables eléctricos y pensé: "quién fuera pájaro para cagarme en la cabeza de quien se me diera la gana". Estaba cansado, por lo que preferiría no leer ni escribir. Esperaría a que fuera tiempo de ir al bar para reunirme con el fisgón de la biblioteca.

Llegó la hora. Salí.

Era viernes y a esa hora las calles parecían ríos secos. Prendí otro cigarrillo, maldita herencia de papá que terminaría por matarme, quizá primero que la muerte. Llegué al bar. Noté que le habían hecho nuevas decoraciones con frases estereotipadas sobre la escritura y

¹¹ La prosopopeya es el tropo de la autobiografía y como tropo no es fiel al contenido original.

mariposas amarillas en el techo, donde quedaba el atrio para los lectores. Me metí hasta el fondo y me senté, mientras le hacía una seña al barman. Se acercó. “Tráeme una cerveza y un cenicero”, le dije. En la puerta apareció el fisgón, me vio, se dirigió hacia mi mesa y al llegar me saludó amigable.

Salí de la biblioteca bastante emocionado. Caminé hacia la librería de la calle 11 donde había encargado una novela que se llamaba *El cadáver de papá*. Aún no había llegado, así que compré un separador de páginas, como para no perder la entrada. Había una muchacha de gafas que siempre alcanzaba los libros a los clientes, era linda, en un par de ocasiones intenté invitarla a un café pero el viejo de su jefe no me quitaba la mirada de encima, tal vez era su hija y tal vez advertía en mí alguna intención perversa. Mejor sería tomar mi separador de páginas y marcharme.

Pasé por el parque de los urapanes donde no había más que un par de hombres jóvenes, besándose apasionadamente. Un señor viejo que pasaba cerca de mí me miró y dijo: “el demonio se ha de llevar a ese par de maricas”, a lo que le contesté: “pero si nuestro señor dijo que se amaran los unos a los otros”. El viejo me miró con malicia y agregó, mientras me daba la espalda: “¡otro maricón!”

Pasé por la plaza del cristo y allí estaban los mercaderes pobres vendiendo sus chucherías tranquilamente porque el cristo estaba apuntillado detrás del atrio de la iglesia, así

que no vendría a sacarlos a patadas, ni a lanzarles todo al piso. Llegué al apartamento y tomé un descanso recostado en el sofá. Me dormí.

Desperté. Estaba oscuro, encendí la luz, miré el reloj, casi era tarde. Era tiempo de salir... Llegué a *La vorágine*. Él ya estaba allí, en una mesa cerca de la barra junto a un cuadro que contenía una frase de Voltaire: “La escritura es la pintura de la voz”. Me dirigí hacia su sitio mientras a mi paso notaba que en cada mesa había un block de hojas y tantos esferos como sillas. Le saludé amablemente, mientras me sentaba a la señal cortés de su mano derecha. Pidió dos cervezas y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta, me ofreció uno. Fumamos.

Bar “La vorágine”, 7:00 p.m.

—Y cuénteme amigo, ¿qué cuestiones le han impulsado a generar un encuentro tan impensado como este que ahora sostenemos?

—Como le di a entender anoche, el motivo que me impulsó hacia usted es puramente literario, novelesco para ser exacto, puesto que estoy escribiendo una novela...

—Y, ¿qué trata? ¿Policíaca? ¿Existencialista? ¿Negra?...

—Oh no, nada de eso. Esta es una novela sobre los problemas de escribir una novela, sobre el porqué de mi

propia escritura, algo como el desmontaje de mis propios procesos creativos. ¡Todo un embrollo!

—Para nada, señor. Es algo muy creativo ese desmontaje que usted dice. Yo, por ejemplo, llevo un buen tiempo tras las pistas de mi novela, pero no logré ninguna historia plausible. Terminé por escribir notas con las reflexiones sobre mis avances, retrocesos, tropiezos, motivos, tanto así que concluí que esas notas eran la novela de la imposibilidad de la escritura en sí misma, esa sustancia que le movilizaba el pensamiento. Le llamé Teoría de una novela sin título...

— ¿Qué? ¿O sea que usted es José Zetineb?

—De ningún modo, no conozco ningún fulano que se llame así. Mi nombre es D. simplemente...

Yo estaba al filo de la realidad y la ficción. Esto era realmente fantástico, nadie me lo creería... Según este fulano, él venía siendo el personaje protagonista de aquella novela con la que me había estrellado en la biblioteca en mis primeras búsquedas de materiales para mi trabajo, pero él no lo sabía. D. era él y punto, lo mejor era no tratar de convencerlo de su naturaleza novelesca.

—Disculpe la confusión...

Nuestra conversación se interrumpió por un poeta o algo así, que pidió apagar la música, se subió al atrio de los poetas y llamó la atención para que le oyeran sus patrañas simbolistas. Entonces, el tipo del bar anunciaba que empezaba el espacio de escritura y tertulia, así que luego de

una canción, todos aquellos que quisieran, podrían leer lo que se les hubiera dado la gana escribir... era como un karaoke, pero literario. Hoy yo no tenía ganas de escribir y menos de leer, algo dentro de mí se sentía más extraño que de costumbre.

El barman nos puso dos cervezas sobre la mesa, mientras decía: “El caballero de al lado se las brinda”. Le miramos de manera amable, pero no sin extrañeza...

— ***¿Quién diablos es ese tipo? ¿Lo conoce?***

—No, ni idea...

—***Invitémoslo a nuestra mesa para saber entonces de quién se trata...***

Decidimos invitarle a nuestra mesa para saber quién era y que se traía con nosotros.

—**Disculparán mi atrevimiento, caballeros.**

— ***Disculpado, ¿señor???***

—**Quién soy no tiene importancia; qué hago es lo interesante. Pero se preguntarán ustedes por qué me tomé el atrevimiento de enviarles cerveza...**

—Tiene usted mucha razón...

—**Resulta que escuché la conversación de ustedes, discúlpeme... y quiero que sepan, sin más ni más, que ustedes son los protagonistas de esta novela que tengo aquí en mis manos. Si ustedes gustan hojearla...**

Hicimos silencio por unos segundos. Fisgón le quitó la novela afanosamente y comenzó a leer. Pareció sentirse asfixiado porque se quitó la chaqueta y se limpió un sudor instantáneo que le rodaba por su ceño fruncido. Aquellos síntomas parecían indicar que el recién aparecido tenía algo de razón... Por el contrario, a mí se me antojaba emocionante ser parte de una historia, la cual no conocía, aunque desde hacía mucho tenía la conciencia de que, al igual que todos, era un personaje de ficción... de la ficción que es la vida.

Luego de hojear la novela, entré en un estado similar al desdoblamiento y me daba la impresión de que los pensamientos que estaba teniendo en ese preciso instante, al igual que la escena entera, eran narrados simultáneamente por alguien en alguna parte del mundo. **D.** no quiso leer, dijo que no dañaría en final. Le devolví el libro al fulano, no sin antes preguntarle si sabía lo que había de pasar con la relación que estaba a punto de comenzar con la bibliotecaria (eran casi las ocho, hora del encuentro con ella). Entonces, abrió la novela, pasó algunas páginas, como buscando una en especial para leer...

—Creo que estaba por comenzar... esa parte, aquí está, dice...

Antes de que el viejo terminara la frase, se oyó un fuerte chirrido de neumáticos en la calle de enfrente, seguidos de gritos y de una mujer asustada que entró, pidiendo que alguien llamara pronto por una ambulancia... Todos salimos

a la calle, para ver lo que sucedía. El viejo del libro pareció reconocer el cuerpo que yacía sobre el asfalto, unos cinco metros por delante de un auto que tenía roto el vidrio delantero, entonces corrió hacia a ella, se arrodilló y le tomó el pulso, mientras un paramédico lo intentaba retirar. “Hija mía”, dijo entre sollozos el hombre y se aferró al cuerpo como náufrago a su tabla. Enseguida dos paramédicos lo desprendieron del cuerpo y lo pusieron de pie, mientras el hombre se agarraba fuertemente el pecho y mostraba gestos de dolor. Varios segundos después lo vimos caer como una hoja seca, casi frente a nosotros.

D. le tomó el pulso al viejo. Nada. Me acerqué por ayuda a los hombres que ponían el cuerpo de la mujer sobre una camilla, pero se me atragantó la lengua cuando me di cuenta de que la víctima del accidente era Diana. Me sentí mareado, además de extraño, como si todo aquello tuviera cierta premeditación. Intenté subir a la ambulancia, pero no me dejaron porque sólo había lugar para un paramédico y los dos cadáveres.

Recogí la novela luego de que los paramédicos recogieran al viejo. Mi compañero de encuentro regresó a mi lado, trayendo consigo un halo fúnebre, como si fuese el protagonista de un cuento de Poe. “Teníamos una cita (miró el reloj, que indicaba las ocho) a esta hora”, dijo. Le di un golpecito en el hombro, le dije que lo sentía con la mirada y le invité a entrar al bar para que descargara las emociones del último acontecimiento. Nos sentamos, pedí dos

cervezas, ninguno decía nada, así que me dio por abrir la novela donde el viejo había dejado el separador de páginas.

Era un capítulo titulado “Preludio del fin”. Decía:

Antes de que el viejo terminara la frase, se oyó un fuerte chirrido de neumáticos en la calle de enfrente, seguidos de gritos y de una mujer asustada que entró, pidiendo que alguien llamara pronto por una ambulancia...

Me detuve, con la emoción a flor de piel. Con la mano, un tanto agitada, al igual que mis pensamientos, empujé la novela hacia mi compañero y con el dedo le indiqué el inicio del capítulo. Leyó y en su rostro se podía notar una profunda excitación...

— ¿Piensa usted que sería conveniente leer el capítulo final?

—Pienso que basta con saber lo que somos...

—Me parece sensata su reflexión... con eso basta.

Terminamos las cervezas, pagamos la cuenta y le regalamos el libro al tipo del bar. “Léelo y cuéntanos el final cuando regresemos”, dijo **D.**, mientras me miraba socarronamente. Afuera, en la acera, encendimos un par de cigarrillos, nos despedimos y cada uno caminó lento, como si cada paso fuera la página de un libro que justo ahora es leído...

Al llegar a su casa, el hombre del bar, siendo presa de la intriga, abrió la novela y buscó el último capítulo; se titulaba *capítulo final*, pero aparte de ese par de palabras, no había otra cosa que una docena de páginas en blanco.